Dag Solstad

LA NOCHE DEL PROFESOR ANDERSEN

Traducción de Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo

Nørdicalibros

LA NOCHE DEL PROFESOR ANDERSEN

DAG SOLSTAD

Nørdicalibros
Pronto llegará la nieve, se siente en el aire
www.nordicalibros.com

Título original: *Professor Andersens natt*

La traducción de este libro ha recibido apoyo económico de NORLA

© 1996 Forlaget Oktober A/S.
© De la traducción: Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo Edición en ebook: marzo de 2023

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.° B
28044 Madrid (España)
www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-19320-94-0

Diseño de colección: Filo Estudio e Ignacio Caballero
Maquetación: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Era Nochebuena, y el profesor Andersen tenía un árbol de Navidad en el salón. Lo miró fijamente. «Vaya», pensó. «Vaya, vaya». Se dio la vuelta y se puso a dar paseos por el salón, mientras oía los villancicos en la televisión. «Vaya, vaya», repitió. «Bueno, ¿qué más puedo decir?», añadió, meditabundo. Miró la mesa decorosamente puesta en el comedor. Puesta para una persona. «Curioso lo arraigado que está», pensó, «y sin ironía alguna», añadió, sacudiendo la cabeza. Esperaba con ilusión la cena. Debajo del árbol de Navidad había dos paquetes, uno de cada uno de sus sobrinos adultos. «Y si digo que espero que las costillas me queden con una deliciosa corteza crujiente, ¿hay entonces en ello un poco de ironía? No», pensó, «si no consigo que me quede una sabrosa corteza, me pondré furioso y blasfemaré a voces, aunque sea Nochebuena», añadió. Como blasfemó a voces mientras hacía esfuerzos por clavar el árbol en la maceta, y luego para que quedara recto y no torcido, como debe estar un árbol de Navidad en una casa. Como hizo cuando al colocar las luces en las ramas del árbol descubrió que también este año se le habían enredado los cables, y tuvo que dar marcha atrás, quitar las luces una por una, y empezar de nuevo casi desde el principio. Hostia, dijo entonces. Hostia. Alto y claro, pero eso fue el día anterior. «Curioso cómo interiorizamos la Nochebuena», pensó. La fiesta religiosa. La noche sagrada. Que empieza esta noche a las doce. No antes, como muchos creen en Noruega, esta es la tarde que precede a la noche sagrada. O noche silenciosa. Fue a la cocina. Abrió la puerta del horno. Sacó las costillas. Le llegó el delicioso olor y miró satisfecho la crujiente corteza. Preparó todo y lo llevó a la mesa, listo ya para servir, luego fue al dormitorio y se cambió rápidamente de ropa. Salió vestido con un bonito traje gris, camisa blanca, corbata y lustrosos zapatos negros. Se sentó a la mesa a degustar su cena de Nochebuena.

El profesor Andersen disfrutó de su tradicional plato navideño. Comió costillas con col fermentada, verduras, patatas, ciruelas pasas y arándanos rojos revueltos, según la costumbre de la zona del país de la que procedía, y a la misma hora que la mayoría de los noruegos degustan su cena navideña, en algún momento entre las diecisiete y las diecinueve horas. Bebió cerveza y aguardiente, como suele hacerse para acompañar ese plato tan grasiento que rara vez se come fuera de Navidad. Comió despacio y con solemnidad, y bebió con aire reflexivo. Cuando acabó, llevó los platos y las fuentes de servir a la cocina, y se sacó a la mesa el postre, que era nata batida con arroz, también una tradición familiar, aunque no especialmente buena, en su

opinión. No obstante, también se lo comió con solemnidad. Luego limpió la mesa y fue al salón, encendió la chimenea, preparó la pequeña mesa que había delante, y se sentó. Café y coñac. «Me saltaré las pastas navideñas», pensó. «Líbrame de las pastas navideñas, a cambio, tomaré más café y coñac», dijo con una risa. Se quedó mirando fijamente el árbol de Navidad, que estaba junto a la chimenea. Decorado con sencillez, pero con estilo, brillo y banderas noruegas en filas simétricas rodeándolo. «La mayor parte de la gente pone demasiados adornos en el árbol», se dijo el profesor Andersen. «Pero quizá suele hacerse cuando hay niños pequeños en la familia», añadió, en un tono conciliador. Abrió los paquetes de sus sobrinos. Uno era una novela de Ingvar Ambjørnsen. El otro era una novela de Karsten Alnæs. «Bueno, bueno, así que he celebrado la Navidad también este año», pensó con un pequeño suspiro.

El profesor Andersen sentía esa noche paz en su interior. Sentía una paz en el alma que no era de naturaleza religiosa, sino social. Le gustaba entregarse a esos ritos sociales navideños que en el fondo no significaban nada para él. No tenía necesidad de hacerlo, ya que celebraba la Navidad en solitario, y no estaba atado a esas costumbres con sentimientos profundos e íntimos, podía habérselas arreglado perfectamente sin árbol de Navidad, por ejemplo, a nadie que fuera a visitarlo en Navidad le extrañaría que no tuviera árbol, al contrario, los probables visitantes se sorprenderían al ver que lo tenía, que tenía un árbol tan grande, más grande que él mismo, de hecho, y podía empezar ya a quejarse de los chistes que caerían sobre su pobre persona por ese motivo, pensó, y no le quedó más remedio que reírse. No, el profesor Andersen tenía árbol de Navidad, un árbol algo más grande que él mismo, menos no podía ser, opinaba. Celebraba la Navidad. Sobre todo, porque sentía un fuerte malestar al pensar que podría haber hecho lo contrario. Haber mandado a la mierda la Nochebuena, dejando que los preparativos navideños fueran preparativos navideños, y la celebración de la Navidad, la celebración de la Navidad, comportándose como si fuera un día normal y corriente, teniendo así una jornada de trabajo extra, que le hacía mucha falta. Sentado en vaqueros preparando una clase, u ocupándose de la correspondencia, que tenía muy atrasada, sobre todo la de la parte burocrática. Podría haber comido albóndigas con puré de col en la cocina, o uno de esos platos de pasta que le salían tan bien. Podría haberse dedicado a sus cosas, dejando que los demás celebraran la Navidad en los miles de casas en las que las velas estaban encendidas. La idea de que podía haberlo hecho y sin haber llamado mucho la atención le indignaba. En cierto modo, si lo hubiera hecho se habría sentido embrutecido. «Pues sí, la verdad es que me habría sentido bastante cabezota», pensó, tozudo, aunque algo sorprendido porque en

realidad era así. No podía rechazar la Navidad, tenía que seguir los usos y costumbres. Era correcto hacerlo así, otra cosa le habría resultado completamente inaceptable, aunque las costumbres que seguía y la celebración en la que así tomaba parte, a su manera y sin tener ninguna obligación familiar o externa de hacerlo, excepto la obligación que sentía ante sí mismo, y que procedía de su interior, indicaba un contenido que para él estaba vacío de contenido. Él, completamente solo, bueno, incluso sin que nadie lo supiera, o se preocupara, participaba de la gran fiesta cristiana en memoria del nacimiento del Salvador, y con ello sentía paz interior, y por una vez se sentía reconciliado con la existencia, algo que le ocurría en raras ocasiones, a pesar de su alta posición social como catedrático de Literatura de la universidad más antigua del país.

Estaba delante de la chimenea, mirando fijamente las llamas. Tiró dentro los papeles multicolores de los dos paquetes, y vio llamear el fuego. No tiró las dos tarjetitas que tenían su nombre y el de sus sobrinos, las guardó porque no era capaz de tirar saludos personales escritos a mano, lo que al fin y al cabo eran esas tarjetitas de «para» y «de» con los nombres, pensó. Tomó café y coñac. Miraba fijamente dentro de la chimenea y dentro de sus propios pensamientos. Pasaron las horas. De vez en cuando se acercaba a la ventana y miraba hacia fuera. A la calle vacía con los coches junto a los bordillos y a las luces de los pisos de enfrente. Algunos estaban oscuros, excepto por las tenues luces de los árboles de Navidad al fondo, lo que significaba que los que vivían allí se habían ido a celebrar la Nochebuena con la familia. Pero en otros pisos había luz. En esos estaban en casa, celebrando la Navidad. Se fijó sobre todo en cuatro pisos en los que vio que había mucha gente reunida. Por un momento le irritó no haberse acercado a la ventana y mirado enfrente mientras estaba ocupado dando buena cuenta de su cena de Nochebuena, porque entonces tal vez habría visto a las cuatro familias sentadas a la mesa al mismo tiempo, todas dentro de su campo de visión, cada familia a la luz de su casa, unos enfrente de otros, unos al lado de otros, claramente separadas, y sin saber en realidad de las demás, a pesar de estar todas unidas alrededor de lo mismo, y dentro del mismo contexto ceremonial. Ah, cuánto le habría gustado verlo, esa visión que le habría resultado tan familiar, una belleza ingenua, civilizada, confiesa, pero era demasiado tarde. No obstante, las escenas que ahora podía observar de los cuatro pisos iluminados eran aptas para llenarlo de una curiosa sensación de solidaridad. En todos los pisos podía vislumbrar personas, personas sentadas en una tranquilidad somnolienta detrás de velas encendidas en candelabros de siete brazos en la ventana, bajo el brillo de lámparas de araña, o junto a las pálidas luces de los árboles de Navidad al fondo. Se imaginaba un calor

sonrojado en las caras y los cuerpos dentro de las cálidas estancias, y un sosiego agotador que se propagaba al profesor Andersen como una somnolienta familiaridad. Se sentía solidarizado con ellos. Esta noche, ahora que se acercaban las doce y empezaría la noche sagrada, en la que quería estar presente, al menos durante unas breves horas, aunque ellos a lo mejor no pensaran ni un momento en aquello, de lo que también él se encontraba lejos, había a pesar de todo precisamente ahora una solidaridad entre el profesor Andersen y aquellos a los que observaba desde la ventana, sentados en un somnoliento sosiego dentro de sus casas, porque todos eran partícipes de esa ceremonia cultural de profundas raíces, aunque no de mucho contenido más que para unos cuantos en esta ciudad.

Serían alrededor de las once de la noche, una hora antes del comienzo de lo que se llama la noche sagrada, o la noche silenciosa, y que todos los años se celebra en la misma fecha en nuestro país y en los demás países nórdicos, ciertamente con el énfasis en la ya pasada Nochebuena, pero con el mismo objetivo de recordar aquella noche sagrada en que Jesús de Nazaret, el Salvador, nació en un establo en la ciudad de Belén de Judea, en el año que ha recibido la denominación cero, cuando el profesor Andersen estaba mirando fijamente hacia los pisos iluminados del otro lado de la calle, lleno de esa extraña intimidad por estar todos como transportados a imágenes milenarias esa noche, fueran o no conscientes de ello. En su interior apareció el cielo desértico sobre Judea en el mes de diciembre de ese año que inició nuestra cronología. Los cielos estrellados, los miles de estrellas que brillaban sin cesar en el cielo intensamente azul. Los pastores en el campo a las afueras de Belén. Un ángel frente a ellos anunciándoles una gran alegría. El profesor Andersen veía el ángel iluminado en su ojo interior, frente a los pastores y las ovejas, y le produjo placer imaginarse ángeles iluminados en la noche oscura. En su oído interior oyó a los ángeles alabar a Dios, y también eso se lo imaginó con un extraño sentimiento sagrado. Un pesebre en un establo, María y José, vestidos con túnicas, inclinados sobre él, los pastores que se arrodillan y las ovejas que lo contemplan. La gran estrella amarilla de Belén en el cielo del desierto. Los tres hombres sabios en camello por el desierto, siguiendo la gran estrella. Que se paran delante de un establo de Belén, los reyes de Oriente arrodillados ante el pesebre. Oro, incienso y mirra. Ah, esas imágenes por las que se dejaba cautivar con entusiasmo infantil como imágenes sin un profundo contenido religioso. Una rendición atea ante las tradiciones en una época en la que poco o nada parecía tener posibilidad de sobrevivir a nada, pero que se pierde unos segundos en la niebla de la historia después de haber aparecido y desaparecido, pensó el profesor Andersen con un leve suspiro. «Aquí estoy, medio borracho y

sentimental, conmovido por el evangelio de la Navidad», pensó el profesor Andersen. «Un catedrático de cincuenta y cinco años que ha abierto la mente a su ingenuidad interior y ha sido capaz de recibir antiquísimos relatos de origen religioso, y paz en la mente, ¿es así?, me pregunto», se preguntó a sí mismo. «Sí, eso será lo que está pasando», añadió. «Que así sea», añadió también en su pensamiento. «No soy creyente, pero pertenezco a una cultura cristiana, y sin ningún tipo de ironía puedo permitir que la paz navideña llene mi espíritu. Pronto será la noche sagrada. Pero tengo, por suerte, mis límites», pensó a continuación. «No soy capaz de emplear las palabras "Niño Jesús", porque se convierten automáticamente en "riño a Chus" y me echo a reír, pensó», notando la risa estallarle por dentro. «Tampoco consigo decir "Jesús", añadió rápidamente con el fin de volver a quedarse serio, tengo que añadir corriendo "de Nazaret", sí que soy capaz de decir "Jesús de Nazaret", pero no Jesús a solas. Sí que puedo decir "el Salvador", y lo mismo ocurre con "Cristo". Si alguien me preguntara si creo en Jesús, me retorcería por dentro, pero si alguien me pregunta si creo en Cristo, no tengo ningún problema en contestar, educada y sinceramente, que no, que no creo en él», pensaba el profesor Andersen, mirando fijamente hacia las ventanas iluminadas del otro lado de la calle, observando a la gente sentada en sus salones, con los árboles de Navidad encendidos, celebrando ese evento de dos mil años de antigüedad. «Conmovidos por un rito que para muchos no significa nada, pero que no pueden dejar de seguir, incluso ataviados con sus mejores galas, como yo», pensó. «Con candor infantil. Sí, con candor infantil», repitió, «aquí en el alto norte, en el oscuro y frío invierno, en una capital moderna de un país rico en alta tecnología, hacia finales del siglo xx», pensó. «Sí, el adulto debe vivir las imágenes de la noche sagrada con su espíritu infantil aún presente», pensó, «al menos con una amable inclinación de cabeza a esas posibilidades en la mente de uno, como para animar su apariencia, antes de rectificar, como tan a menudo se hace, y muchas veces con razón, «añadió, sensato él, de pie, frente a la ventana de su piso, esperando el comienzo de la noche sagrada, en la que quería participar una hora, tal vez dos, sumido en sus profundos pensamientos, antes de acostarse, así lo había decidido, frente a la ventana, con sus mejores galas, mirando hacia las ventanas iluminadas del otro lado de la calle.

Pero de repente apareció una mujer en una ventana que no pertenecía a ninguno de los cuatro pisos que tenía vigilados esa noche, sino a uno de los pisos más pequeños del mismo inmueble, que había estado iluminado todo el tiempo, se había fijado en ello, pero sin que hubiera despertado su curiosidad, quizá porque los vecinos se encontraban tan al fondo del piso que resultaba imposible formarse

una impresión de ellos. Pero ahora había allí una mujer. Miraba fijamente hacia fuera. Era guapa, le pareció al profesor Andersen, con su larga melena rubia mirando muy seria al frente. A lo mejor en realidad no era guapa, pero allí, en la ventana, lo parecía, una figura esbelta y juvenil, y una larga melena rubia. «Joven», pensó el profesor Andersen, tal vez administrativa o estudiante a tiempo completo o en sus ratos libres. No obstante, no tuvo ocasión de observarla mucho rato, ya que de repente la mujer se volvió porque otra persona había entrado en la habitación. Era un hombre, también él parecía joven, aunque en ese momento el profesor Andersen fuera incapaz de explicar por qué la persona recién aparecida era un hombre joven. «Pero uno está bastante seguro de esas cosas, las ves enseguida, puede tener que ver con la agilidad que mostró al entrar en la imagen, por ejemplo», pensó, antes de estremecerse aterrado al ver que ese hombre que con seguridad inmediata había constatado que era joven, rodeaba con las manos el cuello de la mujer, y apretaba. El profesor Andersen vio que ella sacudía los brazos, luego todo el cuerpo, se fijó, hasta que de repente se quedó completamente inmóvil bajo las manos del hombre, y se desplomó. El joven se enderezó, y el profesor Andersen se apresuró a esconderse detrás de las cortinas al ver que el hombre se acercaba a la ventana. Cuando el profesor Andersen se asomó con mucho cuidado por su cortina, vio que habían echado la cortina del otro piso.

«Tengo que llamar a la policía», pensó. Se acercó al teléfono, pero no lo descolgó. «Ha sido un asesinato, tengo que llamar a la policía», pensó, pero seguía sin levantar el auricular. Optó por volver a la cocina. La cortina seguía echada en la ventana del piso del otro lado de la calle. No había nada que indicara que allí había ocurrido algo fuera de lo normal. Tarde en Nochebuena, las cortinas corridas, todo completamente normal. «Pero acabo de verlo con mis propios ojos», gimió, «he sido testigo de un asesinato, tengo que denunciarlo». Miró fijamente hacia la ventana con las cortinas echadas. No dejaba de mirar. Esas tupidas cortinas que no dejan entrar ni salir un rayo de luz. «¿Qué ha sucedido? «pensó. «Es horrible, y encima justo delante de mis ojos, lo vi con mis propios ojos, pues sí, puedo describirlo en detalle. Tengo que llamar a la policía». Se acercó al teléfono, pero no levantó el auricular. «Qué voy a decirles», pensó, «¿que he visto un asesinato? Pues sí, eso es lo que tengo que decir. Y se reirán de mí y me dirán que me vaya a dormir y que vuelva cuando esté sobrio, porque eso es lo normal», añadió, «que cuando has bebido un poco e intentas parecer sobrio, des la impresión de estar bastante ebrio, porque tienes tanto miedo de parecer gangoso que el gangueo te domina por completo. Y estando tan desesperado como estoy ahora, esto no podrá salir bien».

Decidió colocarse junto a la ventana, detrás de la cortina, con todas las luces del salón apagadas, y vigilar esa ventana en la que había visto cometerse un asesinato. Así permaneció varias horas, en la oscuridad, en el salón, mirando fijamente esa superficie rectangular del otro lado que ocultaba lo que había visto. «Es extraño que no llame a la policía», pensó. «Aún no es demasiado tarde. Aunque no me crean, digan que estoy borracho o lo que quieran, yo al menos habré informado, y ellos verán si quieren hacer algo. Es así de sencillo». Pero no fue a llamar. Se quedó junto a la ventana, mirando fijamente. Mirando esa superficie rectangular del otro lado. ¿Ese hombre seguía allí dentro? Probablemente, porque no había visto a ningún hombre solo salir por la puerta de la calle. Pero podría haber huido en el momento en el que el profesor Andersen se acercó al teléfono. ¿Pero entonces por qué iba a haber corrido la cortina? «No, seguirá allí dentro», pensó el profesor Andersen. «Detrás de esa tupida cortina hay un joven junto a una mujer muerta, a la que acaba de asesinar. Y yo lo sé», pensó, «pero no hago nada al respecto. Debería haber llamado, al menos por mi propio bien. Es extraño, sé que debería haberlo hecho, pero no puedo. Así es, simplemente no puedo».

Siguió mirando hacia la ventana cerrada, a la vez que vigilaba la puerta de la calle, con la esperanza de que el asesino saliera por ella. Pero nada ocurrió. Ya era avanzada la noche, y el profesor Andersen notó que tenía sueño. ¿Para qué seguía ahí? ¿Para ver que la cortina de repente se abría de nuevo? ¿O esperando que el asesino saliera por la puerta de la calle y pudiera verlo? ¿Y por qué tenía que verlo? ¿De qué serviría? ¿Era necesario que viera a ese hombre al que era incapaz de denunciar a la policía, impidiendo que fuera arrestado por el asesinato que acababa de cometer? ¿Por qué demonios tenía que hacer eso? Al profesor Andersen no le quedó más remedio que admitir que tenía unas ganas obsesivas de ver al asesino, por qué, si no, estaba junto a la ventana vigilando atentamente la puerta, porque eso sí lo tenía muy claro, que si no apartaba la vista de la ventana cerrada, esperando a que volvieran a abrirse las cortinas, se debía a una loca esperanza de que entonces vería que todo estaba como siempre, que la mujer aparecía de nuevo en la ventana, joven y guapa como antes, por alguna razón por la que él no había necesitado preocuparse. Pero cuando el ojo empezaba a deslizarse hacia la puerta de la calle era para captar al asesino saliendo, no para ver el sueño imposible que habría sido ver a la joven pareja salir silbando a la calle, la noche de Navidad, qué va, en eso no tenía fe alguna, ni siquiera como una esperanza imposible; cuando ahora paseaba su mirada por la puerta de la calle era para ver al asesino huyendo, la cara del asesino, un deseo obsesivo. No obstante, ese deseo repugnaba tanto al profesor Andersen que decidió no quedarse allí hasta sentirse encapsulado en la

situación en la que viera cumplida esa extraña necesidad de ver el rostro del asesino. Así que se fue a dormir.

Consiguió dormir. Intranquilo, es cierto, pero durmió. Dio unas cuantas vueltas en la cama, en una especie de intranquilo sopor, pero durmió. Al amanecer se despertó porque necesitaba mear. Se levantó tambaleándose, fue al cuarto de baño y meó. Cuando terminó, volvió tambaleándose a la cama, pero no sin dar primero un rodeo por el salón, donde se acercó a la ventana y miró hacia el piso del otro lado de la calle. La cortina seguía echada. Volvió a la cama, y cuando se despertó, era ya avanzada la mañana.

Fue al baño y se aseó. Se puso el mismo traje que el día anterior, camisa blanca, corbata y zapatos negros, ya que era el día de Navidad, y fue a la cocina a preparar el desayuno. Mientras ponía la mesa en el comedor, se acercó a la ventana y miró hacia fuera. Había empezado a nevar. Grandes copos de nieve caían del cielo, y habían cubierto ya la calle y la acera. Daba una sensación tan apacible que el profesor Andersen notó un pinchazo en el corazón cuando dejó reposar la mirada en la ventana del piso de enfrente. La cortina seguía echada. Se tomó su desayuno navideño y a continuación decidió darse un paseo bajo la nieve.

El profesor Andersen tenía un amplio piso en Skillebekk, un barrio cercano al mar, en Frognerkilen, pero separado del fiordo primero por la vía del ferrocarril (ahora en desuso) y luego por la autovía, que es la entrada principal a la parte oeste de Oslo. Le llegó el frescor del aire al salir del portal y dar la vuelta a la esquina hacia la calle Drammen, a la vez que notaba que la nieve caía copiosamente, posándosele en el pelo (iba con la cabeza descubierta). Ya se había acumulado mucha, y las calles no se habían limpiado, excepto la de Drammen, lo que creaba un ambiente alegre pero resignado entre los propietarios de los coches, que tenían serios problemas para ponerlos en marcha, y como era el día de Navidad y no les esperaba ninguna obligación importante, había una ruidosa solidaridad con esa caótica situación invernal ocasionada por la nevada de la noche o de la mañana que al profesor Andersen le pareció muy entrañable, mientras pateaba por la nieve entre toda aquella gente alegre que llamaba la atención con su actividad inútil pero laboriosa. Subió por la calle Niels Juel hasta la alameda de Bygdøy, y luego se encaminó hacia Briskeby, su único objetivo era darse un paseo como tantos otros esa mañana del día de Navidad. Pero antes de llegar a Briskeby decidió darse la vuelta. No tenía fuerzas para andar, se sentía muy pesado por dentro. Estaba intranquilo. «Ah», pensó, «ojalá hubiera llamado a pesar de todo, y me habría librado de esta historia. Entonces solo habría sido una historia emocionante, ya concluida por mi parte. Pero ahora no siento más que intranquilidad», pensó, y decidió darse la vuelta.

Pero por un momento pensó seguir a pesar de todo hasta el barrio de Briskeby, luego coger la calle de Briskeby y continuar por la de la Industria hacia el barrio de Majorstua y la comisaría de la calle Jacob Aall. «Puedo ir a denunciarlo ahora», pensó. «Para acabar con esto de una vez por todas. Puede que tenga algún problemilla por no haberles informado antes, pero todo el mundo podrá entender, si quiere entender, que puede pasarle a cualquiera». Por un instante, se sintió tan tentado de seguir subiendo hacia Briskeby, hasta la comisaría de Majorstua, que de hecho sintió alivio al pensarlo, al entender que realmente era posible. Pero en el momento de sentir el alivio subirle por el cuerpo, supo que aquello no eran más que imaginaciones, de las que podía alegrarse en ese instante, pero que jamás llegaría a realizar, y decidió dejar de jugar de una vez con esa clase de pensamientos hipotéticos que no hacían sino conducirlo cada vez más dentro del problema, como se dijo a sí mismo, y dio la vuelta y bajó de nuevo por la calle Niels Juel hasta el barrio de Skillebekk. Volvió a su casa, ansioso por lo que allí vería. Consiguió no mirar hacia la ventana del otro inmueble mientras estaba en la calle, delante de la casa en la que vivía, con el otro edificio enfrente, y esperó hasta abrir la verja con la llave y subir la escalera hasta su piso, abrir la puerta y acercarse a la ventana. No. Todo estaba como antes.

«Recapacita», se rogó encarecidamente a sí mismo. «Has estado fuera media hora a mediodía el día de Navidad, en concreto desde las 12.45 hasta las 13.15, ¿cómo podías creer que en ese período de tiempo tan corto iba a pasar algo en la ventana? Esperar, bueno, pero es una esperanza débil. En algún momento ocurrirá algo allí enfrente, pero no tiene por qué ser hoy. Tranquilo. Piensa en otra cosa». Pero no era capaz de pensar en otra cosa.

«Tengo que hablar con alguien», pensó. «Tengo que llamar a alguien». Pensó en sus amigos, en a cuál de ellos podría llamar, y se acordó de que al día siguiente, el veintiséis, iba a cenar en casa de Nina y Bernt Halvorsen. «Puedo esperar hasta mañana», pensó. «Quiero hablar de ello con Bernt, ya que es médico». Estaba invitado a las diecinueve horas, y si se presentaba una hora antes, Bernt y él tendrían tiempo de sobra para hablar del tema, mientras Nina estaba en la cocina ocupada con los preparativos de la cena, pensó. Seguro que Bernt solo se encargaría del vino, de abrir las botellas y ponerlas junto a la estufa para atemperarlas, y mientras Bernt Larsen hacía eso, él podría explicarse. La idea lo tranquilizó. Solo se trataba de aguantar algo más de veinticuatro horas, y podría explicar lo ocurrido, lo soportaría. Se fue a la cocina a mirar el bacalao seco macerado que tenía en la nevera. Lo sacó y lo tocó. Tenía una pinta estupenda, el bacalao seco macerado puede conservarse veinticuatro horas en el frigorífico, siempre que se compre pescado de la mejor calidad»,

pensó, y volvió a meterlo en la nevera. No lo comería hasta por la noche. Mientras tanto, leería un buen libro, preguntándose qué quería decir con eso. Y, acompañando el libro, una modesta copa. Para la cena sería cerveza y aguardiente. Para el café: coñac.

Y así pasó. El profesor Andersen se despertó a la mañana siguiente con una gran resaca. Seguía nevando. Por todas partes se oía el sonido raspante de las máquinas quitanieves al limpiar hasta abajo la calle Drammen. La cortina de la ventana de la casa de enfrente seguía echada. Esa cortina rectangular y tupida que tapaba toda la ventana. El profesor Andersen se había acercado constantemente a mirar hacia el otro lado de la calle el día anterior, el día de Navidad, y esa noche, y lo siguió haciendo también ese día. Le hacía ilusión la cena en casa de Nina y Bernt Halvorsen. Salió hacia allí a las cinco de la tarde, porque de repente decidió que iba a recorrer a pie la larga distancia hasta Sagene.

Cogió la calle Niels Juel hasta la plaza de Riddervold, luego el camino de Camilla Collett y la calle Josefine a través de Homansbyen hasta el barrio de Bislet. Desde Bislet, el sendero de Dalsberg hasta el camino de Ullevål y St. Hanshaugen, y luego la empinada calle de Waldemar Thrane hasta la plaza de Alexander Kielland. Allí cogió el camino de Maridalen hasta el puente de Voien, y allí arriba, en un pequeño chalet junto a la orilla de hierba, ahora cubierta de nieve, del río Aker, vivía el matrimonio de médicos Halvorsen, que lo había invitado a cenar. Al principio caminaba tranquilo, por no decir despacio, por los montones de nieve, en la oscuridad navideña hacia la plaza de Riddervold y luego hacia Bislet, porque iba con tiempo de sobra y no quería llegar demasiado pronto, al fin y al cabo, pensaba llegar a las seis a una cena a la que estaba invitado a las siete. Pero antes de llegar a Bislet se dio cuenta de que había aumentado la velocidad, porque sus pensamientos ardían por hacerse realidad, de modo que ya en St. Hanshaugen, a punto de bajar hacia la plaza de Alexander Kielland se sentía bien y deseando llegar a la meta, con el fin de poder decir lo que ahora estaba pensando con tanto ardor. Porque sabía por qué había llegado a esa situación. No podría haber actuado de otra manera. Había sido testigo de un asesinato y no lo había denunciado. No, no lo había hecho. No se le ocurriría hacerlo, y sabía por qué. El asesinato había ocurrido. Ese era el caso, había ocurrido algo irremediable de lo que había sido testigo. Él no podía denunciar algo irremediable. Si, por ejemplo, hubiera sido testigo de un robo, viendo que había ladrones dentro de ese mismo piso, ladrones sacando un televisor y un aparato estéreo, no habría vacilado en llamar a la policía. Porque entonces habría corrido prisa. Igual que un incendio. Si hubiera visto humo salir por la ventana, o si lo hubiera olido, habría llamado sin vacilar a los bomberos. Incluso si hubiera

sido testigo de un brutal atraco abajo, en la calle, y pareciera que una persona estaba a punto de matar a otra, habría corrido al teléfono a llamar a la policía. Y mientras esperaba a la policía, habría sopesado la posibilidad de intervenir con el fin de detener el ataque, bueno, eso si no hubiera sido demasiado cobarde, claro. Y si hubiera sido demasiado cobarde, y uno hubiera golpeado al otro hasta la muerte antes de que llegara la policía mientras él lo estaba observando, efectivamente habría incurrido en una inmensa cuestión de conciencia contra la que luchar, pero habría podido vivir con ello. «Sí joder, habría sido posible vivir con una cosa así», pensó, tozudo, y cobarde o no, habría llamado a la policía. De eso no cabía duda, porque esa llamada habría podido impedir que ocurriera algo irreparable. Pero él había sido testigo de algo irreparable, y no había nada que pudiera hacer. No podía repararlo llamando y denunciando lo que ya había ocurrido. El asesinato era un hecho consumado del que había sido testigo. «No puedo denunciarlo, solo conduciría a que arrestaran al asesino». Y no le importaba que lo arrestaran, pero no porque él, el profesor Andersen, hubiera intervenido y denunciado el asesinato. Eso le desagradaba.

«¿Entendéis lo que estoy diciendo?», pensó, dirigiéndose a los que estaban en esa casa a la que se encaminaba; la joven nunca volvería a aparecer en la ventana. «Quizá haya estado dos días esperando volver a verla en la ventana, pero eso no ocurrirá. Está muerta. La han asesinado. Las cortinas están echadas. Y cuando se descorran, será el asesino el que estará en la ventana mirando hacia fuera con los ojos entornados. Me resulta imposible contribuir a que lo arresten. No puedo cometer un abuso de ese tipo contra un hombre que ha asesinado», pensó, asustado por lo que realmente estaba pensando, aunque a la vez ardía por poder contárselo a un amigo, de modo que apretó el paso por la calle de Maridalen, bueno, correteaba por la nieve en la oscuridad invernal y bajo las luces de la ciudad, para contar su parte de ese hecho irremediable que había ocurrido.

jadeando, llamó a la puerta del matrimonio Halvorsen. Abrió Bernt. «Pero bueno, ¿ya estás aquí?», exclamó. «Sí, ¿no era a las siete?», dijo el profesor Andersen, ingenuo. «Sí, pero son las seis menos cuarto», dijo Bernt, riéndose. «Ah, mierda, habré mirado mal el reloj», murmuró el profesor Andersen. Bernt Halvorsen abrió la puerta de par en par, y el profesor Andersen entró despacio con cara de vergüenza. No fue como se lo había imaginado. Pensaba que al ver a Bernt Halvorsen asombrado y diciendo que llegaba demasiado pronto, le contestaría: «Ya lo sé, pero tengo algo importante de lo que hablar contigo». ¿Por qué no lo había dicho?

Quizá porque le parecía demasiado agobiante. Antes de que llegara el resto de los invitados, tendría tiempo de hablar con Bernt,

intentaría desviar la conversación hacia el tema de la manera más natural. Pero resultó imposible. No logró hablar de ello, aunque Bernt y él estuvieron sentados en el salón tomando una copa (como él se había imaginado de antemano), mientras Nina estaba en la cocina preparando la cena, llamando de vez en cuando a su marido para que fuera a ayudarla con algo. Cada vez que Bernt iba a la cocina, el profesor Andersen tenía tiempo de sobra para reflexionar sobre cómo conducir la conversación hacia el tema que ardía por confiar a un amigo, armándose de valor y yendo directamente al grano, o dando un rodeo que de repente llevara a que de la boca del profesor Andersen saliera un comentario ligero y espontáneo, aunque en realidad horrible. Pero cuando Bernt Halvorsen volvía al salón, ese comentario no le salía. Ya eran casi las siete, y los demás invitados podrían llegar en cualquier momento. El profesor Andersen estaba esperando a que sonara el timbre. Ya podían llamar a la puerta. Porque él ya se había dado cuenta. Lo sabía. Sabía que no sería capaz de confesarse a su buen amigo Bernt Halvorsen, no de eso. De muchas otras cosas sí, pero por alguna extraña razón, no de eso.

Los demás invitados llegaron. Todos eran conocidos del profesor Andersen. El actor Jan Brynhildsen, que se había convertido en un magnífico intérprete de papeles cómicos en el Teatro Nacional, y su segunda mujer, la algo marchita azafata Judith Berg, y el psicólogo jefe Per Ekeberg, y su pareja, Trine Napstad, directora general del Ministerio de Cultura. Como los anfitriones, Nina y Bernt Halvorsen, todos los invitados tenían cincuenta y tantos años, y se conocían desde hacía un montón de tiempo. El profesor Andersen se alegraba de que Nina y Bernt no hubieran invitado a otra mujer, que habría sido su compañera de mesa, porque le resultaba mucho más fácil desenvolverse en sociedad sin estar obligado a entretener a una mujer sin pareja, la cual se suponía que había ¡do con la ilusión de pasar una gran velada, y cuyas expectativas, por tanto, habría tenido que esforzarse en no defraudar. Se sentía muchísimo más libre como invitado sin una mujer sola de compañera de mesa, y también más inspirado, ya que podía lanzarse de lleno y ser un cortés participante en la velada, en lugar de ser un obstinado, aunque galante, compañero de mesa.

Se sentaron a la mesa. La colocación de los comensales estaba organizada de un modo elegante y experto, de tal modo que el hecho de que hubiera números impares no se notara, sino que creara una desenvoltura añadida, ya que la anfitriona, Nina, tenía dos caballeros de compañeros de mesa, Jan Brynhildsen a la izquierda, y Per Ekeberg a la derecha, que podían alegremente competir por su atención, mientras que el anfitrión, Bernt, tenía una compañera, Judith Berg, a su izquierda, que podía estar contenta, y que a su vez tenía a Per

Ekeberg a su izquierda. También podía estar contenta Trine Napstad de tener al profesor Andersen de compañero, y a la vez, a su derecha, a Jan Brynhildsen, el cómico de la sala principal del Teatro Nacional, quien podría darle conversación si, o, mejor dicho, cuando la anfitriona, Nina, estuviera ocupada charlando con Per Ekeberg a su derecha, y así poder echarle una mano al profesor Andersen, que entonces podría aprovechar la ocasión para intercambiar unas palabras con su viejo amigo Bernt Halvorsen, el anfitrión, que estaba sentado a su izquierda, o limitarse a mirar al infinito si el otro estaba concentrado en una conversación con Judith Berg, su compañera de mesa. De esa manera, la conversación podía fluir de un modo natural entre uno y otro, y con grandes posibilidades de que todos pudieran profundizar en un solo tema, si la mayoría lo encontraba lo suficientemente interesante, porque a nadie se le había impuesto la obligación de tener un solo compañero de mesa, excepto a Bernt, pero como era el único, debía ocuparse de que toda la mesa estuviera incluida en alguna conversación, preferiblemente la misma, y de ese modo se comprobaba una vez más que en sociedad es una ventaja, no una desventaja, contar con números impares, pensó el profesor Andersen, y por eso era tan curioso que los que invitaban a una cena o comida siempre se preocuparan tanto por conseguir parejas de mesa, muy curioso, pensó el profesor Andersen, que apenas era capaz de recordar una sola cena de éxito con números pares en la mesa.

Había *rakfisk*, el plato típico de pescado noruego, de primero, y perdiz blanca de segundo. Con el pescado se sirvió cerveza y aguardiente, para la perdiz un vino tinto español, un buen rioja. Antes de servir el primer plato, la anfitriona, Nina, lamentó haberse encontrado con un dilema insoluble al decidir el menú. *Rakfisk* de primer plato y luego perdiz blanca iban bien, sobre todo si se tiene en cuenta que tanto el pescado como las perdices provenían de la misma zona geográfica, el valle de Valdres. Pero luego estaban las bebidas. Primero cerveza y aguardiente, y luego vino tinto. A Nina no le parecía una combinación ideal, pero ¿qué podía hacer? ¿Buscar otro primer plato para las perdices? No, eso no, dijo, cuando en tu casa tienes *rakfisk* de Valdres y perdices de la misma zona, todo traído por ti, ya que Bernt había cazado las perdices, precisamente en Valdres, y el *rakfisk* se lo había llevado un conocido suyo, también de Valdres, por lo que no podía ser de otro modo, «así que tendréis que beber cerveza y aguardiente con el pescado, y luego pasar al vino tinto», dijo Nina con decisión.

Comieron *rakfisk*. Brindaron con cerveza y aguardiente. El profesor Andersen se encontraba en una cena navideña en casa de sus buenos amigos, Nina y Bernt Halvorsen. A Bernt lo conocía desde que eran jóvenes, de cuando se criaron en la misma ciudad, en algún sitio junto

al fiordo de Oslo. Habían llegado al mismo tiempo a Oslo para estudiar en la universidad, Bernt, Medicina, y él, Filología, y habían sido amigos durante toda la época de estudiantes, a pesar de pertenecer a distintas facultades. Al cabo de algún tiempo, Bernt encontró a su Nina, que también estudiaba Medicina, y él también la conoció. Él, por su parte, conoció a una mujer que también estudiaba Filología, y desde finales de la época de estudiantes las dos parejas de recién casados tuvieron mucha relación. Siguieron viéndose, excepto durante las épocas en las que alguna de las dos parejas vivió fuera de Oslo, Nina y Bernt porque trabajaban en hospitales de otra ciudad, él porque se fue al extranjero con una beca de investigación o como lector de noruego en Estrasburgo, hasta que se separó, hacía diez años. Pero siguió teniendo relación con Nina y Bernt. Tanto a Bernt como a él les fueron bien las cosas, él empezó enseguida a trabajar en la Universidad de Oslo, hizo el doctorado y fue nombrado catedrático relativamente joven, y Bernt logró situarse en el campo de la medicina, convirtiéndose muy joven en médico jefe, puesto que seguía ocupando en el hospital de Ullevål.

Los otros invitados eran amigos de Nina y Bernt, por lo que también se habían convertido en conocidos del profesor Andersen. Se acordaba bien de Per Ekeberg cuando era estudiante de Psicología, a principios de 1960, y también recordaba a Trine Napstad de las somnolientas salas de lectura de la universidad, donde ella, como él, estudió Filología. Era menuda y espabilada, pero hablaba sin parar con una voz alta y estridente en cuanto abandonaba el silencio de la sala de lectura. Recordaba que le ponía un poco nervioso, aunque le parecía bastante guapa. Cuando volvió a coincidir con ella en casa de Nina y Bernt, como la nueva pareja de Per Ekeberg, y en realidad su segunda mujer, se preguntaba de vez en cuando cómo sería la primera mujer de Per Ekeberg, ya que encontró paz y tranquilidad en ella en su viaje por la vida, que también para él, Per Ekeberg, tendrá el inevitable fin que todos sabemos, y que al menos durante breves períodos no deja de preocuparnos. Per Ekeberg era psicólogo jefe, título que conservó cuando se trasladó del sector público al privado, como director de la oficina noruega de una agencia internacional de publicidad. Parecía sentirse igual de bien en lo privado que en lo público, además, ganaba mucho más dinero y posiblemente apreciaba también lo creativo de su estilo de vida en su nuevo puesto, que entre otras cosas no le exigía llamarse director, sino que le permitía seguir presentándose como psicólogo jefe, algo que sin duda parecía más excitante cuando el título aparecía en relación con el mundo de la publicidad.

Si tuviera que elegir, diría que apreciaba más a Jan Brynhildsen y a Judith Berg que a Per Ekeberg y Trine Napstad. A los cuarenta y

cinco años y recién divorciado (después de estar casado con una colega que entonces tenía mucho más éxito que él), Jan Brynhildsen se había enamorado perdidamente de una azafata, una belleza algo marchita en la cuarentena, madre soltera de una hija adolescente tras una breve aventura con un magnate italiano de las finanzas. Jan Brynhildsen era por aquel entonces un típico actor de segunda fila, y el que se enamorara de una azafata marchita tenía sin duda un fuerte elemento cómico del tipo más malicioso, que el profesor Andersen, por su parte, no podía evitar cultivar. Pero en ese proyecto amoroso, el profesor Andersen había sido el admirador secreto de Jan Brynhildsen. Lo idealizaba y gritaba por dentro que Jan Brynhildsen, el figurante del Teatro Nacional, debía escuchar a su corazón. «El que no se deja fascinar por su sueño de juventud con la Azafata ha perdido la capacidad de amar», gritaba por dentro, «aunque ella, Judith Berg, no se parece a la Azafata del sueño, sino que es una mujer cansada, de mediana edad, con dolor de espalda, pies hinchados y amargas arrugas alrededor de la boca maquillada, sigue representando a esa Azafata de la que tenemos que enamorarnos, Jan Brynhildsen y yo», pensaba el profesor Andersen, tanto entonces como ahora. «Jan Brynhildsen es cándido en su amor, por eso lo admiro, y seguro que tendrá su recompensa», pensaba el profesor Andersen. Y tuvo su recompensa. En la sala principal del Teatro Nacional, donde ahora tenía mucho éxito. Primero en pequeños papeles, los que ahora interpretaba con un talento que llamaba la atención entre los aficionados al teatro. En la obra de grandes dramaturgos, los papeles pequeños tienen a menudo un gran potencial cómico que rara vez se aprovecha, bien porque los papeles pequeños suelen interpretarlos actores pequeños, o, porque si los interpretan buenos actores, pueden eclipsar a papeles más grandes y eventos escénicos más importantes, y romper así la unidad dramática de la obra. Pero Jan Brynhildsen tuvo éxito, ya que no interpretaba lo cómico como un gran actor, sino como uno pequeño. Allí estaba, en su pequeño papel, sin ambiciones ni sueños. No intentaba mostrar lo cómico inherente al personaje robando la escena. Se mantenía en la periferia, realizando el pequeño papel como un pequeño actor, pero con una comicidad resplandeciente, afligida, incluso ronca, vivida por gran parte del público como un momento mágico de silencio y risa. Pronto le dieron papeles cómicos más importantes, y ahora era ya un valor cómico principal del teatro, sobresaliendo cada vez que se iba a representar a Moliere, Holberg o una comedia alegre de Shakespeare. Pero aunque resultaba muy bien en esos papeles principales clásicos, en gran parte porque seguía albergando al actor pequeño en los atuendos de protagonista, como con un elemento dulce del personaje, que realmente era conmovedor, y uno debe sentirse conmovido viendo

una comedia, el profesor Andersen opinaba que era a los pequeños papeles a los que Jan Brynhildsen había aportado algo extraordinario, y muchos opinaban lo mismo que él, aunque nunca se decía en público, el profesor Andersen tampoco lo decía en privado, porque no quería herir a Jan Brynhildsen, ni siquiera cuando el propio Jan Brynhildsen no habría oído lo que decía.

Comieron *rakfisk*. Bebieron cerveza y aguardiente. Brindaron, se rieron y charlaron animadamente. Todos pertenecían a la misma generación y se sentían unidos por fuertes lazos, incluso el profesor Andersen, que justo esa noche luchaba contra una inquietante sensación de haberse separado de ellos para siempre. Seguía abatido por no haber sido capaz de confesarse a su amigo, el anfitrión Bernt, después de llegar a la cena con una hora y cuarto de antelación solo para eso. Sospechaba que se había metido en algo cuyas consecuencias desconocía, pero que en cualquier caso era de tal índole que en principio amenazaba con dejarlo sin amigos, ya que ahora le sería imposible negar que esa gran necesidad que tenía de confesarse con un amigo con franqueza, sin esconder nada, no la había satisfecho al encontrarse cara a cara con él. Eso hacía que el profesor Andersen estuviera un poco distraído, y en ese estado le resultaba fácil situarse al margen del grupo y contemplarlo desde fuera, como un evento lejano, con gestos y rituales hechos por personas desconocidas para él, pero no era así. Lo quisiera o no, él pertenecía a ese grupo de exitosos intelectuales cincuentones, en la capital de Noruega, hacia finales del siglo xx. Los unían lazos tan fuertes que, por ejemplo, el profesor Andersen, que no era amigo íntimo ni de Per Ekeberg ni de Trine Napstad, los conocía a ambos de la Universidad de Oslo, en la década de 1960, cuando Per Ekeberg y Trine Napstad ni siquiera conocían la existencia el uno del otro, mientras que en cambio ella, Trine Napstad, se acordaba de la primera mujer de Per Ekeberg, que era amiga de la infancia de Nina Halvorsen cuando se llamaba Nina Hellberg, como todavía se llamaba cuando la conoció Trine Napstad. De esa manera uno podía retroceder y buscar lazos casuales pero fuertes y aún vivos de la universidad a principios de la década de 1960, donde todos (excepto Judith Berg, que entonces era inalcanzable como Azafata) habían estudiado y se habían convertido, cada uno a su manera, en estudiantes radicales. Ninguno de ellos, salvo Jan Brynhildsen, había acabado en la extrema izquierda, los revolucionarios marxistas leninistas, los maoístas ni en el partido para unos legendario, o de mala fama para otros, AKP (m-l), para eso eran unos años demasiado mayores, y estaban demasiado asentados en su manera de pensar, pero estaban en contra de la OTAN y habían dicho no a la entrada en la CEE, a principios de la década de 1960, y a principios de la década de 1970, y Per Ekeberg participó en la manifestación contra el *apartheid*

en el estadio de Madserud, durante un campeonato de tenis entre Noruega y Sudáfrica, donde lo detuvo la policía, y Nina y Bernt protestaron contra las armas nucleares y llevaban la insignia de No a las Armas Nucleares en sus trencas. La insignia atómica, como la había llamado el estudiante Andersen en referencia a la insignia de Natación, tan popular en sus días de colegio, «veo que habéis conseguido la insignia atómica», dijo, pero ni Nina ni Bernt se rieron, porque había cosas con las que no se podía bromear, y ahí se quedó con su chiste malo, malo también para él cuando los demás no se rieron, porque también él, a su manera, era radical. No obstante, el radicalismo del estudiante Andersen se manifestaba más bien en su apoyo a los que escribiendo y hablando atacaban el entonces dominante positivismo en la filosofía y las ciencias sociales, además de en un gran interés por toda clase de vanguardismo dentro del arte y la literatura.

A Bernt Halvorsen, por su parte, le preocupaban sobremanera el rearme atómico y la Guerra Fría, y deseaba hacer algo al respecto, mientras que el estudiante Pal Andersen se pasaba el día en su habitación leyendo extraños poemas que le resultaban muy difíciles de interpretar. ¿Era ese su radicalismo político, que lo relacionaba con el mismo sentimiento vital que recorría a Bernt Halvorsen con una honesta seriedad? Sí, su interés por el vanguardismo en el cine francés y polaco, la literatura modernista y los cuadros abstractos eran un intento, a veces desesperado, de adentrarse en la época en la que se encontraba Bernt Halvorsen, y sobre la que sabía argumentar desde dentro con tanto acierto. Trabajó apasionadamente para defender el arte de vanguardia, ese arte que realmente tenía nuestra propia época como morada. Muchas veces tenía la sensación de no lograr entenderlo, pues sí, más a menudo de lo que él mismo quería reconocer lo dejaba como en un estado de incomprensión, confusión, indiferencia, incluso después de haber empleado todo su ingenio en entenderlo, aunque solo fuera un poco. A veces se desesperaba, se sentía fracasado por no entender el arte de su época, y no se puede negar que en situaciones así hacía a veces como si entendiera más de lo que en realidad entendía, y también fingía entusiasmo por obras de arte que en el fondo lo dejaban indiferente. Pero, por otra parte, ¡qué alegría lo invadía si después de trabajar durante mucho tiempo, por ejemplo, con un poema modernista, de repente lo entendía! No obstante, la mayor alegría la sentía cuando entendía algo enseguida, intuitivamente. ¿Por qué? Porque entonces su alma buscadora, intranquila, y, por regla general, desazonada, se fundía de la manera más evidente con la conciencia de sus contemporáneos. Entonces había sido iluminado, y al más alto nivel. Le proporcionaba una entrañable y silenciosa satisfacción, porque en esos momentos era

tocado por la realidad, y deseaba ardientemente que alguien fuera a su habitación para poder leerle el poema. El que esa realidad hubiera disuelto toda la realidad habitual, presentando una realidad muy distinta y a menudo irreconciliable, en la que cosas habituales ocupaban lugares inusuales y alarmantes, a veces acompañadas de una oscura risa, en esa caminata por un paisaje de deformaciones e imposibilidad, de miedo y gritos ahogados, cínico e inexorable, despectivo y descompuesto, neurasténico y alcoholizado, mortalmente herido en la fe de toda clase de felicidad, no disminuía la alegría de Pal Andersen por ser capaz de comprender las mejores creaciones de su época contemporánea, pero puede que resulte algo enigmático que el joven que vivió todo eso pudiera al mismo tiempo identificarse con ese radicalismo político tan serio y moralmente agitado. Pero así era. Esa rara felicidad de Pal Andersen cuando se creía capaz de entender una obra de arte vanguardista, caótica y descompuesta en forma, reforzaba, y no debilitaba, la confianza en su vida imposible, como un joven con toda la vida por delante. No buscaba ese orden para cuya visión y entendimiento lo habían educado, sino la descomposición del mismo. No se acercaba al arte para recibir, sino para ver. Jamás se le ocurriría emplear la palabra *gratificante* para una obra de arte, nunca diría, por ejemplo, ese libro me ha dado tanto, me ha enseñado tanto, etc., sino que pensaba que solo le informaba, que le hacía ver, con cinismo y sin falsas esperanzas, que sentía que vivía, lo que a menudo a los jóvenes les resulta difícil sentir, que de verdad viven, y que fácilmente los lleva al desánimo. En realidad, no resulta muy difícil darse cuenta de que el joven Andersen tuvo que ser un esnob. Si iba a formar parte de su propia época, con toda su inadaptación social, tendría que informarse, al más alto nivel, mediante la comprensión de las creaciones supremas de nuestra época dentro del arte. No obstante, el profesor Andersen pedirá que se le trate con tolerancia, en parte cuando vemos sus desesperados intentos por unirse al vanguardismo de su época, que para él equivalía a modernidad; ser un joven de su época intentando laboriosamente entender un poema de, por ejemplo, Pound o Elouard, de Celán o Prévert, y lo consiguió, quizá incluso de un modo intuitivo; nos imaginamos ese salto en su autoestima que entonces tiene lugar y dejamos que lo disfrute, ese orgullo que impregna a ese hombre joven e inacabado, que en su profunda y silenciosa satisfacción solo tiene ahora un deseo, aparte del que ya se ha cumplido, y es que llegue alguien con quien pueda compartir esa satisfacción, que llegue alguien a quien pueda leerle en alto ese poema en esa su modesta morada. Dos jóvenes, de los cuales uno leyó al otro un poema, dos jóvenes estudiantes, de los que uno lee en alto al otro de la más gloriosa conciencia de su época contemporánea común, sobre la vida tal como es y con ello también sobre el futuro. Pal

Andersen no era joven en el sentido de percibir que la savia de la noche de la vida amenazara con reventarle las venas. No se sentía especialmente fuerte, con insospechadas energías amenazando, como la juventud es a menudo descrita por los mayores, como una norma de lo que son los jóvenes, y que por consiguiente tiene que realizarse en actos jóvenes. Pal Andersen era un paliducho jovenzuelo que fumaba cuarenta cigarrillos al día, que bebía cinco o seis pintas de cerveza en locales llenos de humo tres o cuatro noches por semana, que se despertaba con resaca al menos dos veces por semana, lo que significaba que apenas era capaz de arrastrarse hasta la universidad y las tareas diarias en salas de lectura y en el auditorio, que vivía su vida en un ambiente poco ventilado, con el cuerpo refunfuñando y flojo, e interminables cavilaciones, pero no se podía negar que su joven mente se dejaba conmover, y que eso significaba que tenía un futuro por delante. De vez en cuando recibía la visita de su aparente contrario, el estudiante de Medicina Bernt Halvorsen, y entonces le leía poemas de, por ejemplo, Georg Johannesen. O de Stein Mehren, dos poetas noruegos que solo tenían unos años más que él y a quienes admiraba profundamente. Sentado en su cama sin hacer, con sábanas que jamás se ventilaban (pero que de vez en cuando se lavaban) le leía poemas a Bernt.

Georg Johannesen y Stein Mehren han quedado para la posteridad como dos polos opuestos de la poesía noruega, el primero era venerado por los superintelectuales de la izquierda, el segundo era venerado por los conservadores como el poeta noruego más grande desde Wergeland, pero a principios de la década de cuando el estudiante Andersen los leía y eran nuevos, los poemas de ambos se encontraban en la misma constante de referencia, al menos para un joven con una tendencia desesperada al vanguardismo para sentir que realmente existía. Cuando Pål Andersen, estudiante de Filosofía y Letras, leía las siguientes estrofas de Georg Johannesen a Bernt Halvorsen: «Me alegro / de no poder ver / mi muerte en un espejo - Cuando mi foto caiga de la pared / pareceré papel pintado / y cuando algún heredero cuente mis hojas / estarán blancas y vacías / como cuando las compré - Todo tendrá que escribirse de nuevo / como antes de que lo firmara», y luego las siguientes estrofas de Stein Mehren: «Pero el desconocido escucha arriba en la colina / los rumores nocturnos de la ciudad. Él nada puede hacer / También él es un observador. A través del aire nocturno / parece como si las ciudades de las playas hubieran ido a la deriva / por casualidad hacia la tierra. Y ahora retorciéndose / compulsivamente como medusas de luz - Muy a lo lejos… Muy por encima zumban los nuevos dioses / en los invisibles radios de las ruedas celestes / A lo lejos, las ciudades pueden parecer grandes / y vibrantes anillos que sin cesar / dispersan

suavemente sus SOS», era muy consciente de que se trataba de dos poetas bastante distintos entre ellos, tanto en el lenguaje como en la actitud, lo que él también expresaba leyéndoselos de manera muy distinta a su radical amigo, Bernt Halvorsen, a Georg Johannesen, con una voz ronca, *staccato*, y a Stein Mehren, con una voz serpenteante, casi extática (como había oído al propio Stein Mehren leer sus poemas en la radio), pero ambos tenían algo en común, que los dos eran sus poetas, que los dos podían dar impulso a su sentimiento vital, y que ahora, con total naturalidad, se los leía a Bernt, ávido de saber su opinión.

Y Bernt escuchaba. Pero si Pal Andersen esperaba lleno de emoción oír lo que su amigo opinaba, con la esperanza de que el entusiasmo que él había sentido penetrara ahora el cuerpo de Bernt Halvorsen, se sentiría decepcionado. Porque ese entusiasmo nunca apareció, y el joven Andersen tenía que saberlo, así que no podía ser por eso por lo que leía tan emocionado, para oír la interpretación entusiasta de Bernt, sería más bien para comprobar una vez más que Bernt escuchaba, sincero y cortés, abierto a lo que tanto preocupaba a su amigo Pål, para tener así una nueva confirmación de lo que él suponía, ya que con tanta naturalidad invitaba a su amigo a recitaciones de poesía de, con el tiempo, ese amplio y vanguardista repertorio suyo, que incluía a sus héroes noruegos Georg Johannesen y Stein Mehren, esos jóvenes contemporáneos que estaban en el mismo lado, y estar en el mismo lado implicaba que Bernt escuchaba con sinceridad la recitación de Pål Andersen de poemas, ya fueran recitados con *staccato*, voz ronca, o con una serpenteante voz extática. Estaban de un modo natural en el mismo lado, y a ese lado pertenecía también el derecho a leer poemas vanguardistas al que solo le interesaban medianamente.

A Pål Andersen le resultaba natural compartir la oposición de Bernt Halvorsen a la OTAN y el rearme nuclear, aunque en el fondo no le interesaba mucho, le interesaba más como tema de conversación que como un acto político con el que tenía que relacionarse, pero disfrutaba cuando Bernt le exponía sus agudísimos argumentos basados en un suceso político muy actual, como, por ejemplo, la crisis de Cuba de 1962, y luego hacer un par de comentarios que mostraban que estaba de acuerdo, o un par de preguntas que indicaban que estaba al tanto, eso le resultaba muy natural, de la misma manera que a Bernt le resultaba natural decir, cuando oía a Pal Andersen leer «Expectación», de Stein Mehren: Ese no está nada mal, o cuando leía «Generación» de Georg Johannesen, sí, pero está bien, como reconocimiento, aunque Bernt nunca fuera a comprar ninguna de esas colecciones de poemas para él, para leerlas él mismo, o para leérselas a Nina, igual que el joven Andersen nunca se pondría esa insignia de

No a las Armas Nucleares que Bernt le había regalado para la solapa de la chaqueta, sino que la dejó en la cómoda de su habitación, de un modo abierto y visible a todos los que fueran a visitarlo, esa naturalidad se debía a la predilección por lo que a uno mismo le interesaba y apasionaba, y con esa distancia, o sinceridad, ligeramente cortés, por lo que le interesaba y apasionaba al otro, era una muestra de que por los dos fluía el mismo sentimiento vital, que era suyo y solo suyo, el sentimiento vital de su época, lo que tenían en común con su generación. Y solo con parte de esa generación; de hecho, la mayor parte de los jóvenes pertenecía a los anquilosados, a los conservadores con sus ritos, que a los dos amigos no les gustaban, sino que despreciaban; ellos mismos no eran más que esa pequeña minoría que tenía características suficientes para constituir una generación entera, en eso estaban de acuerdo, muy de acuerdo, tanto Pal Andersen como Bernt Halvorsen. Lo que tenían en común iba dirigido contra *ellos*, los otros, los que estaban a favor de la OTAN, los que estaban a favor del rearme nuclear y contra el arte vanguardista. Quizá no todos los que se manifestaron contra el *apartheid* y el campeonato de tenis Noruega-Sudáfrica en el campo de Madserud, por ejemplo, estuvieran muy interesados por la pintura abstracta o por incomprensibles poemas sin rima, quizá a muchos de ellos no les gustaban nada, pero no se escandalizaban, no se alteraban, no aborrecían el vanguardismo, ni siquiera cuando se expresaba a través de un pianista coreano que destrozaba el piano tras acabar su concierto en el Auditorio de Oslo; no les indignaba como les indignaba a ellos, los otros, simplemente lo habrían comentado, preguntando: ¿De verdad hizo eso?

Todos los que participaron en esa cena (excepto Judith Berg, que en aquellos tiempos todavía volaba como una princesa, a la que no servían, sino servía, muy alto por algún lugar encima de ellos, increíblemente hermosa) formaban parte de esa alianza de actitudes políticas radicales (o buena disposición) ante el arte vanguardista, es decir, como miembros de esa minoría especial que representaba lo nuevo, la modernidad, la modernidad particular de su época, que veneraba el oponerse a ellos, y las Bellas Artes en su nueva y disoluta forma (en la Noruega provinciana).

Eso fue en la década de 1960, hacía más de treinta años. Ahora se encontraban en una fase vital muy distinta. Ya no tenían toda la vida por delante, ya no estaban en esa fase en la que no se podía pensar en «yo» sin tener al mismo tiempo la palabra «futuro» en la mente, sino que se podían permitir mirar hacia atrás y constatar que ya lo habían hecho bastante bien como médicos, psicólogos, importantes actores, catedráticos y burócratas culturales. Todos tenían unos cincuenta años e hijos ya adultos, excepto el profesor Andersen, que no tenía hijos.

Pero solo los anfitriones, Nina y Bernt Halvorsen, tenían hijos en común. El psicólogo jefe, Per Ekeberg, tenía hijos con su primera mujer que estudiaban Psicología en la Universidad de Oslo, tanto el hijo como la hija, mientras que la hija de Trine Napstad estudiaba Informática en Volda. La hija que Judith Berg tenía con el tipo italiano de finanzas había hecho carrera como presentadora de televisión, y dirigía su propio programa de entretenimiento en uno de los canales de nuestra televisión estatal. Nina y Bernt tenían tres hijos: Morten, de veintisiete años, que había interrumpido sus estudios de Medicina para convertirse en cantante de *rock* (Bernt decía que en realidad se había hecho músico pop), Thomas, de veinticinco, que estaba a punto de acabar la carrera de Medicina, y Clara Eugenie, de quince, que vivía en casa, pero que justo esa noche había salido. No se sabía si Jan Brynhildsen tenía hijos de su primer matrimonio o de alguna otra relación.

Si alguno de los presentes hubiera sacado fotos de ese grupo, ¿qué se vería en ellas? Inmediatamente después del revelado, los presentes, los siete en torno a la mesa, los anfitriones y los cinco invitados, se habrían reconocido y reído de sus propias características, luego se habrían reído incluso más, tal vez, con las características de los demás invitados, en otras palabras, los siete habrían acentuado tanto su individualidad como la de los demás, riendo y reconociendo. Pero dentro de unos treinta o treinta y cinco años, la misma foto, colocada en el álbum de fotos, por ejemplo, de Thomas, el hijo de Nina y Bernt, enseñándosela a sus hijos, de unos veinte años, tal vez provocara una sonrisa de reconocimiento en Thomas y sus jóvenes hijos (o hijas, si se quiere), pero porque esa foto resultaría ya característica de su época. Característica de esos tiempos en que Nina y Bernt Halvorsen vivían sus años maduros en la década de 1990, y característica de ese ambiente, ese estrato social, que era el suyo. Ellos, es decir, los herederos de Nina y Bernt, verán en esa foto de esas siete personas cenando alrededor de una mesa, vestidas de otra época, adoptando extrañas posturas, y exclamarán, aunque en principio la foto debería haberse hecho espontáneamente, sin que los fotografiados supieran que estaban siendo fotografiados en ese momento: Qué poco naturales parecen, qué artificial todo, y eso a pesar de que precisamente la generación que aparece en la foto, y precisamente ese estrato social, con su desarrollo e historia en común, tenían esa característica cada uno por su cuenta y también como grupo, que daban muchísima importancia a parecer naturales, libres, incluso espontáneos en cualquier contexto en el que se encontraban, porque así es la implacable congelación del tiempo; el montaje, lo preparado aparece siempre, y es muy probable que lo organizado, lo antinatural, sea el espíritu característico de la época en que se hizo la foto, y del que

ellos estaban tan despiadadamente cautivados, sin darse cuenta, pero que ahora, unos treinta o treinta y cinco años imaginados hacia delante, fluye de la foto con el brillo que evoca esa sonrisa bondadosa que todos llevamos dentro al ver fotos de una época que no es la nuestra, y que se puede llamar la sonrisa del reconocimiento, porque uno reconoce la típica época de los años noventa en esa fotografía escogida al azar de una cena, el veintisiete de diciembre, en casa de sus abuelos en el barrio de Sagene, antes de que ellos, es decir, los descendientes de segunda generación de Nina y Bernt, hubiesen nacido. Pero mientras que Bernt Halvorsen, por ejemplo, al ver esa foto habría sacudido la cabeza al reconocer inmediatamente algunos hábitos de médico que jamás fue capaz de abandonar en su vida privada, y que por tanto habría que llamar malas costumbres en un contexto como ese, y que a él le resultaban ligeramente cómicas, pero ya no se podían remediar a esas alturas de la vida, como por ejemplo posar con una mano sobre la otra, al principio con el fin de parecer tranquilizador ante el paciente, pero que ahora era ya un rasgo característico suyo, allí sentado, de anfitrión, en una cena en su casa, el veintisiete de diciembre, incapaz de hacer más que sacudir la cabeza algo abatido, antes de continuar y estudiar a las demás personas, las apreciadas tendencias de su mujer que iluminaban la foto, y la manera de Per Ekeberg de inclinarse mucho hacia delante, o la cabeza ligeramente echada hacia atrás del profesor Andersen, que sin duda le daba un aspecto arrogante, tan típico de Pål, pensaría Bernt con una sonrisa, porque sabía que esa cabeza arrogante echada hacia atrás era una pose, creada y construida con el fin de ocultar su profunda inseguridad social durante sus cincuenta y cinco años de vida, también sus nietos, al ver la foto en el año 2029, por ejemplo, no pensarían, típico del abuelo o típico del profesor Andersen, sino que habrían exclamado al ver a ambos: ¡Qué típico de la década de los noventa colocar las manos así y la cabeza así! Así se representa el espíritu de la época, oculto para el que está capturado por él, pero obviamente presente para el que nos observa en fotos de otra época, liberado, desde fuera.

Así pues, tenía que haber algo en esa cena en casa de un exitoso matrimonio de médicos en Oslo, el veintisiete de diciembre, a mediados de la década de 1990, que hace posible señalarla y exclamar: Típico de los noventa, aunque tanto los anfitriones como los invitados se desenvuelvan con toda su individualidad. Decir a qué se debía eso podía resultar difícil (por no decir imposible) a ellos mismos, y naturalmente tan doloroso (aquí está lo imposible) que uno no quería pensar en ello, pero el profesor Andersen había sido lanzado de repente a una extraña existencia interior (y exterior), que, entre otras cosas, le había dado mucho que pensar sobre su lugar en esa

unidad en la que en parte se sentía a gusto, entre otras cosas porque conocía sus códigos, es decir, el protocolo, el sentido del humor, si se quiere, y en parte encerrado, por lo que en realidad habría querido salirse, en una enorme acción de voluntad, de un enorme salto, si hubiera sido posible.

¿Qué había en ellos que les hacía expresar una determinada unidad y una época fácilmente reconocible? ¿Cuál era, en otras palabras, su rasgo distintivo? De muchas maneras, su desarrollo y sus vidas individuales habían sido parecidos a ese desarrollo que antes se había podido ver en los estratos sociales a los que ellos pertenecían. El éxito los había convertido en adaptados. Buena comida. Buena bebida, viviendas espaciosas, cabaña o casa de campo, coche y barco dejan sin duda huella en los privilegiados que se benefician de esos bienes, radicales o no radicales. Pero si esa generación, o mejor dicho, esa pequeña minoría dentro de su franja de edad que había presumido de tener derecho, y probablemente con razón, a elevar sus características a la característica propia de su generación, tenía realmente una característica propia, un pequeño pero importante detalle que los distinguía de otros cincuentones catedráticos, médicos jefe, actores famosos, jefes de servicio, psicólogos jefe, con una época juvenil muy de izquierdas de 1950, 1970, o, por qué no, lo que se puede prever que haya en los cincuentones de 2020, será porque se negaron a ser pilares de la sociedad. Tenían una marcada aversión a verse a ellos mismos como pilares de la sociedad. Porque no se sentían conformes con ese poder, o, mejor dicho, con esas obligaciones que ejercían y el estrato social al que pertenecían. Negaban ser lo que eran. No se sentían conformes con la posición que de hecho tenían. Eran médicos jefe, jefes de servicio, psicólogos jefe, actores famosos y catedráticos de Literatura, pero en su interior todos declaraban que no se adaptaban a la forma que su posición exigía. Siempre estaban en contra de ellos, los otros, aunque apenas podían distinguirse ya de ellos mismos, excepto en pequeños detalles, como tener cierta preferencia por pantalones vaqueros azules cuando ejercían sus obligaciones como jefes de servicio, catedráticos etc., bueno, el propio profesor Andersen solía llevar vaqueros, y con alegría, cuando asistía a las reuniones del Teatro Nacional, a cuya directiva pertenecía. Seguían estando en contra del poder, en el fondo de su corazón formaban parte de la oposición, aunque ahora eran pilares de la sociedad que obedecían a rajatabla las órdenes del Estado, y nadie más que ellos mismos (y viejas fotografías del año 2020) eran capaces de distinguirlos de servidores del Estado del propio Estado, y el que la mayoría de ellos votaran al partido del Gobierno en las elecciones seguramente no sorprendería más que a ellos mismos, que, no obstante, lo justificaban no queriendo malgastar su voto y arriesgarse

a que las fuerzas de la derecha volvieran al poder. Pero no eran hipócritas. Al fin y al cabo, simplemente no estaban, de una manera fundamental, conformes con lo que realmente eran.

Otra de sus curiosidades era su actitud ante los bienes de la vida. Comían como correspondía a la gente de su clase, y también vivían así, tenían casa de recreo, coche y barco, y cada vez más bienestar, pero eso no significaba nada, opinaban ellos, y con razón. Nunca habían soñado con riquezas materiales, en sus sueños sobre el futuro la riqueza material ni siquiera había desempeñado un papel secundario. Por esa razón se comportaban como si esos bienes fueran gravámenes casuales en su vida. Como si no tuvieran nada que ver con ellos, no se definían según los bienes de los que disfrutaban y que estaban a la vista de todo el mundo. Era sobre todo evidente cuando uno de ellos era propietario de algo especialmente caro o exquisito, lo cual ocurría, porque no renegaban de los bienes de la vida. En ese caso se explicaba como una desviación personal, y era el propio dueño del objeto caro o exquisito quien lo explicaba como una desviación muy personal. Per Ekeberg, por ejemplo, tenía un coche rápido e imponente, lo que explicaba con «ese diablo de la velocidad» que llevaba dentro, y del que jamás se libraría, y Bernt Halvorsen tenía un gran barco de vela junto a su bastante modesta cabaña en la provincia de Vestfold, lo que explicaba por una atadura psíquica suya casi anormal al viento y al mar, relacionada con su infancia en la pequeña ciudad de Vestfold, la misma, por cierto, en la que se crio el profesor Andersen, sin que por ello se hubiera hecho de adulto con un velero. En cambio, el profesor Andersen tenía otro vicio: sentía una gran pasión por los trajes italianos. En su armario colgaban cinco ligeros trajes italianos de lana comprados en Italia durante conferencias de literatura en ese país, por lo que no costaban más que un traje normal y corriente aquí en Noruega, subrayaba, una gran mentira, por cierto, sus trajes italianos costaban exactamente lo mismo que un traje italiano comprado en Noruega, lo único que pasaba era que si ese traje se hubiera podido comprar aquí habría costado dos o tres mil coronas más, por lo que visto así, podría decirse que se había ahorrado un par de trajes noruegos por cada traje comprado en Italia. El profesor Andersen no se ponía a menudo sus trajes italianos, pero qué placer sentía cuando lo hacía alguna que otra vez. No solía ponérselos cuando tenía que ir a una fiesta muy arreglado, cuando iba a una recepción, o simplemente a dar una conferencia. Esa noche, por ejemplo, llevaba un traje gris normal y corriente, el mismo que se puso en Nochebuena y el día de Navidad, por cierto. A diario solía ir en vaqueros. Pero de vez en cuando le entraban unas ganas enormes de ponerse uno de sus trajes italianos, y entonces lo hacía, sin tener en cuenta la ocasión. Así aparecía de vez en cuando en el campus de

Blindern, ataviado con uno de sus extremadamente elegantes trajes italianos de pura lana. Le encantaba presentarse así ante sus alumnos, tal vez solo para dirigir un seminario normal y corriente para estudiantes del grado superior, bueno, tal vez incluso para una sencilla conversación orientativa en su despacho con un estudiante del último curso. No lo hacía para impresionar a sus alumnos, sino para impresionarse a sí mismo. Vivía lo de ponerse uno de esos trajes como una embriaguez de libertad. En esos casos solía irse después él solo a un restaurante, si bien no a un restaurante muy caro, y disfrutaba de estar sentado comiendo completamente solo en una mesa junto a la ventana.

Un tipo elegante no materialista con un traje italiano solo en una mesa junto a la ventana en un restaurante. El profesor Andersen, de cincuenta y cinco años, como representante de la pequeña minoría dentro de su generación, que con razón podía reivindicar ser una generación especial. Tal vez lo especial de sus maneras de comportarse y pensar pudiera remitirse a un enamoramiento eterno de esa modernidad que los alcanzó como un rayo en su juventud, en la década de los sesenta. Vanguardia. Esa fantástica alianza orientada hacia el futuro entre el radicalismo político y el vanguardismo en el arte. Estaba profundamente anclada en la mente de todos ellos, siempre como un rayo que les había caído, como un enamoramiento perpetuo. No era fácil saber lo que quedaba ya de su radicalismo. Durante el segundo referéndum sobre si Noruega debía ser miembro de la CEE, que ya se llamaba UE, los siete allí reunidos estaban divididos más o menos por la mitad en su votación. Cuatro de ellos habían votado que no, tres habían votado que sí, y al profesor Andersen le resultaba relativamente poco interesante saber quién había votado qué, pero lo que sí era interesante era que hubiesen votado que sí o que no, su voto se había decidido en base al sentimiento vital, o la modernidad de su juventud. El profesor Andersen había votado que no, porque no veía ninguna razón para votar que sí cuando la gran mayoría de la gente que vivía en nuestro dilatado país estaba muy en contra, no le parecía muy defendible actuar en contra de campesinos, pescadores y camio-neros de la poco poblada Noruega, cuando aparentemente significaba mucho para ellos que Noruega no se convirtiera en miembro de la Unión Europea. Además, se alegraba de que una serie de jóvenes burócratas y políticos ambiciosos, varios de los cuales habían sido alumnos suyos, se perdieran un montón de apetitosos puestos dentro de la burocracia de la UE, puestos realmente apetitosos, tanto en cuanto a dinero como a brillo, de modo que cuando volvió a salir «no» en un referéndum sobre la CEE, pensó justamente en ellos, sobre todo en los que conocía y recordaba como alumnos, y se rio de buena gana, como se había reído

la primera vez que se dijo que no a la CEE, en 1972, no, se rio con más alegría aún, con más malicia, porque en 1972 también él estaba verdaderamente emocionado, como tantos otros. Pero Per Ekeberg votó que sí, incluso se expresó con condescendencia sobre el no del profesor Andersen, que caracterizó de anquilosado.

Con el fin de entender a esos hombres y mujeres cenando alrededor de una mesa en casa del matrimonio de médicos Nina y Bernt Halvorsen, el veintiséis de diciembre, hay que entender a Per Ekeberg, por lo menos, su seguridad en sí mismo. Porque Per Ekeberg era el más fiel a los sentimientos vitales de su juventud. Podría parecer paradójico, ya que él era el que más había cambiado exteriormente. Había pasado de un puesto directivo en la psicología oficial a un puesto de director de una agencia de publicidad que prestaba sus servicios a importantes clientes comerciales. Es cierto que no se hacía llamar director, sino que seguía siendo psicólogo jefe, una ocurrencia o idea que había conseguido sacar adelante, y que impresionaba al resultar ser una idea publicitaria sumamente creativa, a la vez que una clarísima expresión de la opinión de Per Ekeberg sobre su nueva y económicamente mucho más lucrativa vida: no había ningún cambio fundamental, en el fondo, ejercía la misma función que antes, solo que en un contexto nuevo y más emocionante. Pasar de la Administración pública a ser actor en el mercado libre no constituía un cambio fundamental. Pasar de terapeuta socialdemócrata a jugador capitalista no era en sí un cambio fundamental. Per Ekeberg sabía argumentar muy bien y con ardor a favor de esta visión, como había argumentado con ardor sobre cualquier asunto que le encendía desde que el profesor Andersen

lo conoció, en el otoño de 1962. Per Ekeberg estaba donde estaba el futuro, lo que le hacía radical a prueba de todo, alegaba él, porque significaba que era capaz de ver sin prejuicios, y, no menos importante, sin ningún antiguo prestigio, los nuevos problemas que surgían, y el profesor Andersen no estaba para nada seguro de que no tuviera razón. Porque tal vez esa radicalidad de todos ellos solo había sido una expresión casual de la modernidad, que era su gran y verdadera predilección. De manera que cuando Per Ekeberg presumía ante el profesor Andersen de que él era el radical y no Andersen, que Andersen estaba atrapado por ideas de una juventud ahogada ya hace tiempo, lo hacía con una autosuficiencia y una convicción interior de las que carecía el profesor Andersen cuando intentaba argumentar sobre sus opiniones y su posible radicalismo. Porque no se trataba de radicalismo ni para Per Ekeberg ni para el profesor Andersen. Era modernidad. Lo que le otorgaba al acomodado director de publicidad su convicción interior y su (ante el profesor Andersen) triunfante confianza en sí mismo no era la seguridad de que él, Per Ekeberg,

fuera tan radical como había sido siempre, sino que fuera tan moderno como había sido siempre. Se llamaba a sí mismo radical, pero eso se debía a que su punto de vista tomaba como punto de partida la modernidad que siempre había iluminado la vida y las actividades de Ekeberg, y a que los puntos de vista del profesor Andersen y los otros tres que habían votado en contra de la CEE por segunda vez eran anticuados y representaban un radicalismo caduco. El profesor Andersen tenía problemas para defenderse de eso, no de que estuviera en contra de la CEE, por ejemplo, sino de lo que se asociaba con ese punto de vista, que Per Ekeberg no tenía ningún problema en expresar. Bueno, tenía que admitir que envidiaba a Per Ekeberg su convicción y su alegría interior por encontrar una luminosa línea moderna en su vida. El que Per Ekeberg se burlara de que ya no era capaz de adoptar puntos de vista realmente radicales no le dolía, porque la pena que sentía en esas situaciones era tan profunda que solo podía deberse a que percibía las acusaciones de Per Ekeberg de no ser capaz de optar por puntos de vista realmente radicales como una acusación de haber perdido la modernidad que había estado soñando toda su vida, y que había considerado una cualidad que no podía perder, y se sentía aludido. El profesor Andersen se sentía ante Per Ekeberg como un hombre anticuado a sus cincuenta. Mantenía sus puntos de vista, pero no le gustaban, le habría gustado cambiarlos por unos más modernos, si le hubiera sido posible.

Estaban sentados a la mesa. Habían comido el primer plato. Llegó el plato principal. Perdiz. Nina hizo saber que los guisantes que se servían como acompañamiento eran guisantes rusos, y que eran muy difíciles de encontrar en nuestro país. Bueno, de hecho, había una sola tienda en toda Oslo en la que era posible conseguir guisantes rusos, lo mejor era encargarlos con antelación. El profesor Andersen pudo replicar que sabía muy bien a qué tienda se refería Nina, él compraba allí a menudo, y muchas veces había visto a otros clientes pedir guisantes rusos. Instó a los demás invitados a adivinar de qué tienda hablaban. Lo hizo para desviar la conversación de otros temas tratados durante el primer plato, en realidad desde que estaban de pie, con la copa de bienvenida en la mano, antes de la cena. Hacía unos días, justo antes de Navidad, Ingrid Cuida, la hija de Judith Berg, había estrenado su nuevo programa de entretenimiento, *Cuida*, en la mismísima televisión estatal noruega, la NRK, y que fuera algo comentado por los invitados no era de extrañar, en parte porque la madre de la presentadora del programa era una de las invitadas, y como el programa había recibido unas críticas sensacionales, lo más natural era felicitar de corazón a Judith Berg ya cuando estaban con la copa de bienvenida en la mano. Pero el mencionado programa de

televisión también había sido el tema de conversación durante todo el primer plato, lo que también habría estado bien de no ser porque solo lo habían visto Per Ekeberg, Trine Napstad y Judith Berg; el profesor Andersen no lo había visto, Nina y Bent no lo habían visto, y tampoco Jan Brynhildsen había podido verlo, ya que esa noche actuaba en el Teatro Nacional. En consecuencia, se hablaba sobre un programa de entretenimiento de la televisión que solo había visto una minoría que pudiera opinar sobre él. Pero eso no les importó a Per Ekeberg, Trine Napstad y Judith Berg, que mantuvieron una entusiasmada conversación sobre algo que los demás solo podían escuchar, sin decir gran cosa. Por esa razón el profesor Andersen intentaba ahora desviar la conversación hacia otros temas, preguntándoles si podían adivinar cuál era la única tienda de Oslo que vendía guisantes rusos. Fjellberg, contestó Jan Brynhildsen sin vacilar, y siguió con la conversación sobre *Guida*. Porque Trine Napstad tenía más que decir sobre ese programa de la televisión, y lo mismo le pasaba, claro está, a Per Ekeberg, y a Judith Berg no había nada que le gustara más que escuchar comentarios elogiosos, y sobre todo elogios inteligentes, sobre el éxito de su hija como presentadora de televisión. En ese punto, a Bernt Halvorsen le habría resultado fácil, en calidad de anfitrión, desviar discretamente la conversación hacia otros temas, pero no lo hizo. Con una pregunta a los que lo habían visto de uno que lamentablemente no lo había visto, insinuó al resto de los que no lo habían visto que la conversación sobre el programa en cuestión proseguiría, y que de ellos dependía si querían participar bajo las condiciones que tenían a su disposición. Seguramente Bernt lo haría por consideración a Judith, era, al fin y al cabo, su gran noche, y él, el anfitrión, no se la estropearía enmendándola, insinuando que deberían hablar de otras cosas. El profesor Andersen opinaba que probablemente a Bernt le resultaría indiscreto. Quizá su decisión se debía también a lo que había contestado Judith cuando Trine Napstad, al decir Jan Brynhildsen que no había visto el programa porque estaba en escena cuando se emitió, preguntó: «¿Pero no lo has visto luego grabado en vídeo?». Entonces Judith contestó que no lo había grabado, «porque me parecía que había que poner límites al interés por los quehaceres de mi hija». Al profesor Andersen le gustó esa respuesta, y seguramente también a Bernt Halvorsen, esa respuesta expresaba una gran modestia y comprensión de lo que era decente, incluso en campos en los que uno no es visto por otros, excepto por Jan Brynhildsen, su marido. Claro que estaba orgullosa, exultante, y sin embargo había conseguido frenar sus ganas de ensalzar el éxito de su hija. A través de los elogiosos comentarios de Per Ekeberg y Trine Napstad, sus felicitaciones y sinceras preguntas a Judith Berg sobre cómo el programa en cuestión continuaría el viernes siguiente, el

profesor Andersen y los otros tres que no lo habían visto pudieron hacerse una idea de qué clase de programa era el que tantos elogios había procurado a Ingrid Guida, de modo que tanto él como los otros tres que no lo habían visto podían participar ahora en la conversación con preguntas, comentarios y también exclamaciones de asombro. *Guida* era un programa que se centraba en la personalidad de la presentadora, de veintitrés años, y en el que sus invitados eran caras conocidas del mundo noruego de la política, las finanzas, la cultura y el entretenimiento, que se inclinaban ante ella y se dejaban mostrar como figurantes en sus a menudo curiosas escenificaciones. Ingrid Guida hacía bailar tras ella a pastores de la Iglesia con lentejuelas por el pasillo principal de la catedral de Oslo, por ejemplo, o a médicos por pasillos de hospitales. Ella era la seductora que hacía que los pilares de la sociedad se salieran de sus papeles y los profanaran. Conseguía que ministros se pusieran disfraces autoirónicos y adoptaran posturas que todo el mundo habría encontrado reveladoras en ellos, de no ser porque ellos mismos se habían dejado dirigir hacia esas posturas, algo que hizo exclamar al profesor Andersen, que no había visto el programa: «Pero entonces pierde hierro», mientras Bernt Halvorsen a casi todo lo que escuchaba, exclamaba: «Pues no, no es posible», algo que hizo reírse y disfrutar a Per Ekeberg, Trine Napstad y Judith Berg, porque ellos sí habían visto el programa y podían asegurar que sí, que era posible, bueno, que todo era posible, aunque Bernt Halvorsen, con su «Pues no, no es posible», solo había pretendido ser educado y positivo, y no expresar en absoluto su ardiente falta de fe en un programa que no había visto, y que probablemente tampoco pensaba ver el siguiente viernes, mientras que Per Ekeberg replicó de modo cortante a la exclamación del profesor Andersen: «Esto no tiene nada que ver con hierro, se trata de exponer un estilo de vida».

Para entonces estaban ya a punto de acabar la perdiz, la excelente salsa de caza y los muy comentados guisantes rusos. En ese punto de la cena, Nina, la anfitriona, confesó a los invitados que se preguntaba si al fin y al cabo había sido un error servir un rioja con las perdices. Aunque no, un error del todo no había sido, pero tal vez habría pegado más un borgoña. Aunque no, un borgoña es tan caro que sería cursi servirlo, y los menos caros no serán tan buenos que merezcan la pena…, bueno, aquí bebemos rioja, y ya es demasiado tarde para arrepentimientos. Salud, dijo, riéndose, y todos brindaron y aseguraron que el rioja era perfecto, y sin duda mejor para servir con perdiz que un borgoña mediocre. Jan Brynhildsen contó una historia graciosa sobre por qué el Monopolio del Vino tuvo que cambiar su antiguo logo, que era bastante parecido al del rey Olav V (la V del Monopolio del Vino y la V de Olav V), lo que hizo a Per Ekeberg

contar otra historia igual de graciosa sobre por qué habían tenido que cambiar la etiqueta del llamado vino del pueblo, que siempre había tenido un dibujo de los puentes sobre el Sena de París, hasta que Sonja se convirtió en reina de Noruega. Bernt contó, con mucho afán, y asistido con cierta reluctancia por Nina, en su estilo típico de médicos, cómo se había celebrado la Nochebuena en su casa ese año, con costillas de cerdo, bacalao seco macerado, corte de luz y doce personas entre grandes y pequeños, abuelos paternos duros de oído, y medio ciegos por parte materna. El ambiente se estaba desmadrando, y el profesor miró a escondidas el reloj. Nata con frambuesas árticas de postre. También las frambuesas árticas venían del valle de Valdres, donde Nina y Bernt tenían una cabaña. Trine Napstad estaba empezando a ponerse en forma, con una voz chillona que encajaba muy bien y sin piedad con el eterno murmullo de las tripas del profesor Andersen, pensó él. En realidad, le habría gustado elevar su mente a esas alturas amables y alegres a las que ya habían ascendido los demás, pero a pesar de sus hábiles esfuerzos, no lo logró. Después del postre siguieron sentados alrededor de la mesa redonda del comedor bebiendo vino. El profesor Andersen deseaba que se trasladaran al salón, porque entonces le resultaría mucho más fácil marcharse sin dejar un gran vacío y mucho hueco en la mesa. Pero también el café se sirvió en la mesa redonda. Una copita de coñac. Bernt descorchó un par de botellas más de vino y las dejó sobre la mesa, donde también había dejado la de coñac, por si en adelante alguien prefería beber coñac en lugar de vino. El profesor Andersen miró el reloj. Más de las once. Se sorprendió al ver lo tarde que era, porque tenía unas ganas locas de irse a su casa. Tenía que llegar a casa ya, antes de que fuera demasiado tarde. Fue al baño a ordenar sus pensamientos. Al volver al comedor, se dirigió a Nina y a Bernt, y dijo que tenía que pensar en marcharse ya. Los demás invitados lo miraron sorprendidos, pero no así Nina y Bernt. Dijo que se había encontrado un poco mal durante todo el día, se preguntaba si tal vez estaba incubando una pequeña gripe, y pidió a Bernt que llamara a un taxi. Bernt se levantó y se acercó al teléfono. El profesor Andersen dijo adiós con la cabeza a Jan Brynhildsen y Judith Berg, a Per Ekeberg y Trine Napstad, y fue hacia la entrada, acompañado por Nina. Allí se puso el abrigo y estaba diciendo a Nina que lamentaba tener que marcharse tan pronto cuando Bernt salió diciendo que el taxi estaba de camino, y el profesor Andersen repitió ante él el mismo lamento. «Tal vez ni siquiera sea una incipiente gripe», dijo, «tal vez solo esté agotado de mis propios pensamientos. Últimamente he pensado mucho en que el tiempo agota la literatura, destruyéndola, tal vez sean pensamientos nuevos, pero de peso», dijo. Ellos dijeron que lo entendían, que no se preocupara, está claro que uno debe marcharse

pronto si está atormentado por pensamientos de peso. Ah, se sentía tan tremendamente triste delante de Nina y Bernt, porque no tenía ni reposo ni tranquilidad para quedarse, ya que eran más de las once. Bueno, se sentía desanimado consigo mismo. A través del cristal de la puerta de la calle pudieron ver el taxi llegar y pararse delante de la entrada. El profesor Andersen abrió la puerta y se dirigió al coche que lo esperaba. Se sentó en el asiento de atrás, a la vez que decía adiós con la mano a los anfitriones, que estaban en la puerta haciéndole el mismo gesto.

Le indicó la dirección al taxista, que lo llevó por una Oslo llena de nieve e iluminación navideña. Había dejado de nevar, pero las calles estaban en un estado lamentable. El taxista conducía lentamente por las calles cubiertas de nieve, por las que solo se podía conducir por el centro, sobre dos profundas huellas de ruedas, y cuando se cruzaba con otro coche, uno de los dos estaba obligado a dar marcha atrás. Por todas partes se veían coches y máquinas quitanieves trabajando a toda marcha, con luces amarillas iluminándolo todo. Emitían sonidos. El taxista era pakistaní y conducía seguro y con cuidado por las calles casi totalmente nevadas pero iluminadas. Se veía poca gente, incluso en las calles principales que cruzaban, como por ejemplo, la de Bogstad. El profesor Andersen iba tenso en el asiento de atrás, muy impaciente por llegar a casa. Por fin el coche paró delante del inmueble en el que vivía, en el barrio de Skillebekk, pagó y se bajó. Abrió rápidamente la verja, subió la escalera, y sacó la llave para abrir la puerta de su piso, donde encendió la luz de la entrada y colgó el abrigo. Luego fue al salón y, sin encender la luz, se acercó a la ventana para mirar fijamente el edificio del otro lado de la calle. Las cortinas estaban descorridas. Dentro había luz. ¡Por fin! Ahora lo vería. El profesor Andersen se encontraba en una profunda oscuridad en su salón, medio escondido detrás de una cortina, mirando hacia fuera. Vio que una figura atravesaba la estancia. El profesor Andersen miró con atención, pero ocurrió tan deprisa que no fue capaz de enterarse del todo de lo que había visto, a pesar de que la persona no había atravesado la estancia muy deprisa. Creía que se trataba de un hombre, pero no estaba del todo seguro. El profesor Andersen esperó. La silueta desapareció de nuevo, el hombre estaría sentado en un sitio donde no podía verlo, pero el profesor Andersen esperó. Por fin la silueta volvió a aparecer, atravesó la habitación iluminada, ahora hacia la ventana. Un rostro miraba fijamente hacia fuera, y el profesor Andersen vio la cara del asesino. No con mucha nitidez, no como para reconocer a la persona en la calle, pero vio que era un hombre joven.

¿Se sentía decepcionado? ¿Esperaba que a pesar de todo la figura que se paseó por la habitación fuera una mujer, y que fuera una mujer joven de pelo rubio la que acababa de ver en la ventana? El profesor

Andersen no lo sabía. Si tenía esa esperanza y eso era lo que lo había mantenido fijo en esa ventana, y en esa visión, tanto en la realidad como en sus pensamientos, su esperanza habría sido poco realista, y, en el fondo, el deseo de un milagro. O, mejor dicho, un deseo de que él, el profesor Andersen, no fuera capaz de fiarse de sus propios sentidos, sus propios ojos, en determinadas situaciones, sino que estuviera hecho de tal manera que lo que creía ver pudieran ser imaginaciones o una ilusión óptica. ¿Era eso lo que esperaba, al fin y al cabo, aunque significara que su juicio estaba en gran peligro? ¿O era exactamente lo que estaba viendo ahora lo que esperaba ver: la cara del asesino? El profesor Andersen no lo sabía, y de repente se echó a llorar, no con lágrimas, sino con palabras. «Estoy llorando», se dijo a sí mismo, concentrándose en esa simple frase, que repitió varias veces mientras se encontraba junto a la ventana, incluso mucho tiempo después de que el joven de la otra ventana se hubiera dado la vuelta, atravesado la habitación y desaparecido de su campo de visión, a un lugar del que no volvió a aparecer.

El día siguiente era veintisiete de diciembre, día laborable, con las tiendas y oficinas abiertas, correos y bancos. El profesor Andersen decidió marcharse por algún tiempo. Preparó una pequeña maleta y cogió un taxi hasta el aeropuerto, donde sacó un billete para el primer avión a Trondheim. Llamó al hotel Britannia y reservó una habitación. Luego llamó a un colega suyo y le dijo que estaría en Trondheim para Año Nuevo. Quedaron en verse al día siguiente. Durante el viaje hizo mal tiempo, así que no pudo ver nada. En el aeropuerto de Værnes cogió el autobús hasta el hotel Britannia. En el avión había hojeado los periódicos, y, como era de esperar, no encontró nada sobre el asesinato que había presenciado. Ahora los volvió a hojear. Nada. Nada de una mujer desaparecida, por ejemplo, que pudiera relacionarse con lo que había presenciado. Salió y dio una vuelta por las calles de Trondheim. El hombre se llamaba Henrik Nordstrøm. Lo había averiguado antes de decidir ir a Trondheim. Había cruzado al otro lado de la calle para mirar los nombres en la puerta, y había encontrado el nombre y el timbre que tendrían que corresponder al piso en el que había visto la cara del asesino la noche anterior. Como siempre cuando estaba en Trondheim, se pasó por la catedral de finales del siglo xi, el único testimonio de alta cultura de la Edad Media noruega. También se pasó por la Pastelería Erichsen a tomar un café y un trozo de tarta, otra de sus costumbres. Paseando por las calles, se topó de repente con la exmujer de su colega, y se vio obligado a intercambiar unas palabras con ella, ya que era demasiado tarde para intentar hacer como si no la hubiera visto. No le contó que iba a ver a su ex al día siguiente. Cuando volvió al hotel Britannia, un hombre que estaba sentado en el vestíbulo se levantó y fue hacia él.

Era su colega. Dijo que le apetecía verlo ya, porque no tenía nada especial que hacer. El profesor Andersen se alegró e invitó a su colega a subir a su habitación.

Arriba, en la habitación, invitó a su colega a sentarse en un sillón y sacó una botella de *whisky* que con buen criterio acababa de comprar en el Monopolio del Vino de la calle Kjøpmann, allí, en Trondheim. Sacó cubitos de hielo y soda del minibar, mientras explicaba lo importante que era escoger soda azul y no amarilla. Una vez, en el hotel Høyer, en Skien, pidió soda sin pensárselo, y le sirvieron *whisky* con sabor a limón. «Joder. Y lo peor», dijo el profesor Andersen, dejando vasos, soda azul y cubitos de hielo en la mesa, «es que en el minibar solo había soda amarilla. ¡Vaya hotel!». «Será para que los huéspedes no se queden en la habitación bebiendo *whisky*, y bajen al bar a tomárselo», dijo su colega. «Sí, claro, pero muy amable no es». Se sirvieron cada uno un *whisky* y brindaron por el sorprendente reencuentro. Cuando el profesor Andersen se dio cuenta de que su colega se moría por saber qué demonios lo había llevado a Trondheim en medio de las Navidades, decidió ir al grano. «¿Has pensado», dijo, «en lo corta que es nuestra memoria histórica? ¿Recuerdas a tus abuelos?». «Sí, claro que sí», contestó su colega extrañado, «me acuerdo muy bien». «Yo también me acuerdo de los míos», dijo el profesor Andersen, «aunque mis dos abuelos varones habían muerto cuando nací. Pero he oído hablar tanto de ellos que puedo decir, en el sentido histórico, que los conozco. ¿Pero y tus bisabuelos?». Su colega se quedó callado, reflexionó. «A ellos los conozco muy poco». «Tienes ocho bisabuelos», dijo el profesor Andersen con gesto grave. «Seguramente habrá poco más de cien años entre el nacimiento del mayor de ellos y tú. Y ya han desaparecido de tu conciencia. O peor aún, nunca han existido en tu conciencia». Su colega pareció algo perplejo. «No es tan malo», dijo después de haber reflexionado un poco», algo sí sé. De uno de ellos tengo incluso una foto. Era zapatero en Fredrikstad». «¿Y dónde está ahora esa fotografía?». «¿Cómo dices? Eso claro que no lo sé». «¿Y a eso llamas tú saber algo de tus bisabuelos?». Su colega pareció de nuevo un poco perplejo. «Tienes razón», dijo, «es extraño, y ni siquiera he pensado en ello». «Es más que extraño», dijo el profesor Andersen, «es penoso. Quizá incluso alarmante. Aquí estamos, dos personas sentadas en la habitación de un hotel de Trondheim en la semana entre Navidad y Año Nuevo, y la luz de nuestro conocimiento no llega hasta más de dos generaciones atrás. Desde ese momento, empieza a desaparecer, un recuerdo crepuscular por ahí, una foto que nadie sabe dónde está por allá. Y luego oscuridad. Y los dos somos catedráticos de Literatura». «Sí, eso, de Literatura, no somos historiadores», se defendió el colega del profesor Andersen. «Además, tenemos otra memoria que va mucho más allá de

la familia, recordamos cosas, por ejemplo, en relación con nuestro trabajo, en nuestro caso dentro de la asignatura de Literatura. Tú también sabrás muchas historias sobre Ludvig Daae. ¿O no eres capaz de recordar a Lorentz Dietrichson, o quizá incluso a Jonas Collet?», preguntó su colega triunfante. «En eso tienes razón. Pero, no obstante, son tus ocho bisabuelos los que te han dado los genes, hace poco más de sesenta o setenta años ellos eran jóvenes y dieron sus genes a los que a su vez engendraron al que te dio a ti tus genes, y tú no tienes ningún recuerdo de ellos, es bastante…». «Sí, extraño, no penoso. Ni alarmante», lo interrumpió su colega. «A mí me resulta alarmante», prosiguió el profesor Andersen, sin inmutarse. «¿Qué significa eso? ¿Es algo común entre los humanos, es decir, un rasgo de la persona como ser humano que no nos hemos molestado en registrar, porque el que el ser humano sea un ser histórico es tan evidente que no se deja cuestionar? ¿O es un rasgo distintivo de lo humano de nuestra época y de nuestra civilización? ¿O solo rige para los que venimos del pueblo llano? No lo sé, pero al menos tiene que ver con nuestra época. Que tiene algo que hace que ya no nos interese tanto lo que ha habido antes de nosotros, al menos mucho menos de lo que fingimos. Tiene que ver con lo moderno. Y tiene que haber empezado pronto, porque los dos habríamos sabido algo sobre nuestros bisabuelos si nuestros padres hubiesen mostrado interés por hablar de ellos, lo que al parecer no han hecho, es decir, si no se debe a que nosotros simplemente lo hayamos olvidado, pero no lo creo. En ese caso, nuestros padres, tan realistas, esas personas tan anticuadas con su entusiasmo por el plástico y los pronósticos meteorológicos de la radio, habrán sido portadores de una modernidad fundamental que nos han transmitido a nosotros, sin que ni ellos ni nosotros hayamos reparado en ello. Hasta ahora no lo había entendido. Que la información de mi conciencia no llega hasta más de dos generaciones hacia atrás, luego todo es oscuridad». «En este punto tengo que pararte un momento», dijo el colega del profesor Andersen muy animado, «porque sobre lo que estás diciendo solo puedo añadir que en pocos países hay un interés mayor por la historia que en el nuestro, sobre todo por la pequeña historia. Recuerda que cada pequeño pueblo y ciudad de este país tienen escrita su propia historia local, por regla general en tres volúmenes. Y cada generación suele escribir una nueva desde el principio y en tres volúmenes. Así que no me vengas con esas. Piensa también en el enorme interés que hay en este país por la genealogía. O en esas grandes reuniones familiares que se celebran todos los veranos». «Sí, sí, eso es verdad. Pero en ningún caso rige para nosotros dos, y somos, al fin y al cabo, catedráticos de Literatura. Nuestra conciencia social general no está influida por esos extraños genealogistas o historiadores locales. Todos esos estrafalarios que se

sientan a nuestro lado en la biblioteca de la universidad a seguir las huellas de su procedencia a través de los tiempos son dignos de elogio, han de darnos esperanza, porque nos muestran que es posible salirse de la conciencia general y elegir su propio camino, siempre que la pasión y el empeño personal sean lo bastante fuertes, pero son y seguirán siendo unos extraños, incapaces de registrar nada en la conciencia colectiva, por mucha simpatía que podamos sentir por su actividad y, sobre todo, por las intenciones que hay detrás. Están y estarán completamente marginados. No llegan hasta nosotros, a nuestra estructura o educación colectiva, la que forja nuestra manera de pensar. Pues sí, me da miedo», repitió. «Me da miedo de verdad. Mucho más que el hecho de no tener hijos». Se calló y permaneció callado. Su colega tampoco dijo nada. Miró al profesor Andersen, parecía estar a punto de decir algo, se enderezó como hace alguien que quiere decir algo que tiene que decir o debe decir, pero que no está seguro de hacerlo, y al final decidió no decir nada y permaneció sentado, mirando un poco extrañado al profesor Andersen.

Se hizo el silencio durante un rato. Los dos caballeros bebían *whisky* en la habitación del profesor Andersen en el hotel Britannia. A decir verdad, bebieron mucho, la botella empezaba a estar medio vacía. No eran más de las tres de la tarde. Estaba empezando a oscurecer. Su colega era unos años más joven que el profesor Andersen, estaba cerca de los cincuenta, pero aún no los había cumplido. Acababa de empezar una nueva vida, se había casado por segunda vez con una mujer joven, encima, una de sus alumnas. El profesor Andersen lo sabía, pero aún no había tocado el tema, y su colega no había tenido ocasión, ya que el profesor Andersen se había lanzado inmediatamente a hablar de lo que tanto le preocupaba, y por lo que había llamado a su colega desde el aeropuerto de Oslo cuando tuvo la ocurrencia de ir a Trondheim. Se sirvió otra copa de *whisky* y pasó la botella al otro, pensando que tenía que proseguir con su razonamiento antes de estar tan piripi que no fuera capaz de continuar, sino solo repetirse una y otra vez con las mismas palabras, como sabía que solía hacer cuando estaba ebrio.

«Últimamente he empezado a mirarme con otros ojos», prosiguió el profesor Andersen. «Antes me consideraba una persona que podía usar sus recursos de lleno, por lo que, para ser sincero, me sentía orgulloso. Ahora veo con toda claridad lo limitado que es mi horizonte, y me sorprende no haberme dado cuenta antes. Que me considerara ilustrado y consciente, e incluso me atribuyera un entendimiento de la historia, y resulta que ni siquiera tengo conocimiento de mis antepasados de tres generaciones hacia atrás, y aún peor: ni siquiera me ha molestado no tenerlo. Es una verdadera vergüenza», gritó, golpeando la mesa con las palmas de las manos con tanta fuerza que

la botella de soda azul se volcó y el *whisky* del vaso chapoteó. «Este es el espíritu humano de nuestra época», prosiguió, tras secar la mesa con su pañuelo. «Esa época de la que los dos somos destacados y excelentes representantes. Hay algo primitivo en ella que no hemos tenido el valor de reconocer. Tengo miedo», dijo, «y me aterra mi propia ignorancia. Ya tengo cincuenta y cinco años, y no me apetece lanzarme a una nueva carrera». Se calló. «Pero si es así», dijo su colega emocionado, «entonces lo que estás diciendo es una poderosa defensa de la necesidad del arte y la literatura». «Bueno, no estés tan seguro de ello», dijo el profesor Andersen con una sonrisa enconada, que pensó que habría caracterizado de malvada si se hubiera visto a sí mismo desde fuera.

Se sentía bastante ebrio y por eso decidió no continuar la conversación. Preguntó a su colega cómo estaba, y este se puso enseguida a hablar de sí mismo y sus cosas. El contenido de la botella de *whisky* estaba mermando alarmantemente, y el profesor Andersen se vio obligado a llamar a recepción para que le subieran dos botellas de soda azul, además de cubitos. No se puede negar que el profesor Andersen solo escuchaba con media oreja (de dos enteras en total) lo que su colega estaba contando sobre él y sus cosas. Este, por su parte, estaba muy interesado en saber lo que había llevado al profesor Andersen a Trondheim ahora en Navidades, y cuando supo que no tenía ninguna cita ni plan para los días siguientes, se apresuró a invitarlo a hospedarse en su casa, lo que el profesor Andersen rechazó tajantemente. De hecho, prefería alojarse en hoteles cuando estaba de viaje. «Bueno, si te lo puedes permitir», dijo su colega, tal vez algo ofendido. «Me lo puedo permitir», contestó el profesor Andersen, notando que se sentía orgulloso de poder decir que se permitía hospedarse en hoteles cuando estaba de viaje. Su colega se levantó e hizo una llamada telefónica. El profesor Andersen supuso que estaba llamando a su casa, a su joven esposa, porque le oyó decir que llevaba a un invitado a comer. También oyó algo que parecían protestas al otro lado del auricular, y a su colega decir: «Eso no es problema», antes de colgar y con mucha cordialidad invitar al profesor Andersen a comer a su casa. Al poco rato, la botella de *whisky* estaba vacía, y los dos caballeros abandonaron el hotel Britannia extremadamente animados.

Ya en la calle, el colega del profesor Andersen señaló un coche aparcado y dijo: «Ese es mi coche, no pensé que fuera a beber en plena mañana». Siguieron andando. El profesor Andersen preguntó a dónde iban. «A mi casa», contestó su colega, «tenemos que coger el autobús, está demasiado lejos para ir andando». «¿No podemos coger un taxi?», preguntó el profesor Andersen. «¿Un taxi?», dijo su colega. «Claro que podemos coger un taxi. No se me había ocurrido». Cogieron un taxi, y

al poco rato se detuvieron delante de una casa en una ladera sobre el centro de Trondheim.

El profesor Andersen pagó el taxi, bajaron y entraron en la casa. Allí estaba la joven esposa de su colega con un niño pequeño en brazos al que estaba dando de mamar, desenvuelta y abiertamente. Dijo que no tenían más que albóndigas de pescado para comer. El profesor Andersen dijo que le hacía ilusión comer albóndigas de pescado, sobre todo en Trondheim, donde realmente sabían hacer albóndigas de pescado. La joven esposa y madre contestó que se trataba de albóndigas de pescado precocinadas que vendían en los supermercados de todo el país, pero el profesor Andersen dijo que a pesar de ello le hacía ilusión. Preguntó cómo se llamaba el niño, y en ese contexto contó una anécdota de la Universidad de Oslo que tanto su colega como la mujer de este encontraron muy graciosa. «Bueno, como puedes ver, he empezado la segunda camada», dijo al profesor Andersen su colega, mientras su joven esposa estaba en la cocina preparando las albóndigas de pescado. «Ella aún está estudiando», añadió. «La comida me ha gustado mucho», al profesor Andersen le encantó estar en la cocina de una casa privada comiendo albóndigas de pescado precocinadas con patatas hervidas y zanahorias ralladas. Además de salsa marrón. Y cebolla frita. Lo único que le decepcionó un poco fue que solo había media botella de cerveza para compartir, era poco para él, que se encontraba en una embriaguez creciente. Pero después de comer tomaron café, y entonces su colega sacó una botella. «Esto no es exactamente *whisky* ni coñac francés», dijo, «sino algo mucho mejor. Aguardiente de Trøndelag». Echó en el café. Lo removieron y bebieron. «Un brindis por el niño», dijo el profesor

Andersen, y tanto su colega como su joven esposa sonrieron amablemente, y el profesor Andersen volvió a brindar y dio las gracias, la joven madre no tenía aguardiente en el café, pero brindó de todos modos. Su colega dijo que se alegraba muchísimo de que el profesor Andersen hubiera elegido pasar esos días entre Navidad y Año Nuevo en Trondheim, y su joven esposa estaba de acuerdo. Invitaron enseguida al profesor Andersen a una fiesta de Nochevieja. No en su casa, sino en la de unos amigos suyos, y cuando el profesor Andersen dijo que no le parecía muy adecuado, su colega se levantó, llamó al amigo a cuya casa iban a ir, y le dijo que le gustaría llevar a un amigo a la fiesta, al profesor Andersen, de la Universidad de Oslo, y al colgar dijo muy contento que sus amigos estaban encantados de recibir a Pål Andersen. Al día siguiente, quería ir a esquiar con Andersen. Pero el profesor Andersen no se había llevado equipamiento. «Eso tiene fácil arreglo», dijo su colega. Bajó al sótano y cogió unos esquís viejos. El profesor Andersen tuvo que probarse esquís y bastones, botas y fijaciones, y su colega no se dio por

satisfecho hasta que no estuvo todo en orden. También le prestaron un anorak y unos bombachos que su colega ya no usaba, no exactamente a la última moda, pero no había ido a Trondheim a lucir modelo en la pista de esquí. La joven esposa de su colega le tomó medidas, y le arregló el anorak y los bombachos para que no le colgaran por todas partes, porque su colega estaba bastante más gordo que él. De muy buen humor, aunque relativamente temprano, el profesor Andersen se despidió de su colega y de su joven esposa. Ya de vuelta en el hotel se puso a registrar el minibar para prepararse una copa, hasta que se acordó de que en los hoteles de los países nórdicos no hay alcoholes fuertes en el minibar, solo vino y cerveza. Llamó entonces al servicio de habitaciones y pidió dos whiskis con soda. Los necesitaría para poder dormir, y también para librarse del olor a aguardiente, que aún permanecía, aunque se había echado lo menos posible.

Al día siguiente por la mañana, el profesor Andersen y su colega de Trondheim se fueron a esquiar. Su colega condujo el coche hasta algo llamado Bymarka, que era un lugar popular para esquiar. Bajaron los esquís y los bastones de la baca del coche, y empezaron con los preparativos para untar los esquís de cera. El tiempo era muy triste. Gris, bastante frío y con un poco de aguanieve en el aire. Su colega se tomaba muy en serio la tarea de untar los esquís, llevaba un termómetro que metió en la nieve para medir la temperatura, y sugirió al profesor Andersen que pusieran una primera capa de cera Swix verde, y encima una de azul, con lo que el profesor Andersen se mostró totalmente de acuerdo. También le dijo a su colega que ciertamente había nacido con los esquís puestos, como todos los noruegos, pero que hacía mucho tiempo de aquello, razón por la cual proponía que dieran un tranquilo paseo, a lo que su colega no se opuso. Con movimientos lentos empezaron el paseo por Bymarka, en Trondheim. Cuando llegaban a un descenso, su colega se lanzaba atrevido, mientras que el profesor Andersen se quedaba un rato arriba sopesando la situación, antes de lanzarse él también. En las cuestas arriba, su colega mostraba la buena forma en la que se encontraba, subiéndolas con mucha agilidad, mientras que el profesor Andersen se las tomaba con tranquilidad y a su ritmo. Pero por las zonas llanas iban uno al lado del otro. Después de un rato llegaron a un refugio para esquiadores.

Entraron y se tomaron una bebida caliente de grosella negra. El profesor Andersen aprovechó entonces la ocasión, como el día anterior, para hablar de cosas que le preocupaban. Tenía miedo al futuro. Su propio futuro como profesor de Literatura. La literatura no sobrevive como pensábamos. Solo sobrevive en apariencia, y eso ya no es suficiente. Todo entusiasmo es simultáneo, y en nuestra época la simultaneidad es la capacidad inigualable del mercantilismo de crear

entusiasmo y conmover los corazones de las masas. Él temía que hubieran sufrido una derrota definitiva. Que lo tenían que admitir, aunque solo fuera por su propia paz interior. Él, por su parte, no era capaz de compartir el entusiasmo por los enunciados culturales que se les ofrecían, no entendía cómo era posible dejarse entusiasmar por ello, pero en la práctica resultó que se equivocaba, al menos en ese punto. No quería pronunciarse sobre la calidad, al menos no ante su colega, que veía lo mismo que él. Ya no ocultaría que, en su opinión, vivían en una época miserable. Él se sentía muy mal en ella, a la vez que no podía hacer nada para ofrecer una alternativa. «Porque no somos intelectuales atemporales, somos intelectuales en la época del mercantilismo, y profundamente caracterizados por lo que conmueve los corazones de las masas. Lo que conmueve los corazones de las masas son las consecuencias de nuestra propia insuficiencia. Simplemente. ¿Hace cuánto que no te estremeces al ver o leer una tragedia griega? Me refiero a estremecerte de verdad, sentirte conmovido en lo más profundo de tu ser. No solo hacer un gesto de reconocimiento, es decir, un tranquilo placer que tampoco debemos subestimar, el tranquilo placer tiene su valor para ambos. ¿Pero conmovidos? ¿Como te puedes sentir al leer una novela de nuestra época? Me parece que estoy tocando un tema importante. Nuestra relación con el pasado se caracteriza por una profunda indiferencia, aunque no lo queramos reconocer y hablemos con sinceridad cuando decimos que se trata de valores imprescindibles. Porque se trata de valores imprescindibles, y sin embargo tenemos una relación con ellos solo como para cumplir. Da la impresión de que nuestra conciencia no está lo suficientemente equipada como para poner en práctica las exigencias del cuerpo de una mortalidad espiritual. Eso puedo decírtelo yo, como catedrático de Literatura, a ti, que eres mi colega. Los nervios gritan de miedo al pensar que no tenemos conciencia histórica, porque eso significa que nuestro tiempo desaparece con nosotros, de modo que cuando se representa a Ibsen en el Teatro Nacional, nuestros nervios se tranquilizan, porque somos capaces de poner en escena una obra del siglo pasado en uno de los edificios más espléndidos del país, y completamente en público, y a menudo con la sala llena, las generaciones venideras podrán relacionarse con nosotros de esta misma manera. Pero no es la obra de Ibsen lo que ponemos en escena, es la fama de Ibsen. Ante la obra somos más o menos indiferentes, pues sí, así es, ya ahora, solo cien años después de que fuera escrita. Lo que vemos representado es la obra del director de escena Stein Winge, o Kjetil Berg-Hansen. La obra de Winge, la fama de Ibsen. Porque el estómago protesta contra la idea de que no existe una fama tan grande que no sea capaz de sobrevivir cien años. Deseamos tener obras inmortales, ¿pero existen tales obras para

nosotros? Las mejores obras de Ibsen apenas tienen cien años y ya las llamamos eternas, ¿pero lo son? Ya ahora podemos ver lo difícil que nos resulta hacer que nos conciernan. Al ponerlas en escena tienen que ser modernizadas y convertidas en contemporáneas para que podamos vivirlas como algo llamado grandioso, y ni siquiera entonces se suele lograr. ¿Y como obras leídas? ¿Cómo de inmortales son como obras leídas? A veces pienso, después de haber repasado y estudiado, por ejemplo, *Espectros*: "Vaya, ¿eso era todo? ¿No había nada más? ¿Es eso lo más sublime que puede ofrecer la década de 1880? ¿Era ese el logro espiritual más sublime en Europa en el siglo xix? Sí que es buena, ¿pero es lo más sublime que se puede conseguir crear?". Supongo que resultará que sí lo era, pero mi pregunta sigue ahí: "¿Eso era todo? ¿No había nada más?". Pero he estudiado *Espectros* durante años, y sé que es una obra perfecta, estoy y sigo estando impresionado por ella, perfecta, y, sin embargo, pregunto: "¿Eso era todo? ¿No había nada más?" No me conmueve. No me estremece. Como le ocurrió al público cuando se estrenó como un acontecimiento contemporáneo. No ha sobrevivido en mí como esa verdadera conmoción que fue en su tiempo, ¿cómo voy a poder llevar a cabo entonces mi obligación social, que es transmitir esa obra a las nuevas generaciones? Dudo, dudo horriblemente de mi función en esta época que ya no aguanto. Los estragos del tiempo que me corroen y destruyen todo. Los estragos del tiempo corroen incluso los logros intelectuales más sublimes, destruyéndolos, los palidecen y decoloran». «Pero deberías aceptar la pátina», dijo de repente su colega.

Su colega escuchaba tranquilamente las divagaciones del profesor Andersen, porque sabía que venían de su corazón y por ello no quería interrumpirlo. Pero ya no pudo callar más, y surgió una discusión entre los dos caballeros sobre la pátina. Una discusión sobre la conmoción del arte contra el tranquilo placer, y sobre si era su deber como catedráticos de Literatura transmitir el tranquilo placer, y no la conmoción a sus alumnos. Su colega sostenía que era su deber transmitir el tranquilo placer y no la conmoción, la cual, de todos modos, como señaló con mucha razón el profesor Andersen, ya se había perdido hacía tiempo en la histórica obra de arte de la que en su día había salido. Lo esencial era reconocerla y alegrarse por ella, esa noble pátina que reposaba sobre una obra de arte que había sobrevivido un siglo. «También es conciencia histórica. Más no podemos conseguir, y es suficiente», señaló su colega. «Basta como respuesta a nuestra entrañable necesidad de que haya algo que nos sobreviva a nosotros». El no se conmovía al leer *La divina comedia*, de Dante, ni siquiera con las descripciones del Infierno, y no lo echaba de menos. Pero podía encontrar un placer tranquilo y sincero al leer esta

obra de la Florencia del siglo xiii, tanto porque de hecho le era accesible a él, un noruego hacia finales del siglo xx, como porque las condiciones bajo las que tanto él como el profesor Andersen arrastraban sus vidas eran, al fin y al cabo, de tal naturaleza que les facilitaban, mediante nítidos estudios, la posibilidad de relacionarse con la obra en sí, de entenderla. El que su frescura hubiese desaparecido no suponía carencia alguna, para él lo compensaba por completo el noble peso de la pátina. El profesor Andersen contestó que su colega no había entendido del todo lo que él quería decir, y cuánto le pesaba. No subestimaba en absoluto la noble pátina, solo pretendía señalar las consecuencias del hecho de que la conmoción moderna esté ausente en el estudio y la asimilación de una obra canonizada, consecuencias, sospechaba el profesor Andersen, que se estaban acercando a las terribles consecuencias de romper un tabú, o de tocarlo. La muda desesperación del que hace algo así. Pedía permiso para expresarse de esa manera, aunque a su colega no le sonara muy riguroso, lo que se debía a que sus pensamientos al respecto eran bastante poco claros, aunque no por ello menos molestos. Pero se veía obligado a preguntar si ese tranquilo placer del que su colega hablaba no era una expresión de irresolución ante la historia y nuestra verdadera relación con ella. Que hay en ello una resignación que él entendía y respetaba, incluso se atrevería a decir compartía, pero que no obstante atenúa una intranquilidad que él ya no era capaz de atenuar. La sospecha de que la conciencia humana no era capaz de crear obras adecuadas para sobrevivir a su propio tiempo. La inútil lucha de la conciencia contra el tiempo. «La pátina es necesaria para cubrir esta terrible situación, eso es lo que temo», dijo el profesor Andersen. «Deseamos ardientemente algo para lo que no tenemos capacidad, y no soportamos enfrentarnos a esa falta de ella. No podemos, porque ahogaría la conciencia, y con ello la dignidad del ser humano. La falta de sentido nos puede parecer ya muy grande, incluso en un mundo que cree en la inmortalidad, mediante grandes logros espirituales que vencen hasta los estragos del tiempo, que los estragos del tiempo no pueden destruir. Ah, qué idea tan hermosa, qué conciencia tan feliz expresa. Quizá incluso podamos compararla con nuestra vida individual y las luminosas esperanzas que tenemos en las experiencias que allí cosechamos. Todos deseamos hacernos personas más sabias con el paso del tiempo, ¿pero es verdad? En mi caso desde luego que no. No soy más sabio ahora de lo que era cuando tenía veinticinco años, simplemente soy mayor. Las experiencias que he cosechado no valen gran cosa más que para mí mismo. Mis experiencias no son un valor que pueda transmitir a otros más jóvenes, son un peso con el que tengo que cargar yo solo. Tengo que relacionarme con mis experiencias como impedimentos que me hacen

capaz de relacionarme con mi propia edad, y no seguir comportándome como “joven”, “de mente joven”, algo que en realidad es de mal gusto, a decir verdad». «Ahora estoy empezando a ver lo que quieres decir», intervino su colega. «Es todo bastante negro. Dudas de todo lo que puedes dudar, y he de admitir que mi situación actual no permite que me tienten tus puntos de vista. Pero, querido Pal, si queremos llegar al coche antes de que oscurezca, tenemos que darnos algo de prisa».

Se levantaron. Llevaban varias horas sentados en el atestado refugio para esquiadores. Ya había empezado a oscurecer, los días son muy cortos en el norte en diciembre. Se habían sentado primero en una mesa grande para seis, pero luego se cambiaron cuando quedó libre una para dos. Durante las peroratas y la discusión que siguió, el profesor Andersen se levantó dos veces para ponerse en la cola y pedir una taza de café, una de las veces también llevó a la mesa un pan vienés para cada uno. Nuevos esquiadores entraban constantemente en el local, trayendo con ellos un fresco aliento de nieve y viento al local atestado y un poco húmedo. Se oían ruidos de botas, olor a cera para esquís, y gorras, manoplas y bufandas. No obstante, cuando el profesor Andersen y su colega se levantaron, ya no había tanta gente.

Se pusieron los esquís y cogieron los bastones. El colega del profesor Andersen voló cuesta abajo por la colina, por la huella entre los sombríos abetos de color gris plateado, y se paró abajo a esperar al profesor, que aún estaba arriba tomándoselo todo con calma. Calculó la bajada con tantos rodeos como era posible, antes de echarse hacia delante y hacer el descenso conforme sus cálculos, tambaleándose hacia abajo sin caerse, y no sin cierta sensación innata de esquiador en su cuerpo sin entrenar. Abajo lo esperaba su colega y avanzaron juntos por la llanura, su colega primero y el profesor Andersen después, algo flojo de aliento, a pesar de que su colega mantenía una velocidad lo más baja posible. Oscurecía cada vez más, hasta que pudieron visualizar el aparcamiento iluminado a lo lejos. Entonces su colega dijo que quería aprovechar el último tramo y se lanzó, en plena forma, mientras el profesor Andersen seguía a su velocidad usual o tal vez un poco más lenta. Cuando llegó al coche, su colega ya se había quitado los esquís y los había colocado en la baca. Estaba estirando. Dijo que ya era hora de ir a casa a comer, en un tono que hizo al profesor Andersen preguntarse si su colega contaba con que él fuese también. Insinuó por tanto que él comería solo en el hotel. Su colega protestó enérgicamente. «Mette lleva todo el día cocinando», exclamó, «le hace mucha ilusión servirte un plato de carne típico de aquí. ¡Tienes que venir!». El profesor Andersen lo entendió y se sentó en el asiento delantero junto a su colega para acompañarlo a su casa a comer.

Su joven esposa, Mette, estaba en el salón dando de mamar al

bebé. Les sonrió amablemente. Luego llevó al bebé al dormitorio para que durmiera. Se sentaron a la mesa. Su colega abrió una botella de cerveza y sirvió al profesor Andersen y a él mismo. «Ah, no hay nada como volver a casa y comer un plato de carne caliente después de un buen y largo paseo con esquís», exclamó con un suspiro de satisfacción. El profesor Andersen le dio la razón. Mette sonrió y dijo que pensaba que debía cocinar algo después de haberle servido albóndigas de pescado precocinadas el día anterior. No podía deshonrar a su ciudad, dijo. Después de comer, tomaron café, y de nuevo el profesor Andersen se vio obligado a dejarse echar un poco de aguardiente en la taza. El ambiente era cálido, y el profesor Andersen pensó que debía hacer algo a cambio. Así pues, los invitó a cenar la noche siguiente. En Palmehaven, el excelente restaurante del hotel Britannia. Notó que a Mette la invitación le hizo mucha ilusión, porque enseguida empezó a hablar del tema del canguro con su marido. Estuvieron hablando de todo y nada hasta que el profesor Andersen no muy tarde se levantó y dijo que debía volver al hotel. Pidió a su colega que llamara a un taxi. De vuelta en el hotel, llamó al servicio de habitaciones y pidió dos *whiskies* con soda, luego se fue a dar una vuelta por la ciudad. Entró en un restaurante donde había bastante gente, y se tomó una cerveza antes de volver al hotel. Se acostó pronto, tras una breve visita al bar.

A la mañana siguiente, se despertó muy temprano, en medio de una oscuridad total. «Henrik Nordstrøm». El nombre. No tenía por qué ser él. El hombre de la ventana no tenía que ser necesariamente Henrik Nordstrøm. Henrik Nordstrøm no era más que el nombre que ponía en el timbre del piso en el que había visto cometerse un asesinato. Podía estar alquilado a alguien por un corto o largo período, más bien corto, ya que el nombre de Henrik Nordstrøm seguía allí solo, sin que otra persona hubiera pegado el suyo encima. O el piso podría haberse prestado a un amigo en Navidades, un amigo de Henrik Nordstrøm o de su posible inquilino. O aún peor: el inquilino era una mujer, la mujer que él había visto en la ventana justo antes de

medianoche el día de Navidad. El profesor Andersen se heló por dentro. Se levantó a toda prisa, encendió la luz y miró el reloj. Las seis y media. Tenía que volver a Oslo inmediatamente. No podía perder de vista a ese hombre. ¿Y si había desaparecido ya? Llamó a recepción para pedir que prepararan la cuenta. Luego se vistió. Estaba como desfallecido. Tenía la sensación de haber cometido un fallo irreparable al haberse marchado de Oslo de la manera en que lo hizo. Abajo, en la recepción, le pidió al hombre del mostrador que llamara al aeropuerto y reservara una plaza en el primer avión a Oslo al que pudiera llegar y en el que hubiera sitio. Le hicieron caso, y enseguida se encontraba en

el asiento de atrás de un taxi, camino del aeropuerto de Værnes.

En el aeropuerto, le dio tiempo a llamar a su colega y decirle que por desgracia tenía que volver a Oslo, ya que había recibido un mensaje inesperado que significaba que debía regresar inmediatamente. En el avión hojeó todos los periódicos. Nada. Al otro lado de la ventanilla del avión tampoco había nada. Niebla. Gris. Blanco. Le escocían los ojos al mirar hacia abajo. El avión se movía por las turbulencias. Desagradable tiempo noruego. No podía librarse de la idea de tener mala conciencia. Ante su colega y su joven esposa. Los había invitado a cenar en Palmehaven esa noche, les había hecho ilusión, y a él le había hecho ilusión que a ellos, y sobre todo a la joven esposa de su colega, Mette, se la hubiera hecho, lo que mostró abiertamente. Se acordó de que ni siquiera había cancelado la reserva de una mesa para tres que había hecho en Palmehaven la noche anterior. Lo haría al llegar a Oslo. Su colega le daba un poco de pena, seguramente no andaba muy bien de dinero, costaba iniciar una segunda camada incluso a un catedrático de Literatura, sobre todo cuando los bienes de la vida anterior iban a dividirse en dos, y más que eso, suponía, conociendo a la exmujer de su colega. Por eso les había hecho tanta ilusión cenar con el generoso colega de Oslo (el profesor Andersen). Incluso habían organizado ya lo del canguro. Y entonces él, el profesor Andersen, se había marchado, dejándolo todo. No estaba bien. No, no estaba bien.

En el taxi desde el aeropuerto a su barrio de Skillebekk intentó tranquilizarse, pero no lo logró. Estaba demasiado tenso. Sacó la llave, abrió la verja del edificio en el que vivía, subió deprisa las escaleras y entró en su casa. Fue directamente a la ventana. Las cortinas estaban descorridas, pero no se veía ninguna señal de que hubiera alguien allí dentro. Significaba que tendría que esperar. Ese tiempo de espera se le hizo muy largo, extrañamente largo, aunque intentó, y hasta cierto punto consiguió, realizar alguna actividad rutinaria, como fregar los cacharros, poner una lavadora, leer algún pasaje de un libro de Thomas Mann, *José y sus hermanos*, que le gustaba mucho, pero esa inútil espera e inaguantable tensión y casi pánico de que resultara que la sospecha que había tenido al despertarse aturdido en Trondheim esa mañana estuviera justificada, fueron sustituidos por un enorme alivio cuando vislumbró una sombra pasar por la habitación por la tarde, sin que la luz se hubiera encendido aún. Entonces se encendió. Se sintió aliviado, aunque no podía saber seguro quién había allí dentro, pero creía que podía ser el joven que estuvo allí el veintiséis de diciembre por la tarde, aunque no podía estar seguro del todo hasta que el hombre se acercara a la ventana. Se acercó no mucho rato después, y resultó que era él. Es decir, que seguía allí, y el profesor Andersen respiró aliviado. Pero justo entonces el miedo se apoderó de

él. De repente surgió la conciencia reflexiva del profesor Andersen, y la angustia le recorrió el cuerpo. Porque, en realidad, ¿qué era lo que estaba sucediendo? Porque ese alivio que ahora sentía era angustioso, cuando debería ser justo lo contrario. Sentía alivio porque el asesino seguía allí. ¿Y si su sospecha en Trondheim esa mañana era fundada? Que el hombre hubiera desaparecido y no volviera a aparecer, que le hubieran prestado el piso para Navidad, y ahora lo hubiera abandonado y simplemente desaparecido de la vida del profesor Andersen, ¡qué alivio habría sido! El que no fuera así, sino justo todo lo contrario, preocupaba enormemente al profesor Andersen. Sentía una preocupación tan grande por sí mismo como no recordaba haber sentido jamás. Sentía tanta preocupación por sí mismo que notó que estaba temblando y sudando de pura angustia. «Estoy perdido», pensó. «Ya ha ocurrido. No soy capaz de sobrellevar esto». Pero era incapaz de dejarlo. Con una conciencia autorreflexiva, se observó a sí mismo como a través de una piel transparente. Era incapaz de entenderse a sí mismo a través de esa capa. Detrás de esa piel transparente se encontraba él, perdido. Volvió de Trondheim el veintinueve de diciembre, y hasta después de Año Nuevo su capacidad de observación y su concentración se dirigían a la ventana de enfrente y a la persona que estaba allí, con mucho miedo de que esa persona desapareciera, porque todavía existía la posibilidad de que el hombre solo hubiese alquilado el piso para Navidad y desapareciera discretamente con una pequeña maleta, por ejemplo, el dos de enero, por la mañana temprano. Así se ató a ese asesino del que había evitado informar a su entorno.

El profesor Andersen pasó los últimos días del año solo en su piso, interrumpiendo su encierro solo con unos cortos paseos para recoger el periódico, el correo, y comprar comida y bebida. Tenía vigilada la ventana del otro lado de la calle. Ya conocía al hombre, lo vigilaba incluso fuera, lo veía salir del portal y seguir por la acera hasta desaparecer por la esquina de la calle Drammen. Afortunadamente sin maleta u otros objetos de viaje. Eso se repitió varias veces. El hombre podía estar fuera durante horas, pero siempre volvía. El profesor Andersen no encendía la luz de su salón y se cuidaba mucho de no moverse por allí durante las escasas horas de luz natural. Pero lo observaba desde la ventana cuando se encendía la luz enfrente. Pasaba la mayor parte del tiempo en su despacho, donde sí encendía la luz, pero estaba muchas horas detrás de la cortina del oscuro salón, observando la ventana del inmueble de enfrente, con sumo cuidado en las horas en las que todavía había luz natural, inmóvil, en guardia, para no despertar sospechas, de lo que ya no tenía que preocuparse cuando llegaba la oscuridad. Así se paseaba por su amplio piso, desde el salón oscuro, a través del comedor igual de oscuro, hasta el

iluminado despacho, donde se sentaba un rato haciendo que leía, antes de levantarse y volver a pasear por las habitaciones meditabundo, reflexivo, totalmente consciente de lo que estaba haciendo, pero estremecido, no obstante, por lo incomprensible que le resultaba todo.

«Lo que me preocupa no es que no lo denunciara, ¿o sí que es eso al fin y al cabo?», se preguntó. «Aunque puedo explicarlo. ¿Pero por qué no pude pedirle consejo a Bernt?», pensó, «¿por qué no fui capaz de contárselo ni a él ni a ninguna otra persona? Esa es la razón, ahí está la explicación. Toda esta extraña miseria. Es más escalofriante de lo que quiero pensar. ¿Quién soy yo? Sentado, de pie, andando, sin saber qué hacer, vigilando que no desaparezca un hombre con el que no tengo ninguna gana de relacionarme, con toda su atrocidad. Si él se desvanece, yo volveré a ser libre. Pero al parecer no deseo volver a ser libre, algo significará, pero ¿qué?», se preguntaba el profesor Andersen.

«No puedo justificar que esté haciendo esto voluntariamente», pensó. «Aunque me siento obligado a ello. Me he comprometido con este crimen, ni siquiera me atrevo a pensar qué puede haber pasado dentro de ese piso después de que se corriera la cortina. ¿Dónde está el cadáver? La sangre, toda la porquería de la mujer. Esa mujer rubia que creo que era joven. ¿Qué haría allí dentro esa pobre criatura? Para soportar lo que él ha hecho. A solas con el cadáver. La sangre (que ha tenido que limpiar fregando, junto con toda la porquería). ¿Dónde está el cadáver? Tendrá que haber desaparecido ya de allí, teniendo en cuenta que las cortinas están descorridas, y el señorito está haciendo sus recados por la ciudad, sean los que sean».

«En realidad, la vida se ha vuelto demasiado larga», pensó. «En nuestra época. Hay muchas cosas que indican que la vida de un hombre está calculada, teniendo en cuenta las circunstancias, en unos cincuenta y cinco años, con ello se pueden vivir las fases de la vida sin desgaste. Infancia, juventud, madurez y luego un atisbo de final. Eso debería ser suficiente, más allá de ahí, todo es un suplicio. Si se tienen cincuenta y cinco años, la madurez ha llegado tan lejos que hay que admitir que se está acercando el atisbo de un final. Y como tal se toma. Esa vida natural que el progreso ha destrozado, como si se tratara de un bacilo, haciéndonos ridículamente vanos, infantiles, tanto en cuerpo como en mente», pensó el profesor Andersen. «Vivimos demasiado tiempo, tanto de niños como de jóvenes, en los años de desarrollo y como hombres maduros. Y todavía no han empezado los suplicios. El lento drama final, bastante estático, un final horriblemente lento, cuanto más vanidoso hayas sido, más tiempo dura ese final sin fin, la verdadera modernidad del siglo xx. Mi vida, en otras palabras», añadió el profesor Andersen.

«¿Aproveché la oportunidad?», se preguntó de repente. «¿Fue eso lo que hice? Cuando decidí no llamar a la policía. Es horrible no denunciar, eso es lo que no entendí. La frivolidad me cegaba, así era. Y así soy», añadió. «La sociedad es una horrible fuerza dentro de uno, eso es lo que no entendí, aunque siempre lo he predicado a mis alumnos, por ejemplo. ¿Por qué me he puesto en contra de la sociedad de esta manera? ¿Qué es lo que quiero ver? ¿En mí mismo? ¿O en él? ¿En ese a quien vi cometer un asesinato?».

«No puedo defenderlo», pensó. «Esa es la cuestión. No me siento orgulloso de ello, pero no pude actuar de un modo distinto al que lo hice. Se me revuelven las tripas cuando pienso en denunciarlo, aunque sea un asesino, es un hecho con el que tengo que relacionarme. Lo entiendo y lo reconozco. ¿Pero por qué no se lo pude contar a Bernt o a otra persona? ¿Qué temía? No lo entiendo. ¿Temía la argumentación en contra de Bernt, y su condena? No lo creo, porque yo mismo conozco esa argumentación, y estoy de acuerdo con ella. Ninguna civilización puede aceptar o defender que una persona que es testigo de un asesinato evite denunciarlo a la sociedad. Es el delito sobre todos los delitos. Incluso un padre está obligado a denunciar a su hijo, y lo hace, y si no lo hace, sufre mayor angustia de la que yo sufro ahora. Todo eso lo sé, y soy incapaz de no estar de acuerdo, pero al mismo tiempo: soy incapaz de denunciarlo. No entonces ni tampoco ahora. ¿Sufro de un humanitarismo sin límites? Es decir, ¿de una compasión sin límites? ¿Sufro con el asesino y deseo continuar haciéndolo? ¡Pero y la asesinada! ¡Ella está muerta! Víctima del delito sobre todos los delitos, pero ella está muerta. El asesino vive, y tiene que seguir viviendo. Junto conmigo. Fuera de todo control, en secreto. El asesino y su testigo mudo, el asesino que no sabe nada de su testigo mudo, pero que está siendo observado por él. ¿Cuándo nos encontraremos? ¿Qué diablos es esto? ¿Por qué no deseo que él desaparezca de mi vida? ¿Por qué temo que desaparezca de mi vida?».

El profesor Andersen daba vueltas sin parar por su casa, cavilando sobre pensamientos que no le daban ni un momento de tregua. Por mucho que cavilara no encontraba respuesta a sus preguntas. Se sentía agitado e irritable por la más minúscula irregularidad en su trivial forma de vida, como, por ejemplo, no encontrar el cortador de queso, que creía haber dejado en el cajón de la cocina, pero que encontró encima de la nevera, lo que le produjo una fuerte irritación, dirigida hacia él mismo, porque vivía solo y no tenía a nadie a quien culpar cuando no encontraba el cortador de queso. Era Nochevieja. Había luz en la ventana del piso de enfrente. El profesor Andersen había comprado comida y bebida para pasar la Nochevieja solo en su casa. Solomillo de caballo acompañado de un buen vino tinto. Italiano, un barolo. Al menos se iba a permitir una buena comida, mientras

vigilaba al que estaba en el piso del inmueble de enfrente, al otro lado de la calle. También había decidido leer la última traducción de Shakespeare, hecha por el poeta Edvard Hoem, sobre todo con el fin de descubrir los malentendidos que habría en ella. Opinaba que aprendía un montón estudiando malentendidos o errores que pueden surgir al traducir un inglés con raíces en los enigmáticos seres humanos del Renacimiento a una persistente lengua minoritaria noruega del siglo xx. «Hum, hum», pensó, con un repentino asomo de buen humor y expectación. Pero entonces se apagó la luz del piso de enfrente. Lo vio desde su despacho, desde donde podía mirar de soslayo. Fue a toda prisa al oscuro salón y se colocó detrás de la cortina. Al poco rato vio salir al hombre por la puerta de la calle, vestido de fiesta, con finos zapatos negros, un abrigo grueso y una bufanda blanca echada descuidadamente al cuello. Lo vio andar hacia un taxi que estaba esperando, y meterse dentro. En cierto modo, todo esto irritó al profesor Andersen, se sintió un poco ofendido. Él estaba obligado a pasar la Nochevieja en completa soledad, con la luz apagada del salón, mientras él, el otro, salía a divertirse. «Pero no se divierte», pensó el profesor Andersen, «eso, a pesar de todo, ya no lo consigue. Le resulta imposible, pobre hombre, no es más que un juego al que tiene que jugar para que la vida siga como antes, como si nada hubiera pasado».

En realidad, se alegraba de que ese tal Henrik Nordstrøm, como seguramente se llamaba, hubiera salido. Eso significaba que él podría pasar una Nochevieja tranquila. Al menos hasta bien pasadas las doce, estaba claro que podía contar con eso, para qué pensar entonces en una hora determinada después de medianoche, no, no necesitaría esperar levantado hasta que ese hombre volviera a casa, esa noche no iba a desaparecer para siempre, tal vez al día siguiente o al otro, pero esa noche no, no llevaba la ropa adecuada. La Nochevieja transcurrió con tranquilidad. Puso la mesa en el comedor y disfrutó de su cena sobre las ocho y media. Luego se sentó en el despacho con café, coñac y la traducción de Hoem de Shakespeare. Cogió su edición de la obra en inglés, una versión en noruego tradicional y la última traducción al nuevo noruego hecha antes de la de Hoem, y comparó la traducción de Hoem con ellas. Para su alivio, pronto se encontró completamente entregado a la tarea. Anotó un par de cosas dudosas hechas por Hoem, y pensó mucho en qué había querido decir con ellas. En el fondo, estaba impresionado por la solución, pero se preguntó cómo la defendería el propio poeta, y si su defensa sería válida. Sería interesante mantener algún día un encuentro con Hoem y discutir con él traducciones de Shakespeare, pensó el profesor Andersen, muy animado para ser él. Cuando iban a dar las doce, se levantó de su cómodo sillón y decidió salir para oír las sirenas del puerto, y ver el

lanzamiento de cohetes.

Al poco rato estaba en la calle Drammen. Era una noche invernal, la nieve se había helado y colgaba de solitarios árboles de ciudad, iluminados por la luz de la calle. La acera estaba resbaladiza, de un color blanco sucio, y la noche era oscura. Hacía frío, pero el profesor Andersen se había abrigado bien, excepto la cabeza, que no llevaba cubierta. No tenía sombrero, y no quería ponerse un gorro, por lo que empezó a notar frío en los lóbulos. Anduvo a pasos rápidos hasta el parque Tinkern, y una vez dentro, siguió el sendero hasta el puente peatonal que pasaba por encima de la autovía, entre el mar y el barrio de Skillebekk. El puente estaba atestado de gente que había acudido a lo mismo que él. Se colocó entre la multitud y pronto sonaron las doce campanadas del Ayuntamiento, seguidas por las sirenas de todos los barcos del puerto de Oslo y los cláxones de todos los taxis del centro de la ciudad. Los cohetes estallaban en el cielo, ofreciendo un espectáculo impetuoso y conmovedor. Oyó a la gente felicitarse el Año Nuevo, y corchos de champán saltar por los aires. Desde ese puente peatonal sobre la autovía que atravesaba la capital de Noruega se tenía una buena vista de los cohetes que se lanzaban desde numerosas partes de la ciudad, tanto de Skillebekk y Frogner, como del puente de Aker y el puerto. Se oían chasquidos y silbidos en el oscuro cielo invernal, y los cohetes lanzados volaban por el interminable espacio celeste, en su principio, bien es verdad, pero al verlos subir silbando, pequeños rayos rojos y amarillos, se tenía una buena sensación de la inmensidad del espacio celeste, incluso aquí, en su principio, antes de que estallaran y se disolvieran en luminosas y armoniosas formaciones, unos verdaderos fuegos artificiales, con muchos estallidos y hermosos colores en el extremadamente frío cielo nocturno. Era divertido contemplarlo, sobre todo porque a todos los demás les parecía muy divertido, pensó el profesor Andersen, con una pequeña sonrisa. Permaneció un rato entre toda esa gente bulliciosa, antes de volver sobre sus pasos. Eran entonces las doce y media, y arriba, en su casa, se tomó un buen coñac, tanto cuantitativa como cualitativamente, pensó, sentándose en su cómodo sillón para una tranquila reflexión. Se tomó otro buen coñac, tanto cualitativa como cuantitativamente, pensó, y luego otro más. Se hizo la una y media, y el profesor Andersen no tenía ninguna gana de acostarse, por lo que decidió dar un paseo nocturno.

El profesor Andersen salió por segunda vez esa noche. Se paseó por las calles del barrio de Skillebekk, donde ya no había nadie lanzando cohetes. Hacía frío y notó que no llevaba el calzado adecuado, debería haberse puesto botas y no simplemente unos zapatos, aunque bien es verdad que con suelas gruesas. Dentro de una sorprendente cantidad de casas, las luces seguían encendidas. «Este es uno de los grandes días

festivos del año», pensó el profesor Andersen, «en el que el champán hace lo suyo para que la gente no quiera irse a casa a dormir. Alegre», pensó. Llegó a la calle Drammen, y la siguió en dirección a Skarpsno. Ya eran más de las dos, y no paraban de pasar taxis; la calle Drammen empezó a llenarse de gente que volvía andando a sus casas, porque no había conseguido coger un taxi. Mientras andaba por la calle Drammen, iba pasando por delante de un sinfín de embajadas. La rusa, la francesa, la señorial residencia inglesa, la egipcia, la iraní, la de Israel, Venezuela, Brasil. ¿También ellos habían lanzado cohetes esa noche? El profesor Andersen se lo preguntó y esperaba que sí, porque eso dejaría un aire conciliador sobre las cosas «algo que con el paso de los años aprecio cada vez más», pensó. Justo después del parque de Skarpsno, emprendió el camino de vuelta. No paraba de cruzarse con gente que tenía prisa por llegar a sus casas, mientras miraban en todas las direcciones en busca de un posible taxi. Pero los taxis que pasaban, y eran muchos, estaban todos ocupados. Ya en la puerta de su casa permaneció un rato disfrutando del hecho de que fueran las dos y media de la madrugada. Aunque hacía frío, se sentía a gusto fuera en mitad de la noche. Entonces un taxi se paró junto a la acera, justo enfrente de donde se encontraba, y salió *él*, el otro. El asesino, que volvía entonces a casa. Pasó por delante del profesor Andersen, y, por primera vez, pudo verlo de cerca. Unos segundos después, el hombre cruzó la calle y sacó la llave para abrir la verja del edificio en el que vivía. El profesor Andersen se fijó en que le costaba un poco encontrar las llaves, pero no se tambaleaba. «No está ni borracho ni no borracho», pensó. Y no parecía antipático, pero tampoco lo contrario, es decir, directamente simpático. Todo era raro, pensó el profesor Andersen, pero no más que eso. Como si hubiera una especie de vacío. Pero notó, no obstante, que le temblaban las rodillas cuando subía la escalera hasta su casa.

¡Feliz Año Nuevo, profesor Andersen! Es un alivio despertarse con el concierto de Año Nuevo de Viena y la competición de saltos de esquí de Garmisch-Partenkirchen el uno de enero de un nuevo año. Todo está en la televisión. Pronto llegarán jornadas de trabajo en la universidad, y los días irán siendo más luminosos. Su nombre era Henrik Nordstrøm. No abandonó el piso con dos pesadas maletas, por ejemplo, temprano por la mañana ni el uno ni el dos ni el tres de enero, había luz en la ventana de enfrente, vivía allí permanentemente. Era su casa. Henrik Nordstrøm. El tres de enero, el profesor Andersen estaba de vuelta en su despacho de la Universidad de Oslo, tras las largas vacaciones navideñas (para los empleados de la universidad). Saludó a sus colegas y recibió las primeras visitas de los estudiantes que estaban trabajando en sus tesinas. Preparó su primera clase, que daría ya el nueve de enero. Se fijó en que los periódicos no

decían nada sobre una mujer desaparecida que pudiera relacionarse con el asesinato del que había sido testigo. De vez en cuando, observaba a Henrik Nordstrøm cuando este salía de su casa y se dirigía a la parada del tranvía que iba al centro. El profesor Andersen había tomado por costumbre lanzar miradas furtivas hacia el piso de enfrente, pero ahora sin esconderse detrás de la cortina, y hacía ya tiempo que encendía la luz del salón con normalidad. Pero se había fijado en que Henrik Nordstrøm solo cogía el tranvía por las mañanas. A otras horas se montaba en un coche de gama media, como se dice, y se iba en él, o cogía un taxi. El coche lo aparcaba en la acera, delante del bloque en el que vivía. Normalmente estaba bastante más abajo en la calle, por no haber encontrado sitio más cerca, pensó. Conforme pasaban las semanas, el profesor Andersen estaba cada vez más sorprendido. Porque seguía sin haber noticias de una mujer desaparecida que pudieran asociarse con el asesinato. A la asesinada no se la echaba de menos. Era obvio que nadie echaba de menos a la joven rubia. ¿Por qué no? ¿Era posible desaparecer sin más, sin que nadie se diera cuenta? Al profesor Andersen le parecía extraño, y llegó a la conclusión de que probablemente la mujer estuviera casada con Henrik Nordstrøm, o mantuvieran otro tipo de relación cercana, de modo que en el entorno de la joven le era posible mantener en secreto su desaparición. En ese caso, solo era cuestión de tiempo que se estrechara el cerco en torno a él, como se dice. Y eso el hombre tenía que saberlo, algún día se agotaría el arsenal de evasivas y explicaciones de por qué ella nunca se dejaba ver, por ejemplo, ante su familia, amigos y colegas, si es que tenía alguno, ese arsenal se acabaría un día, o estaría tan gastado que al final se rompería y despertaría las sospechas, por ejemplo, de los padres o hermanos de la joven. Solo era cuestión de tiempo que lo atraparan. El profesor Andersen se dio cuenta de que desde el principio *eso* había sido una justificación para él, el profesor Andersen, algo que daba por hecho desde el principio, algo que daba por sentado y que subyacía a todos los sentimientos que ese caso había hecho aflorar en él, y a todas las preguntas que se había planteado sobre sí mismo y sus motivos en relación con ello. Tenía que ver con una persona desesperada, alguien que huye de su crimen, pero que sabe que pronto darán con él. Pero aún a finales de enero y principios de febrero, nadie en el círculo más cercano del asesino sospechaba que aquello pudiera tener consecuencias para Henrik Nordstrøm.

Desde el principio, el profesor Andersen suponía que no era la mujer de Henrik Nordstrøm la que había visto en la ventana la noche de Navidad, sino una mujer casual, una amiga o algo así. Lo que daba por sentado era que en unas semanas se haría pública la desaparición de esa mujer, a más tardar, unos catorce días después de Nochebuena,

es decir, la primera o segunda semana de enero, y que él seguiría las noticias de los periódicos sobre su búsqueda, cómo la investigación se iba acercando a ese piso del barrio de Skillebekk, donde también Henrik Nordstrøm estaría siguiendo la investigación igual de nervioso que él, el profesor Andersen, en su espacioso piso del otro lado de la calle. ¿Pero dónde estaba el cadáver? En realidad, el profesor Andersen contaba con ver un día desde su puesto de observación a dos policías entrar en el portal del edificio de enfrente y llamar a la puerta de Henrik Nordstrøm. Si entonces había luz en la ventana, podría ver los movimientos de los tres allí dentro, los dos hombres uniformados y el pobre Henrik Nordstrøm. ¿Pero dónde estaba el cadáver? Antes o después, las sospechas los conducirían hasta Henrik Nordstrøm, pero ¿qué podrían hacer sin el cadáver? Seguramente muy poco. Solo él, el profesor Andersen, había *visto* lo que pasó, y su boca seguía cerrada. ¿Por qué? «¿Y por qué volví tan precipitadamente del hotel Britannia de Trondheim a Oslo cuando empecé a temer que el hombre pudiera desaparecer para siempre?», se preguntaba el profesor Andersen una y otra vez.

Pero conforme pasaba el tiempo, veía más probable que no se tratara de una mujer cualquiera, una amiga que estaba en la ventana, sino de su mujer, a la que asesinó. Eso le complicaba las cosas a Henrik Nordstrøm, quien, cuando se despertara la sospecha de que ella podría haber desaparecido, tenía una sola posibilidad de no ser descubierto: denunciar él mismo su desaparición. Si eran otras personas las que lo hacían, Henrik Nordstrøm estaba perdido. Incluso sin cadáver. Porque en cuanto se notificara la desaparición, se vería que ella había desaparecido, ¿y por qué Henrik Nordstrøm no lo había denunciado? En ese sentido, solo era cuestión de tiempo que fuera detenido, y el que el profesor Andersen no hubiese denunciado lo que había visto no tendría consecuencia alguna. Estaba acabado, abriera o no la boca el profesor Andersen.

Con el paso de enero a febrero, eso ya le había quedado bastante claro, y aligeró levemente la presión bajo la que había vivido en los últimos tiempos. Consiguió centrarse de lleno en su tarea de profesor de Literatura en la Universidad de Oslo. Es cierto que esa tarea se desarrollaba bajo unas condiciones que no le hacían muy feliz. Porque esas circunstancias de las que ahora se consideraba parte llevaban años oscureciendo su existencia, bueno, su espíritu, y de un modo cada vez más intenso. Al fin y al cabo, el profesor Andersen tenía una fuerte sospecha de que había dedicado su vida a algo que estaba condenado al naufragio. Era catedrático de Literatura, y ya no podía sostener que esta tuviera tanto valor como le parecía cuando eligió su trayectoria vital. Al menos no la literatura a la que se dedicaba por su trabajo, aunque con muchas ganas. Era investigador de Ibsen.

Presentó una elogiada tesis doctoral sobre Los *pretendientes de la corona* siendo muy joven, pero durante los últimos años se había ocupado exclusivamente de las obras que Ibsen escribió en las décadas de 1880 y 1890. No cabía duda de que si Ibsen hubiera muerto en 1880, con cincuenta y dos años, hoy en día sería un dramaturgo olvidado. Es dudoso que *Peer Gynt* y *Brand* se hubiesen representado en el siglo xx, excepto quizá en Noruega. También *Casa de muñecas* se consideraría anticuada si no tuviera obras como *Espectros, El pato salvaje, La casa Rosmer, Hedda Gabler, Solness, el constructor, John Gabriel Borkman* y *Cuando despertemos los muertos* en que apoyarse. Su propia tesis doctoral sobre *Los pretendientes de la corona* se consideraría hoy en día una curiosidad, seguramente muchos le habrían dicho que no se ocupara de eso, sobre todo porque la dramaturgia noruega de alrededor de 1860 se podía estudiar con mucho más interés tomando como punto de partida las obras históricas de Bjørnson, tanto desde una perspectiva histórica como literaria. Así pues, el profesor Andersen se había dedicado en exclusiva los últimos diez años a estudiar al gran Ibsen, ese Ibsen que hizo posible su tesis doctoral sobre la obra objetivamente olvidada, *Los pretendientes de la corona*, y luego, como consecuencia de ello, su puesto de catedrático de Literatura, pensó, con una sonrisa teñida de malicia.

Había dedicado toda su imaginación y todas sus aptitudes intelectuales a presentar las obras de Ibsen de las décadas de 1880 y 1890 de tal modo que su grandeza siguiera brillando. En calidad de profesor consideraba esa su misión. Lo que no sabían los estudiantes, a los que quería enseñarles eso, era que a él mismo le corroía la duda de si esta grandeza existía realmente. Tenía que ver sus explicaciones en una perspectiva extrema, porque si no se podía ver la grandeza de Ibsen en una perspectiva extrema, habría que preguntarse si merecía la pena ocuparse de esa dramaturgia del siglo pasado más allá de en un sentido estrictamente histórico, que una nación obviamente tendría que permitirse, véase Bjørnson, se decía el profesor Andersen cada dos por tres. Aunque haya gente entre nosotros que no desea más que dejarse convencer de la eterna grandeza de Henrik Ibsen, y con esa intención va al teatro a ver aparecer ante ellos un Henrik Ibsen modernizado. Se toleraba todo, absolutamente todo, muñecas Barbie inflables, enormes penes de plástico, Oswald de neonazi, un progre con melena, un negociador de paz enfermo de sida, un soldado de las Naciones Unidas en Bosnia de permiso en casa, etc., lo que se pudiera inventar de ropajes con que vestir al pobre Oswald ficticio, todo se consentía si de esa forma se podía percibir el eterno espíritu de Ibsen en ese joven de nuestra época. En calidad de profesor, Andersen consideraba no obstante su deber señalar el texto de Ibsen y buscar en

él su grandeza. También sus alumnos ansiaban sentir el eterno espíritu de Ibsen soplar sobre ellos. Eran estudiantes de grado superior que de hecho dedicaban hasta dos años de la preciosa primavera de su juventud a profundizar en el texto de Ibsen, ¿y por qué lo hacían en realidad? El profesor Andersen se lo preguntaba a veces, a menudo también con sarcasmo, a decir verdad. El que una estupenda chica de Bærum sintiera tanta fascinación por Rebekka West como para escribir una extensa tesina sobre ella a los veintitrés años no lo entendía a veces el profesor Andersen, y menos aún que la chica se atreviera a admitirlo, desde luego él, de ser ella, no se habría atrevido, pero ella mostraba abiertamente su presunto entusiasmo por esa insoportable mujer oscura, obsesionada por la muerte, tanto en la universidad como en su círculo de amigos, incluso en la casa familiar, en el pulcro municipio de Bærum. ¿Podría tener que ver con que sintiera una extraña fascinación por percibir el eterno espíritu de Ibsen recorriendo a esa mujer, Rebekka West, a la que la estudiante en cuestión dedicaría año y medio de su joven vida a describir? Así sería, y eso hizo que el profesor Andersen ocultara sus sarcasmos. Porque quedaba claro que había jóvenes estudiantes que anhelaban ocuparse de los dramas de Henrik Ibsen de hace cien años, y se unían en torno a la cátedra del profesor Andersen. Mediante sus clases, se confirmaría la grandeza de Henrik Ibsen y se profundizaría en ella, y podría contribuir a que esa grandeza se transmitiera a las nuevas generaciones, aunque, como hemos visto, en último término, el propio profesor Andersen tuviera sus dudas de que realmente existiera esa grandeza que ellos anhelaban, al menos para las personas con las que él compartía destino y el paso del tiempo. El profesor Andersen daría todo por afirmar ante sus alumnos esa grandeza, porque si uno se despojaba de todo anhelo cultural y, hasta cierto punto, de la vanidad necesaria, tanto en nombre de su propia época como en el de la humanidad, y estudiaba el verdadero entusiasmo de los corazones por estas obras maestras para rastrear si ardía en ellos, no contaba con ver ninguna llama. Pero se cuidaba de no hacer llegar su duda a los estudiantes, porque podía ser que se estuviera equivocando sobremanera en esas valoraciones que oscurecían su mente.

Él mismo se había adentrado en el mundo de Ibsen, primero como estudiante, luego como investigador y profesor universitario, sin haber tenido ninguna vivencia trascendental de su dramaturgia. Había reconocido su grandeza como un hecho, y la estudió con aplicación a partir de ahí: su tesina sobre *Los pretendientes de la corona* (que luego amplió para convertirla en su celebrada tesis doctoral), obra que estudió línea por línea, hacia arriba y hacia abajo, pesó, midió, y comparó, de tal manera que se la sabía de memoria y soñaba con ella por la noche. Todo por la carrera, se podría decir. Eligió a Ibsen

porque era sensato si uno pretendía hacer carrera como investigador literario en Noruega, naturalmente. Más tarde le sorprendió que él, que tanto despreciaba a los arribistas, hubiera sido tan arribista eligiendo el tema de su tesina. Tal vez debería haberse dedicado a la literatura que le apasionaba, la de nuestro propio siglo, pero eso no se le ocurrió. Le resultaba natural que la tesina de un joven tuviera que ser un ejercicio relacionado con la herencia literaria, y que fuera a través de esa clase de ejercicios como uno se cualificara para la tarea científica. Por esa razón defendía por qué de joven se había comprometido con la dramaturgia de Ibsen, sin tener ninguna relación especial con ella, y que incluso hubiera elegido una de las obras de juventud del autor para su larguísimo estudio, primero de tesina y luego de tesis doctoral. Porque en aquellos tiempos, la universidad era una institución no amenazada que exigía a sus reclutas una adhesión sin pasión. Hoy era completamente distinto. Todo lo que el profesor Andersen representaba y defendía, y había representado y defendido, estaba amenazado, razón por la cual había que defenderse, y con pasión. Con sangre fría y pasión. Él consideraba su misión, en el sentido ideal, poder aportar algunas notas a pie de página para la comprensión de Ibsen, unas cuantas notas a pie de página redactadas con pasión. Cuanto más se iba consolidando en él la duda sobre la grandeza de Ibsen o sobre nuestra capacidad de captar la auténtica grandeza del Ibsen de 1880 con el mismo entusiasmo con el que se recibe a una mediocre estrella de *rock*, o la expectación con la que grandes partes de la población esperan la siguiente entrega de una telenovela, para convertirse en una parte de la estructura interior que sostenía al profesor de cincuenta y cinco años, y caracterizaba su vida y su trabajo, más escéptico se volvía ante la voluntad y la capacidad de sus alumnos de transmitir la herencia literaria a través de la humillante vida intelectual de las siguientes décadas en sociedades como la nuestra, o incluso si merecía la pena siquiera intentarlo, al menos bajo su instrucción, orientación o elección.

Y sin embargo se le podía ver explayarse en las clases y durante seminarios de doctorandos, sobre todo en los últimos tiempos. El profesor Andersen lo daba todo por mostrar la grandeza de Ibsen en *Hedda Gabler o* en *Espectros*. En *La casa Rosmer*, y en *John Gabriel Borkman*. No insinuaba con una sola palabra que él mismo dudara de que esta obra, *Hedda Gabler*, fuera lo suficientemente grande como para sobrevivir durante más de cien años por fuerza propia. Todo lo demás es vanidad por parte de la humanidad. Extraía a sacudidas el significado del texto, señalaba la construcción, extrañas tensiones intelectuales y paradojas solubles en él. Señalaba que al enfocar distintos personajes durante la lectura del texto, y ver la obra desde su ángulo, como si fueran el protagonista de la misma, y luego

compararlo con lo que ocurre si se deja que otro personaje sea el protagonista, y al final poner las dos interpretaciones lado a lado, se puede observar el vacío que surge entonces, ese siniestro vacío; señalaba también la cristalina vida emocional que se puede contemplar cuando Hedda Gabler va de una habitación a otra, de una postura a otra, de un sillón a una chimenea con un manuscrito, de un cuarto de estar a un salón donde hay una pistola. Todo bajo la plena atención y vigilancia de los estudiantes. Lo que ellos no sabían era que él los seguía con la misma atención y vigilancia para poder desmentir o afirmar la sospecha que tenía todo el tiempo en la mente mientras estaba centrado en *Hedda Gabler*, que no solo era una sospecha de que la obra no tiene posibilidad de conservar su fuerza en nuestra época, excepto como un pobre reflejo de la original de 1890, sino también con el fin de hacer desaparecer la cínica pregunta que siempre acompañaba sus inspiradas disertaciones, y que sonaba así de burlona, una y otra vez: «¿Es esto de verdad tan bueno? ¿Que la hija de un general que se casa presa del pánico y se aburre arme tanto lío y acabe pegándose un tiro? ¿Merece la pena ocuparse de eso con tanta fuerza del pensamiento y tanta intensidad emocional durante siglos?». Todo esto susurraba en su cabeza como voces propias, mientras seguía con sus disertaciones docentes para el bien de sus alumnos. Cuando había dicho algo que en su opinión aportaba una emocionante mirada al mundo dramático de Ibsen, esperaba ansioso las reacciones de los estudiantes. Si decían alguna estupidez, él se sentía fatal por dentro, y lo mismo ocurría si lo único que sabían decir eran frases convencionales de algún libro que habían leído, o banalidades del ambiente en el que se movían o del que procedían, o si a algunos de ellos se les ocurría dar a conocer sus reacciones altamente privadas, que deberían haberse guardado, porque allí no se trataba de sentimientos, sino de literatura. Pero ocurría, y no tan raramente, que a algunos estudiantes les brillaban los ojos cuando él decía algo muy inspirado, y que él, el profesor Andersen, no podía descartar que mostraba la grandeza de Ibsen, entonces notaba que el placer se le propagaba por todo el cuerpo, desde las plantas de los pies hasta la coronilla, y ni siquiera la decepción que seguía por los comentarios que acompañaban ese brillo en los ojos de los estudiantes, tan anodinos, tan banales, bueno, tan convencionales, podían arrebatarle ese placer. De vez en cuando, algún estudiante en cuyos ojos se encendía ese rayo de transfiguración podía hacer un comentario que era una expresión genuina de lo que lo había generado, e incluso exponerlo con emoción, entonces también el profesor Andersen se conmovía. Eran momentos infrecuentes, pero podía tratarse de la actuación de la señora Alving, esa actuación de la señora Alving que podía relacionarse con las tragedias griegas de hace dos mil quinientos

años. ¿No era así? Sí, eso pensaba el profesor Andersen, y podía argumentar a favor de ello, entonces podía ver ese brillo en los ojos de algunos de sus alumnos. Ellos escuchaban. Sí, escuchaban. ¿No era posible descubrir una relación directa entre un hogar de la burguesía noruega, habitado por los descendientes del chambelán Alving, de la década de 1880, y la mítica Grecia de hacía dos mil quinientos años? Sí, era la misma conmoción. Tanto en *Espectros* como en las tragedias griegas. Esa conmoción que puede producir la literatura. Fue esa conmoción la que experimentaron los ciudadanos de Kristiania en la sala cuando se representó por primera vez *Espectros*. El profesor Andersen sentía una felicidad indescriptible al decir eso ante ellos, los estudiantes. «¿Pero entonces por qué se ha perdido esa conmoción?», pensó luego, fumando en su despacho, intentando reponerse después del seminario para estudiantes de grado superior. «Es mucho peor de lo que creía», pensó entonces. «Solo estamos a cien años de esa conmoción que ha pasado por toda la historia como una condición elemental para una vida valiosa, y resulta que ya no podemos sentirla. Tan cerca y sin embargo excluida. Ha acabado. ¿Estamos excluidos de una de las posibles cualidades más primitivas y esenciales, documentadas como pertenecientes a la naturaleza humana, al menos durante dos mil quinientos años? En ese caso, una nueva clase de ser humano está a punto de surgir, y lo quiera o no, soy un representante de ella, y también lo son mis alumnos, y no lo saben«, pensó el profesor Andersen. «Mis pobres alumnos, que no lo saben». Pensó en el brillo de sus ojos cuando los conducía desde Ibsen hacia atrás en la historia, hasta la mítica Grecia, estableciendo la relación. Cómo después de que les recordara esa «conmoción», se ponían a relacionar el drama *Espectros*, de Ibsen, de la década de 1880, con una tragedia de Sófocles de hacía dos mil quinientos años, con el fin de averiguar cómo podía ser. La dramaturgia de Ibsen contra la de Sófocles, cómo había cambiado la dramaturgia a través de los siglos, y también el concepto de ser humano y su representación en el escenario, su función en ese ámbito, todo había cambiado, pero, no obstante, existía una conmoción que se podía remontar a las dos obras, tanto a la de Ibsen como a la de Sófocles, y eso era lo que se intentaba. Obviamente, el profesor Andersen se irritaba con las banales yuxtaposiciones que algunos planteaban, las opiniones convencionales, sensiblerías ególatras típicas de la época, pero también en algunos de *ellos* había visto brillo en los ojos. ¿Por añoranza de lo que habían perdido para siempre, y de lo que ahora solo podían ocuparse como si fuera un fenómeno del pasado que ciertamente los más dotados podían estudiar con gran placer intelectual, en buenos momentos, como un ejemplo luminoso de que la humanidad había entendido sus condiciones, pero sin que eso

tuviera que ver con ellos, que solo podían contemplar, tal vez también admirar, esa larga fila de tiempo hacia atrás en la que esa conmoción había estado activa, hasta que de repente se quedó inactiva justo delante de sus narices, por así decirlo? ¿Así que ahora estaban obligados, lo que no era el caso del profesor Andersen, de cincuenta y cinco años, a acompañar al nuevo espíritu de la época en su enloquecido e híbrido viaje hacia nuevas experiencias, nuevos valores, nuevas constelaciones, nuevos sonidos, nuevos gritos, nuevos criterios, nuevas preferencias, y todo porque eran jóvenes, en un viaje delirante hacia un nuevo siglo, con entusiasmo, lo quisieran o no (algo de lo que se libraba el profesor Andersen, es decir, de expresar entusiasmo por ello con movimientos corporales ensayados, como una especie de baile, como había notado que los jóvenes no podían evitar hacer)? El profesor Andersen sentía lástima por sus alumnos, y se preguntaba si no había llegado la hora de expresar abiertamente sus sospechas de que la persona intelectual, reflexiva y lectora ya había sido descartada para siempre. El que no lo hiciera se debía a que a continuación de esa sospecha, y de las ganas, o la obligación, de proclamarla enseguida a los cuatro vientos, había algo mucho más peligroso, y eso era lo absolutamente negativo: que no existiera ninguna conmoción como la que el profesor y sus alumnos acababan de estudiar en Ibsen y Sófocles, que eso fuera algo que la humanidad se había inventado con el fin de soportar su propia insuficiencia. Era verdad que durante dos mil quinientos años había sido necesario mantener la ilusión de que el ser humano era un ser que se dejaba conmover en lo más profundo de su alma por seleccionadas representaciones de su destino, porque aunque faltaba la capacidad de crear y captar tales alturas y profundidades en la comprensión del cometido del ser humano en esta tierra, sí había habido un deseo de que eso fuera posible, pero ahora ya no está ahí, «y entonces podemos afirmar que nunca ha existido tal conmoción en relación con las obras de arte creadas por el ser humano; esas creaciones nos han conmovido exclusivamente en virtud de lo inmediato, de la sensación que crea, pero no tienen capacidad de llegar más allá de eso. Nuestro enloquecido viaje nos ha conducido hasta donde por fin tenemos la posibilidad de desprendernos de otra ilusión, y yo, que tanto deseaba mantenerla, he conseguido entender esa sospecha tan obvia, basada en esas condiciones», pensó el profesor Andersen. Se imaginó el brillo en los ojos de sus alumnos más dotados y pensó con melancolía en las veces que ese brillo se correspondía con un pensamiento que obviamente contenía esa conmoción, aunque no por experiencia propia, al menos como requisito.

Como se ve, el profesor Andersen se sentía mucho más unido a sus alumnos de lo que ellos pensaban. Porque él no alternaba con ellos. Después de sus clases o seminarios, se encerraba en su despacho y

pasaba allí todo el tiempo. Pero ellos le interesaban, y no le resultaba difícil tratar profesionalmente con tanta juventud y, en tiempos mejores, tal vez cosechar algo. Aunque mantenía cierta distancia, era algo que había hecho siempre, y, con los años, se había vuelto cada vez más importante. Pero sus ojos vagaban al mirarlos, y pensaba mucho en ellos. Por ejemplo, en los últimos años habían aparecido varios estudiantes que tenían algo inconfundible, rasgos que él reconocía y maneras características de andar o de mover las manos, eran hijos de sus compañeros de carrera. A veces era incapaz de resistir la tentación, y les preguntaba si no podía ser que fueran hijo de H. S…, o hija de H. Kj…, y si la respuesta era afirmativa, se ponía muy contento. Como él no tenía hijos, le producía cierto placer ver que aparecían nuevos estudiantes que podía relacionar directamente con su época de estudiante, hacía treinta años, y, en cierto modo, también con su propia vida, y, sobre todo, ser capaz de descubrirlo. Pero a veces se equivocaba. Como cuando preguntaba si tal persona no era hijo de U… A., y la persona en cuestión no lo confirmaba, sino que contestaba, ¿quién es U… A.? No, mi padre se llama N… B. Esos casos hacían al profesor Andersen sentirse avergonzado por haber violado de ese modo la esfera íntima de uno de sus estudiantes, como él lo consideraba.

Una tarde, a finales de febrero, sobre las quince horas, se topó con dos de sus alumnas en Karl Johan, justo después de salir del Teatro Nacional, tras una reunión de la directiva. Era algo que le pasaba muy a menudo, y se paró para intercambiar unas palabras con ellas. Les preguntó, como para cumplir, cómo les iba con sus tesinas, y las dos gritaron riéndose que no les preguntara eso, porque era uno de sus pocos días libres. Resultó que las dos estudiantes trabajaban en un bar, aparte de estudiar, cada una en un bar, o mejor dicho, café, y no tenían que trabajar hasta la noche siguiente, por lo que estaban disfrutando de su libertad paseando por Karl Johan bajo ese luminoso sol de una tarde de finales de febrero, que para nada malgastarían discutiendo sobre sus tesinas, sino sobre los clientes de sus cafés, según creyó entender. «Ah, conque sois niñeras en vuestro tiempo libre», dijo el profesor Andersen amablemente. «Sí», contestaron entre risas, «somos niñeras». Bromeando, una de las estudiantes sugirió al profesor Andersen que fuera al café en el que ella trabajaba, suponía que algo de tiempo tendría también él para tomarse una cerveza de vez en cuando, algo que llevó a la otra a proponerle que fuera también a su café, no solo al de su amiga. El profesor Andersen anotó el nombre y la dirección de los dos cafés, y prometió, sin compromiso, claro, que haría lo que pudiera, porque, a decir verdad, su vida estaba tan bien organizada que tendría tiempo tanto para una cerveza como para otra. Se despidieron y prosiguieron cada uno en su dirección, las

dos estudiantes bajando por Karl Johan, y él subiendo, para luego atravesar el parque Slottsparken, continuar hacia Briskeby, y después bajar toda la calle Niels Juel hasta Skillebekk, un pequeño rodeo que le gustaba dar porque los días eran ya más luminosos, y hacía, como ya se ha dicho, un sol de tarde que calentaba un poco en medio del invierno. «Creo que voy a hacerlo», pensó, atravesando el parque del Palacio. «Sí, ¿por qué no?», añadió, subiendo hacia Briskeby, a la vez que le resultaba curioso que se estuviera tomando en serio algo que tanto él como las dos estudiantes obviamente habían tomado como una invitación en broma, mencionada de paso, mientras intercambiaban unas palabras tras encontrarse por casualidad una tarde en Karl Johan. «Déjalo ya», se dijo, mientras bajaba por la calle Niels Juel, «esta ciudad tiene cientos de cafés a los que puedes ir si te apetece una cerveza, y muchos de ellos están mucho más cerca de tu casa que esos cuyo nombre y dirección has apuntado», añadió, sacudiendo la cabeza.

Pero no conseguía quitarse de la cabeza la conversación con las dos estudiantes. No era capaz de dejar de repasarla en sus pensamientos una y otra vez ya de vuelta en su casa, sentado en su despacho. Había algo alegre en esas dos estudiantes de lo que no lograba desligarse. Habían intentado tentarlo entre bromas. Se habían puesto a competir abiertamente por su posible favor, risueñas, entre bromas. Y él se había dejado tentar gustosamente, como entre bromas, anotando el nombre de los dos cafés, dando a entender que no le importaba nada ser objeto de tal rivalidad, y que realmente sería algo que considerar. Había dado a entender que un día, dentro de no mucho, aparecería por sorpresa en uno de los cafés, y podría muy bien hacerlo, pensó animado. Era algo inherente a la naturaleza de la broma. Solo ¡ría a uno de los dos cafés. Resultaría demasiado tonto ir a los dos, porque ellas lo sabrían enseguida, y la broma se acabaría, él la habría echado a perder y quedaría en ridículo ante las chicas, como si no hubiera entendido que se trataba de una broma. Si iba a seguir con la broma hasta el final, tendría que elegir uno de los dos cafés, es decir, a una de las dos estudiantes, en ese caso seguiría lo ambiguo de la broma hasta el final, que sería cuando él, el profesor Andersen, apareciera en la barra de uno de los cafés y se sentara para que la estudiante elegida le sirviera una cerveza. El profesor Andersen se entusiasmó tanto con la idea que se levantó del sillón del despacho y se puso a dar vueltas por su amplio piso, entregándose a ese juego de pensamientos al intentar decidir a cuál de las dos estudiantes sorprendería, apareciendo de repente en el café mientras ella estaba trabajando, sentándose en la barra y pidiendo una cerveza, con una expresión de complicidad en la cara, por no decir en todo el cuerpo. Porque con eso mostraría que había entendido y participado en una

broma de acuerdo con su mensaje de doble sentido. Tuvo que reconocer que simplemente le había emocionado ese casual encuentro con las dos estudiantes y amigas en Karl Johan. La chistosa insistencia de las dos chicas. Su cercanía en ese momento. La espontánea ocurrencia de dos chicas jóvenes. Primero de una de ellas, llena de ganas de vivir, que invita al profesor a tomar una cerveza en el café en el que trabaja de camarera, y luego de la otra, que igual de libidinosa se une al juego, con la garganta llena de una risa burbujeante. Ah, volvió a verlos en su cabeza a los tres, a él y a las dos estudiantes que lo rodeaban, cómo lo anhelaban, alargando el cuello con risas burbujeantes. Si tuviera que elegir, seguramente elegiría a la segunda. No a la primera, aunque fuera ella la que empezó todo, y en gran parte fuera por ella por lo que el profesor Andersen se encontraba ahora tan animado y ligero. Aunque ¿fue ella?, ¿no fue también la otra? Hasta que no se unió la segunda, la escena no adquirió esa extraña inocencia, bañada en una ambigua luz. Si solo hubiera sido la primera, y la otra se hubiera quedado agazapada al fondo, la escena podría haberse vuelto un poco ordinaria, y tal vez se hubiera sentido un poco avergonzado. No, fue cuando la segunda se unió con una rivalidad chistosa por ganarse su favor cuando apareció lo puro y lo ¡nocente, dejando que la risa burbujeante se esparciera por Karl Johan, al estar allí ellos, un profesor y sus dos estudiantes. Así que era ella a la que tenía que ir a ver. A esa apreciación añadió el hecho de que la segunda, al contrario que la primera, se encontraba entre los estudiantes en cuyos ojos había visto el brillo en el aula de la universidad cuando dirigía el seminario de tesinas sobre Ibsen, y conseguía transmitir la emoción del arte desde Ibsen como estación terminal, al menos para nosotros, hacia atrás, hasta la tragedia griega en el paisaje mítico, en lo que llamamos Antigüedad, aunque la joven solía estar callada durante las discusiones que seguían. Debido al brillo que vio en los ojos de la joven, se sintió atraído por su modestia, y por eso se sorprendió más cuando de repente ella, desbordante de alegría, apareció como la rival de su amiga, pidiéndole que le hiciera el honor de ir a verla al café donde trabajaba, y no al de su amiga. Él pensó en la extraña vida que llevaba la joven, por el día dedicada a meditar sobre las estructuras dramáticas en *Hedda Gabler*, y por la noche haciendo de camarera de vida alegre en un café. La idea de esa doble vida le hizo sentirse eufórico pensando que realmente podría ir a verla a su café, y de esa manera, en el marco de una broma, sentarse junto a la barra y saludarla con la cabeza con complicidad, y ella contestaría a ese gesto sirviéndole una cerveza con gran ceremonial. Pensar en eso le hizo sentarse en su sillón y reclinarse, abrumado por esa imaginada avenencia que podría convertirse en realidad en el momento en el que decidiera seguir la broma hasta su hermoso final.

El profesor Andersen no sabía del todo si iba a hacer realidad ese juego de pensamientos, pero saber que esa posibilidad estaba abierta para él le hizo sentirse iluminado esa tarde de finales de febrero que ahora había pasado a ser noche cerrada. Para, por así decirlo, celebrar su excelente estado de ánimo, decidió cenar fuera. Sacó del armario uno de sus trajes italianos, y se cambió de ropa. Disfrutaría de la cena en un restaurante a la vuelta de la esquina de donde vivía. Un restaurante japonés que en la planta baja tenía una elegante barra de *sushi*.

Dicho y hecho. Dobló la esquina y entró en el restaurante japonés. En la barra había un camarero o cocinero japonés preparando piezas de *sushi* que servía una tras otra a los clientes sentados en torno a la barra, que comían las piezas directamente de una tabla de madera. El profesor Andersen vio que había un par de sitios libres y se sentó en uno de ellos. Pidió *sushi* y una cerveza para acompañar. Pronto apareció una camarera con la tabla, los palillos y la cerveza. «Deberías beber sake con eso en lugar de cerveza», dijo el hombre que estaba sentado a su lado. El profesor Andersen se volvió hacia él y dijo: «En realidad, creo que tienes razón». Llamó a la camarera y le pidió que le cambiara la cerveza por una jarrita de sake. Luego volvió a dirigirse al hombre sentado a su lado, porque sentía una gran necesidad de hacerle saber que no era la primera vez que iba a un restaurante japonés, y que por eso conocía bien la jarrita de sake como una bebida perfecta para acompañar el *sushi*, aunque de vez en cuando prefería no obstante una cerveza, como esa noche, pero cuando el hombre le propuso lo del sake, le entraron ganas de sake. Ciertamente vaciló un poco antes de empezar la explicación, porque primero se preguntó si no bastaría con que el hombre le oyera pedir «una jarrita de sake», que era la manera en la que servían el sake en ese establecimiento, pero como no se fiaba del todo de que fuera corrección suficiente, optó por dirigirse a él. Empezó la explicación, cuando de repente lo reconoció y descubrió asustado que estaba sentado al lado del hombre al que la noche sagrada, la que llamamos la noche de Navidad, vio asesinar a una joven en un piso del edificio de enfrente de su casa.

Estaba sentado al lado de Henrik Nordstrøm. Se quedó mirando la cara del asesino. No sabía qué hacer. Pero había empezado la explicación y tenía que terminarla. No obstante, optó por sonreír mientras terminaba de contar por qué había elegido cerveza para el *sushi*, que era lo que solía tomar cuando comía allí. Pero que cuando el otro mencionó el sake, le entraron de todos modos unas ganas incontrolables de sake, razón por la que se apresuró a llamar a la camarera y le pidió que le cambiara la cerveza por sake. «Sí, has hecho bien», dijo Henrik Nordstrøm. «En mi opinión, ha de ser sake». «No siempre», dijo el profesor Andersen, «algunas veces prefiero

cerveza». «Sí, sí, algunas veces se prefiere cerveza para toda clase de comida, con independencia de lo que en realidad le vaya mejor», dijo Henrik Nordstrøm. «Pensándolo bien, me doy cuenta de que bebo más cerveza con la comida cuando estoy en Oriente». «¿Así que vas a menudo a Oriente?», preguntó el profesor Andersen. «Ya no», contestó Henrik Nordstrøm. «Antes sí, pero ahora no. Más adelante iré, pero ahora no. Ahora estoy aquí», dijo, encogiéndose de hombros.

También Henrik Nordstrøm tenía delante una de aquellas tablas. En ella había un par de piezas de *sushi* que comía usando los palillos con suma elegancia. El camarero o cocinero japonés colocó enseguida la primera pieza de *sushi* en la tabla del profesor Andersen, con rábano picante y jengibre. El profesor Andersen empezó a comer, aunque con un poco de reparo, en primer lugar, porque estaba sentado al lado del asesino, y en una situación tan traumática iba a intentar comer algo, pero también porque se sentía un poco inseguro de cómo manejaría los palillos, los que tras un largo entrenamiento usaba con bastante corrección, pero nunca había usado en una situación tan traumática y enervante. Se concentró al máximo y se sintió aliviado al no recibir ningún comentario de su vecino de mesa que pudiera insinuar alguna posibilidad de que el hombre tuviera cierta razón para creer que el profesor Andersen no fuera tan asiduo de los restaurantes japoneses como acababa de dar a entender. Así que Henrik Nordstrøm seguía en libertad. Era algo que el profesor Andersen ya sabía, porque seguía observándolo desde la ventana de su casa. El profesor Andersen no entendía cómo aquel hombre había podido mantener oculto su crimen durante tanto tiempo. ¿No tenía la asesinada, la señora Nordstrøm, algún familiar o amigo, o compañeros de trabajo que la echaran de menos, o que de alguna manera sospecharan que algo iba mal? Suponía que Henrik Nordstrøm había conseguido mantenerse a flote con cuentos, y con una historia que seguía resultando más o menos creíble y lo bastante tranquilizadora como para que un familiar o un compañero de trabajo no tomara la asombrosa decisión de pedir información sobre esa mujer cuyo marido les había asegurado que había una razón para que ella no se pusiera en contacto con ellos. Pero era un juego arriesgado, y el hombre estaba condenado de antemano a perderlo. Solo era cuestión de tiempo. Y él lo sabía mientras jugaba ese arriesgado juego. Pero hasta ahora no había ocurrido nada, nadie había echado aún tanto de menos a la señora Nordstrøm, o como se llamara, que hubiera despertado sospechas, convirtiéndose en una preocupación e intranquilidad clarísima, que exigía otra respuesta. Ahora estaba sentado en un restaurante japonés de su barrio, comiendo *sushi* en la barra de *sushi*, al lado del profesor Andersen. Empezaron a charlar, y Henrik Nordstrøm se encontraba a gusto. A cada pieza de *sushi* que caía en la tabla del profesor

Andersen, Henrik Nordstrøm tenía un comentario que hacer, porque él acababa de comer lo mismo, y le preguntaba a su vecino de mesa si no estaba de acuerdo en que esa estaba muy buena, o si él también había comido alguna mejor. Y el profesor Andersen daba su opinión, por regla general se mostraba de acuerdo con Henrik Nordstrøm, pero de vez en cuando procuraba tener una opinión independiente y decir «esta vieira es de lo mejor que he comido, al menos en este restaurante japonés». Cuando el profesor Andersen manifestaba así su desacuerdo, Henrik Nordstrøm abría los ojos de par en par y decía ofendido: «Bueno, esa es tu opinión, yo tengo la mía». Esa forma de abrir los ojos de par en par y ofenderse, para luego no tomarlo en serio, borrarlo, era lo más característico que el profesor Andersen encontró en Henrik Nordstrøm. Aparte de su vínculo con Oriente, que mencionaba a menudo. Breves comentarios sobre distintos lugares de Oriente, ciudades cuyos nombres el profesor Andersen no conocía, como Siem Reap, My Tho y Phitsanulok, condimentaban sus comentarios sobre las piezas de *sushi* que el profesor Andersen comía, y que Henrik Nordstrøm acababa de comer, y le recordaban a otros sabores distintos a los japoneses, hierba de limón, leche de coco y pescado de escondites interiores del delta del Mekong. «En Japón, el *sushi* es muy diferente», dijo. «¿Ah, sí? ¿Has ¡do mucho a Japón?», preguntó el profesor Andersen. «Qué va, pero lo sé, porque el *sushi* que te sirven en Kuala Lumpur no tiene nada que ver con el *sushi* que te sirven aquí, claro que no, en realidad es evidente». «Sí que lo es», contestó el profesor Andersen, «pero el *sushi* que te sirven en Nueva York no es tan distinto al que te sirven aquí», añadió. «Excepto la caballa, claro, y el bacalao». «Yo no he estado en Nueva York», dijo Henrik Nordstrøm, «y en realidad me gusta más la comida vietnamita, pero no la consigues aquí, en Noruega, apenas en toda Europa», añadió, «solo tiene en común el nombre, a eso lo llamo yo un timo». «Yo sí he estado en japón», dijo el profesor Andersen, «en un seminario sobre Ibsen. También he estado en Pekín, en un seminario sobre Ibsen. Es que soy catedrático de Literatura», añadió. «¿Ah, sí?», dijo Henrik Nordstrøm, «nunca lo hubiera pensado, viendo cómo tratas los palillos». «A mí me basta«, dijo el profesor Andersen molesto, «consigo usarlos para lo que son, sin tener que fingir ser japonés o chino nativo». Henrik Nordstrøm cambió inmediatamente de tema. A su atracción por Oriente. El que se deja atraer por Oriente nunca vuelve a ser el que era. El había hecho negocios en Oriente, vagado por Oriente, por así decirlo. Relacionado con empresas noruegas allí, en Oriente. «¿Qué empresas?». Dudó un poco antes de contestar. «Statoil entre otras», dijo por fin. «¿Así que trabajas en el sector del petróleo?», preguntó el profesor Andersen. «No, no exactamente. He estado haciendo otras cosas. He sido una especie de

proveedor». «¿Proveedor de qué?». «De distintas cosas. Cosas que Statoil necesita. Facilitando contactos entre Statoil y diferentes proveedores», dijo Henrik Nordstrøm. «Bueno, no yo solo, sino con unos americanos de allí. Y también con algunos alemanes con los que he tenido contacto». «¿Dónde?». «En Vietnam», contestó. El hombre dijo que preferiría hablar del cieno, del cieno amarillo del río Mekong, de paseos en barco por el Mekong, de puestas de sol en el Mekong. «Uno se vuelve distinto en Oriente», dijo. «No es que sea algo místico, simplemente uno se vuelve distinto. Pronto volveré allí». «¿Adonde?». «A Camboya», contestó, «o a Kampuchea, es allí donde ocurren cosas, si tienes contactos. Soy un hombre mañoso», añadió. «En realidad soy electricista. O instalador».

Henrik Nordstrøm había acabado ya de cenar. Había pedido la cuenta, y se la habían llevado, también había pagado ya, pero no se iba. Seguía sentado al lado del profesor Andersen, comentando el *sushi* que este comía. Además, hablaba de Oriente y su relación con esa parte del mundo. El profesor Andersen se comió la última pieza de *sushi* y luego pidió café. Le sirvieron el café, y se lo tomó, mientras Henrik Nordstrøm seguía sentado a su lado, sin que nada indicara que fuera a marcharse. Mientras el profesor Andersen se tomaba el café, Henrik Nordstrøm estaba muy callado, mirando al infinito, obviamente pensando en sus cosas, o mirando de reojo a los otros clientes, que en su mayoría eran japoneses, probablemente relacionados con la legación diplomática japonesa. Cuando el profesor Andersen se acabó el café, hizo una seña a la camarera y pidió la cuenta. Se la llevaron, pagó y a continuación se levantó para marcharse. También se levantó Henrik Nordstrøm, y juntos cogieron sus abrigos del perchero y abandonaron el restaurante. Cuando salieron a la oscura noche invernal, Henrik Nordstrøm tendió su mano derecha. «Henrik Nordstrøm», dijo. El profesor Andersen la estrechó con su mano derecha, y saludó de la misma manera. «Pal Andersen», dijo. «Estaba todo muy bueno», dijo. Henrik Nordstrøm se mostró de acuerdo con un gesto de la cabeza. «Pero echo de menos un buen restaurante chino o vietnamita en esta ciudad», dijo. El profesor Andersen le dio la razón, y echó a andar en dirección a su casa. Henrik Nordstrøm tomó la misma dirección. Doblaron la esquina y siguieron por la calle en la que vivía el profesor Andersen (y también Henrik Nordstrøm). El profesor Andersen se detuvo delante de la verja de su edificio. Sacó el llavero del bolsillo del abrigo y buscó la llave de la verja. Sentía una gran tensión en todo el cuerpo. Ahora tenía que decidirse. Ahora, en ese mismo momento. ¿No se había casi pegado a él ese joven desde el momento en que él, el profesor Andersen, se sentó sin darse cuenta a su lado? Ahora no podía huir. Por eso lo invitó a subir a tomar una copa. Henrik Nordstrøm abrió los ojos de

par en par y lo miró amablemente, pero con cierta ironía, antes de contestar: «Gracias, con mucho gusto». El profesor Andersen abrió la verja con la llave y subieron juntos la escalera hasta su piso. Entraron en el recibidor, y el profesor Andersen condujo a su invitado al despacho, cerrando de paso la puerta del salón. Invitó a Henrik Nordstrøm a sentarse en el sofá, luego fue a la cocina y sacó una botella de *whisky*, soda y hielo. «¡Vaya, cuántos libros!», exclamó Henrik Nordstrøm cuando el profesor Andersen volvió a entrar. «¿Los has leído todos?». «Sí, casi todos», contestó el profesor Andersen. «¿Y te acuerdas de todo lo que has leído?». «Sí, de casi todo», contestó el profesor Andersen. «¿Entonces todo eso está dentro de tu cabeza?», preguntó Henrik Nordstrøm asombrado, abriendo los brazos hacia las estanterías que cubrían todas las paredes de la estancia. El profesor Andersen asintió con la cabeza. Echó *whisky* y soda, además de hielo, en los dos vasos. Pero cuando le alcanzó uno de ellos a Henrik Nordstrøm, este le dijo que quería solo soda. «Ah, estaba seguro de que bebías *whisky*», dijo el profesor Andersen, como disculpándose. «Lo bebo y no lo bebo», contestó Henrik Nordstrøm. «Todo a su debido tiempo». «Bueno, como me pareció verte tomar sake antes, pensé…», dijo el profesor Andersen, con una voz casi triste. «Sí, pero eso era entonces», dijo Henrik Nordstrøm. «Ahora prefiero solo un poco de soda». «Sí, claro», dijo el profesor Andersen, que fue a por otro vaso para Henrik Nordstrøm y lo llenó de soda y hielo. Estaba un poco molesto. ¿Por qué Henrik Nordstrøm no lo había avisado de que solo quería soda al verlo preparar dos copas de *whisky* y soda, sino que esperó hasta que le sirviera la copa? ¿Y por qué no se marchó después de pagar la cuenta del *sushi*, en lugar de quedarse sentado esperando hasta que el profesor Andersen acabara de cenar y pagara? Decidió ir al grano. Empezó a hablar a Henrik Nordstrøm de sí mismo. Contó que llevaba diez años viviendo solo en ese piso. Que antes de eso había estado casado quince años. Habló un poco de su matrimonio, aunque le disgustaba hacerlo en general, y sobre todo ante ese joven. Pero tuvo que contarle que Beate vivía en la misma ciudad que él, ahora con un apellido distinto al que tenía cuando estaba casada con él. Ahora se llamaba Beate Beck y no la había visto una sola vez en esos diez años, no tenían hijos en común, no había por tanto ninguna necesidad de verse, y tampoco se habían encontrado por casualidad. Preguntó a Henrik Nordstrøm si conocía el matrimonio por propia experiencia. Sí, contestó, tenía exactamente la misma experiencia que «tú, Pål», dijo. Divorciado de una esposa a quien no había vuelto a ver, aunque en su caso solo hacía dos años que se habían separado. Pero también su mujer tenía ya un apellido diferente al que tenía cuando estaba casada con él, entonces su apellido era Nordstrøm. Ahora se apellidaba de otra manera y vivía en Hammerfest. Mencionó

de paso su nombre, y el profesor Andersen tomó nota en su cabeza. El profesor Andersen se acabó la copa y siguió con la que en un principio era para Henrik Nordstrøm, mientras Henrik Nordstrøm bebía su soda a pequeños tragos. Había algo en el aspecto de ese hombre que no encajaba. Tendría unos treinta años, eso seguro, pero más allá de eso, era indefinible. Primero había pensado que tendría menos de treinta, seguramente unos veintiocho, pero en el momento de pensarlo lo miró y pensó que no, no tiene veintiocho, tiene más, tiene más de treinta. Tiene treinta y dos, pensó, pero al mirarlo desde ese punto de vista, tampoco le encajaba, no tenía treinta y dos, tenía muchos menos. Tendría entonces justo treinta, ya que veintiocho era demasiado poco y treinta y dos demasiado, y lo miró y pensó que tenía exactamente treinta, pero al mirarlo bien, tampoco ese número le encajaba del todo, y entonces pensó no tiene treinta, tiene algunos más o algunos menos, soy incapaz de decidirme, aunque es evidente que es lo uno o lo otro, pero no puede tener los años que yo en cada momento le eche, porque no encaje cuando lo miro. Henrik Nordstrøm empezó a explayarse otra vez sobre Oriente. Nadie aquí sabía lo que pasaba en Oriente ahora, no realmente, bueno los que estaban más enterados solo tenían una ligera idea. Es el gran cambio del tiempo, cuando todo se da la vuelta, lo que ahora está a punto de abrirse camino. Allí todo está cambiando. El este se convierte en oeste, y el oeste se convierte en este, y jamás se encontrarán. Miles de millones de seres humanos. Miles de millones de personas que se convierten en oeste en el este. Si cada chino se come un huevo para desayunar, el mundo se hunde. Así de sencillo. Es decir, el mundo tal como lo conocemos. Ocurrirá pronto. «Cuando eso ocurra, estos libros ya no podrán decirte nada», dijo, y volvió a señalar las estanterías que cubrían todas las paredes del despacho del profesor Andersen. «También te ocurrirá a ti, que los tienes dentro», exclamó. «¡Pobre de ti!», añadió, sacudiendo la cabeza. El profesor Andersen se sintió entonces obligado a decir que en cualquier caso, él consideraba una ventaja y no un inconveniente tener todos esos libros en la cabeza; «puede que un día me proporcione un sereno placer que muy pocos tendrán la suerte de disfrutar», dijo, lo que hizo a Henrik Nordstrøm abrir los ojos de par y mirarlo fijamente con su indefinible rostro joven. «Bueno, que cada uno piense lo que quiera», dijo, tras quedarse pensando un momento. «Pero me gusta hablar contigo», añadió, apuró su copa de soda y se levantó. Dio las gracias por «la copa», como dijo él, pero tenía que marcharse ya. Tenía una cita. También se levantó el profesor Andersen y lo acompañó hasta la entrada. En el momento en el que Henrik Nordstrøm se disponía a salir por la puerta que el profesor Andersen mantenía abierta, le preguntó si tenía algo que hacer el miércoles siguiente, porque si no, le gustaría invitarlo al hipódromo de Bjerke.

Porque Henrik Nordstrøm tenía un caballo de carreras, con otros tres socios. Un caballo de tres años de sangre caliente que correría la primera carrera de su vida el miércoles. El profesor Andersen se quedó perplejo. No sabía qué contestar. Dijo que no sabía si estaría libre el siguiente miércoles, no creía que tuviera nada, pero su puesto conllevaba compromisos inmediatos que no podía evitar. «Vale, entonces quedamos en eso», dijo Henrik Nordstrøm. «Vengo a buscarte el miércoles a las cinco, y, si puedes, te vienes». El profesor Andersen dijo que de acuerdo, y se despidieron.

En cuanto Henrik Nordstrøm desapareció, el profesor Andersen abrió la puerta del comedor, lo atravesó y entró en el salón, donde se colocó detrás de la cortina. Vio a Henrik Nordstrøm salir por la verja y dirigirse hacia su portal, sacar la llave, abrir y entrar. «Aja, conque una cita, ¿eh?», exclamó para sus adentros. Se quedó allí un rato para comprobar si realmente acudía alguien y llamaba a la puerta del edificio donde Henrik Nordstrøm tenía su casa. No acudió nadie, en cambio, al poco rato, el propio Henrik Nordstrøm salió del portal y se dirigió a su coche, que estaba aparcado fuera, se subió en él y se marchó. El profesor Andersen miró el reloj. Las nueve y cuarto. ¿Demasiado tarde para llamar a Hammerfest? No. Llamó a Información Telefónica y pidió el número de ese nombre de mujer que según había dicho Henrik Nordstrøm era el nombre actual de su exmujer. Se lo dieron, llamó y cogió el teléfono una mujer. Confirmó que era la persona por la que preguntaba el profesor Andersen. Entonces él colgó. Había recibido la confirmación que estaba buscando y no le gustó.

Porque ahora hemos vuelto al punto de partida, y el profesor Andersen se encuentra en grave peligro. Allí está, con su traje italiano, mirando el auricular que acaba de volver a colocar sobre el teléfono, tras recibir la confirmación que no quería recibir. Esa mujer a la que vio cómo Henrik Nordstrøm estrangulaba en su piso la noche de Navidad no era la esposa de este, sino una desconocida. Una mujer cuya desaparición nadie ha denunciado, y que seguramente el día que la encuentren o que por fin se inicie su búsqueda no podrán relacionar con Henrik Nordstrøm. Si es que alguna vez la encuentran. El profesor Andersen estaba en la entrada, donde se encontraba el teléfono, sumido en lo más profundo de sus pensamientos, prácticamente hundido por el peso de sus pensamientos. Había vuelto al punto de partida, y resultó peor volver de lo que había sido estar allí alrededor de Año Nuevo. Todo lo que le ocurrió al profesor Andersen desde esa noche hasta que el asesino llamó a su puerta el miércoles siguiente le pareció que transcurría como en una neblina. El profesor Andersen se sentía enfermo, tan enfermo que a la mañana siguiente llamó a la universidad y pidió permiso para quedarse en casa esa semana,

dispensado de sus obligaciones. Luego fue a ver a un médico, no a Bernt Halvorsen, sino a otro, a cuya consulta había ido antes, y le dio una baja por enfermedad de catorce días. Agotamiento. Envió inmediatamente el parte a la universidad. Estaba mal de verdad, le dolía la cabeza, veía puntitos y sentía constantemente náuseas que se negaban a desaparecer. Se puso el pijama y acto seguido se metió en la cama. Pero no consiguió tranquilizarse, se levantó, se puso una bata encima del pijama y empezó a dar vueltas por el piso, de habitación en habitación. Ese día, el día siguiente y el siguiente. Reflexionando. Esperando a que llegara el miércoles. No sabía qué hacer. Haber pensado, o haberse imaginado que era su mujer a la que Henrik Nordstrøm había asesinado le había hecho creer que el cerco en torno al hombre se estaba estrechando, y que solo era cuestión de tiempo que lo descubrieran, y eso lo había tranquilizado de tal modo que había conseguido llevar una vida casi normal durante los dos meses transcurridos desde que fuera testigo del asesinato desde su ventana. Lo había convertido en una especie de observador. Tal vez se podría decir que últimamente, como una curiosidad primitiva, había vigilado el piso de enfrente y al hombre que allí vivía. Un vistazo de vez en cuando para ver si estaba ese hombre que pronto sería alcanzado por su propio destino. Pero ahora estaban de vuelta en el punto de partida. El asesino y él, que había sido testigo del asesinato. Y que no había denunciado lo que había presenciado, y por eso Henrik Nordstrøm andaba libre por el mundo, sin ser alcanzado por su destino. Y el miércoles, el asesino llamaría a su puerta para que fueran juntos al hipódromo de Bjerke a ver al caballo del asesino correr la primera carrera de su vida. «Debería haberlo denunciado», murmuró. «Si hubiera sabido dónde me llevaría esto, lo habría denunciado. Aunque solo hubiera sido para enterarme de lo que realmente había ocurrido. Quién era esa mujer que vi por la ventana la noche de Navidad. Que ahora está muerta. ¿Por qué la asesinó? ¿Qué ha hecho con el cadáver? ¿Por qué nadie la echa de menos? Casi estoy tentado a vestirme de nuevo y acercarme a la comisaría de Majorstua ahora mismo solo para resolver el misterio». Esa idea lo animó, pero solo hasta que se dio cuenta de que no era más que un juego de fantasía que le proporcionaba un momento de consuelo, y que no pensaba en serio hacerlo. Aunque ahora pudiera decir que se arrepentía de no haberlo denunciado la noche de Navidad, inmediatamente después de que el asesinato se hubiera cometido, y sin duda se acercó al teléfono y levantó el auricular para llamar, y a pesar de la pena que ahora sentía al imaginarse la situación, volvió a colocar el auricular en su sitio al cabo de unos instantes, sin haber marcado el número que podía haberlo librado de aquello que luego lo atormentaría y que ahora lo atormenta con más intensidad que nunca, cuando surgía la

idea de denunciarlo seguía tan cerrado como antes. Seguía resultándole imposible denunciarlo, incluso ahora, después de haberlo conocido. «Y yo que me marché precipitadamente de Trondheim por miedo a perder de vista a ese hombre. ¡Dios mío! Al menos eso no volvería a hacerlo», exclamó. «¿Es verdad?», se apresuró a añadir, «¿estás seguro de eso?», se oyó pensar a sí mismo, con un tono de voz sarcástico. «Tú mismo has dicho que no sabes por qué lo hiciste, y si no sabes por qué lo hiciste, ¿cómo puedes estar tan seguro de que no volverías a hacerlo? ¡Ay, déjalo, déjalo!». Daba vueltas por el piso con una bata encima del pijama y el cinturón atado a la cintura para resguardarse del frío. A intervalos sentía demasiado calor y entonces se soltaba el cinturón, dejando que la bata colgara libremente. «Pero», pensó, «el que no lo haya denunciado se debe a una sola razón, que quede claro. Y es que se trataba de un asesinato imprevisible, no planificado, sino cometido con desesperación, ofensa, rabia. Si hubiera sido testigo de un asesinato sádico, no habría vacilado en denunciarlo. O si hubiera sido planificado a sangre fría. No, no», dijo desesperado, «no habría denunciado un asesinato planificado. Es verdad», dijo por lo bajo, «no quiero mentir. Pero sí que habría denunciado un asesinato sádico. ¿Y cómo iba a saber de qué clase de asesinato se trataba?», exclamó entonces. «Solo vi que la estrangulaban. Fue todo lo que vi. Pero supuse que el asesinato fue cometido en un estado de enajenación, de rabia ciega, es decir, a ciegas. Por eso no pude denunciarlo. ¿No tuve agallas para hacerlo? ¿Agallas?», se interrumpió a sí mismo, «¿dices agallas? Bueno, corazón, entonces. Conciencia. No quería ser yo el que interviniera para que se hiciera justicia, porque supuse que él estaba tan aterrado por su acto que no quería aumentar más su sufrimiento, mejor paliarlo si era posible. En realidad, no quería matarla, el asesinato fue cometido por un hombre que perdió la compostura. Igual podía haberlo cometido yo. Dices tú», intercaló con sarcasmo, «tú, que acabas de admitir que tampoco podrías haberlo denunciado si hubieras sabido que se trataba de un asesinato planificado. ¿Entonces también podrías haberlo cometido tú? No, no», contestó, «yo no podría haber planificado un asesinato a sangre fría. Pero siento compasión por la persona que lo hizo. Un acto tan cruel, semejante atrocidad cometida con premeditación, bueno, cálculo, no puede uno aguantar imaginarse en su lugar. Por eso deseo que quede libre, que se vaya, incluso tal vez que lo olvide todo, sí, lo deseo, al menos no puedo contribuir a que lo arresten. ¿Entonces por qué hacer una excepción por un asesino sádico, mi querido Pål Andersen?», pensó el profesor Andersen con ingenio. «Porque un asesino sádico es peligroso, puede volver a hacerlo. Así que», se interrumpió triunfante, «¿opinas que alguien que ha planificado un asesinato y luego lo ejecuta a sangre fría, sin rastro de compasión hacia la persona a la que

ha asesinado, o peor aún, hacia la persona a la que va a asesinar, no es peligroso? Vaya, vaya», añadió. «Vaya, vaya», se imitó el profesor Andersen, «pero es un hecho que un asesinato planificado es un acto aislado, cometido con el fin de solucionar un problema que necesita ser solucionado, visto desde el punto de vista del ejecutor, y que no se habría podido solucionar de otro modo, y resulta extremadamente dudoso, bueno, estadísticamente imposible, diría yo, que la misma persona se encuentre dos veces en su vida ante un problema irresoluble que pueda resolverse de esta manera. Pero un asesino sádico mata porque le gusta matar, y mientras haya alguien a quien matar, existe la posibilidad de que lo vuelva a hacer. Por eso hay que denunciarlo, para desarmarlo. Ah, no aguanto más esto, piense lo que piense, algo me sale mal. Lo único que deseo es que él se libre, al menos que se libre de mí. O al revés», pensó. «Ay, tengo que quitármelo de encima», pensó, de repente. «Bueno, no de esa manera», añadió, a punto de echarse a reír. Pero la idea le daba ganas de reírse, y tuvo que repetirla. «Tengo que quitármelo de encima», pensó, a punto de echarse a reír. «Bueno, no de esa manera», añadió una vez más, ahora tuvo que reírse de verdad. Se rio tanto que era incapaz de parar, y empezó a toser. Se reía y tosía, y entre los ataques de risa y tos pensó: «A esto lo llamo yo humor morboso», y al pensarlo, le dio otro ataque de risa, e iba doblado de risa por la casa, de habitación en habitación, en pijama, con una bata encima. No iba descalzo, porque no quería coger un catarro, añadido a todo lo demás. El profesor Andersen nunca utilizaba pijama, excepto cuando estaba enfermo, lo que era el caso, pero no era capaz de estar tranquilo en la cama. Tenía solo un pijama, que su madre, fallecida hacía tiempo, le había regalado, y que no había usado mucho, porque el profesor Andersen rara vez se ponía enfermo. Iba de habitación en habitación sin saber qué hacer. Miraba los libros de las estanterías de las paredes del despacho. Se había puesto pálido con el acceso de risa que ahora consideraba muy preocupante, porque era la expresión de alteraciones emocionales de un hombre que se encuentra al borde de algo. Había leído mucho sobre conflictos, sobre hombres atormentados en el punto decisivo ante una elección, metro tras metro de las estanterías trataba precisamente de eso, pero ahora no lo ayudaba nada a él. «Ay, no he aprendido nada», suspiró, «porque no hay nada que aprender. Tengo todos esos libros en la cabeza, como le he dicho a él, la causa de todas estas molestias, pero no puedo tomarlo literalmente. Si lo tomara literalmente no podría abrir un solo armario de este piso sin que salieran viejos esqueletos, y no es así, puedo probarlo, basta con abrir un armario», pensó. «Pero no lo hagas ahora», añadió, «no en tu estado».

El profesor Andersen daba vueltas por su piso desde temprano por

la mañana hasta tarde por la noche. A mediodía solía meterse en la cama, y entonces dormía un par de horas en una especie de modorra. Lo mismo por la noche. Dormía intranquilo, sin parar de dar vueltas, y sus sueños se reducían a pensamientos no aclarados. Sin embargo, se sentía inmensamente concentrado cuando se paseaba desasosegado por la casa, además de conseguir hacer pasar el tiempo dedicándose a las tareas diarias rutinarias, como por ejemplo cocinar, comer, fregar, pasar el aspirador, ordenar. Bueno, incluso se acordaba de hacer la cama, aunque sabía que en realidad debería estar metido en ella todo el día, y se volvería a acostar al cabo de no muchas horas, para una especie de siesta. Se sentía con el pensamiento muy despejado, pero a pesar de ello, no sabía qué hacer. No entendía por qué no podía denunciar a Henrik Nordstrøm por el asesinato que le había visto cometer. Bueno, sabía por qué no lo había denunciado cuando ocurrió, pero no entendía por qué no podía denunciarlo ahora, habiendo sentido en el cuerpo y en la mente las consecuencias imposibles a las que aquello lo conducirían. Su pecado de omisión no se podía justificar. Toda civilización se basa en que un acto como ese es injustificable. Es una regla incondicional. Bajo cualquier circunstancia. Al no hacerlo, se había convertido en un excluido, junto con el asesino. Un excluido ante sí mismo, junto con el asesino. Algo muy merecido. Y detrás de todo estaba Dios. Como la última justificación por romper esa condición obvia, era un tabú que ningún ser vivo puede justificar, tocar o borrar de la mente. El profesor Andersen no era un hombre religioso, le resultaba extraño pensar en esos términos, pero ahora, al no poder dejar de pensar en lo que se había metido, y de lo que no podía salir por mucho que quisiera, no podía sino exclamar: «Nadie puede tener su propio Dios. Ni siquiera el ateo». Se sobresaltó al pensarlo. Pero tuvo que reconocer que el pensamiento era obvio, y que no podía sino tenerlo en cuenta.

Ese pensamiento le había llegado espontáneamente, como una clarividencia abriéndose camino a través de sus cavilaciones, mientras se paseaba por la casa en pijama, con una bata encima, a plena luz del día. Una voz interior se lo había gritado, y él se sentía tanto sorprendido como acongojado. No era la primera vez que se enzarzaba en modos de pensar en los que no se sentía a gusto, y que no le gustaban. Desde que el asesino entró en su vida, el profesor Andersen tendía a perderse en abstracciones imposibles de las que no conseguía salir, y que le daban verdadero asco. Seguramente era la resistencia que sentía en su mente a pensamientos especulativos lo que lo había dejado tan inmune al pensamiento metafísico y religioso ya desde que tenía poco más de veinte años. Podía escuchar con interés cuando otros expresaban sus ideas metafísicas, pero si aparecían en su cabeza, como una especie de obra suya, le resultaba repulsivo. Pero esta vez

no era así, no rechazó de inmediato el pensamiento, como solía hacer, sino que se vio obligado a tomar postura ante él, como un hecho en su propia mente. Durante varios meses le había atormentado la idea de que en un principio levantó el auricular, para colgarlo enseguida, porque no fue capaz de denunciar a Henrik Nordstrøm por el asesinato que le había visto cometer en la persona de la joven, y luego había sentido constantemente ese frío golpe de viento de la exigencia de la sociedad, siendo consciente de cuánto influye esta, incluso en su servidor, en el fondo desleal, el profesor Pal Andersen, confundido por lo que había hecho o dejado de hacer, y que al encontrarse con el asesino, de quien no se libraba, exclamó, dirigiéndose a su interior, como un grito, una voz: «¡Nadie puede tener su propio Dios! ¡Ni siquiera el ateo!» y le pareció tan obviamente correcto que dio un respingo, a la vez que se sentía acongojado, por no decir deprimido, por ese lenguaje que había aparecido en su mente, convirtiéndose en suyo.

Con esto, el profesor Andersen había reconocido a Dios, no la existencia de Dios en sí, sino a Dios como concepto y como una necesidad que excede lo social, pero de todos modos como el que en última instancia puede darle un mandato de carácter divino en relación con el estado de bloqueo en el que se encuentra, debido a su pecado de omisión. En el sentido más profundo, en lo más extremo, surge Dios, también en la boca del profesor Andersen. Tenía que admitirlo. El profesor Andersen era, pues, plenamente consciente de lo que le había ocurrido. A pesar de su depresión por ese lenguaje que le había salido tan espontáneamente, ese reconocimiento no tenía que significar ninguna transformación de su vida, tal y como la había vivido hasta ahora. Su pensamiento evidente no exigía ningún arrodillamiento, ninguna oración, ninguna indulgencia en su manera de comportarse, ningún ademán de predicador, ninguna negación de vivir, ninguna humildad, solo cierta veneración y respeto por la dimensión divina en la existencia. Además de haber cumplido con su deber ante «el mandato divino», que acababa de reconocer. También podía admitir inmediatamente que ese pensamiento obvio podía resultar liberador, ya que incluir una dimensión divina en su modo de pensar resultaría en la conciencia más enriquecedor que limitador. Todo esto lo entendió de inmediato, pero de todos modos se deprimió por ese lenguaje que le había salido tan espontáneamente, y que era una expresión tan precisa de ese pensamiento que con tanta facilidad y suficiencia había aparecido en su reflexiva, por no decir atormentada, mente. En lugar de sentirse feliz por haber podido entender la necesaria participación de Dios, incluso sin haberlo buscado, se sentía acongojado por no ser capaz de seguir «el mandato divino», como exigía esa comprensión inmerecida de la necesaria

presencia de Dios. Porque eso habría conllevado que fuera a la comisaría de Majorstua a denunciar a Henrik Nordstrøm por el asesinato que le había visto cometer hacía dos meses. Y seguía sin poder hacerlo. No porque ahora fuera directamente embarazoso presentarse en la comisaría de Majorstua y decir que la noche de Navidad del año pasado (¡el año pasado!, ¡sic!) presenció un asesinato desde su ventana, que el nombre del asesino era Henrik Nordstrøm, y que la asesinada era una joven rubia, que sí lo era, muy pero que muy embarazoso, ya que probablemente no había rastro de ese asesinato, ningún cadáver, ninguna mujer desaparecida que correspondiera a esa descripción. Pero habría sido llevadero, Henrik Nordstrøm se habría librado, y él se habría quedado con sus acusaciones, los dos habrían sido observados por la policía como «personas sospechosas» y nada más. Pero entonces al menos lo habría denunciado, habría seguido el «mandato divino», y confirmado que había entendido lo que se había dicho a sí mismo, incluso en el último instante. Pero no podía denunciarlo. Le resultaba imposible hacerlo. Imposible. Ni siquiera como mandato divino le sería posible. Y entonces su comprensión resultaría inútil, esa extraña gracia inmerecida no serviría de nada, si se quería interpretarlo así, y el profesor Andersen no tenía en absoluto nada en contra de interpretarlo así, porque había recibido sus propias sorprendentes palabras, dirigidas hacia su interior, con mucha veneración, aunque, como se ha dicho, le habían deprimido, pero en esa depresión estaba el hecho de que las palabras que tan espontáneamente había pronunciado salían de la boca de un hombre que, al fin y al cabo, era incapaz de apreciarlas.

Cuando el profesor Andersen se dio cuenta de que ni siquiera como un mandato divino le sería posible denunciar a Henrik Nordstrøm, primero se disgustó. «Pero si es ridículo», pensó, «en realidad no quiero otra cosa que denunciar a ese tipo, sería de verdad un alivio, y ahora todo está preparado para ello. ¿Por qué demonios no soy capaz de hacerlo? No es más que terquedad e intransigencia», pensó irritado, «una obstinación intolerable que por desgracia existe en mi mente, y que la caracteriza o la mantiene viva, como seguramente me imagino. Resulta insoportable. Si al menos tuviera una razón sensata, pero no la tengo. Todas las razones que tengo o he tenido me las he quitado de encima enseguida, de manera que ahora me he quedado desnudo, casi temblando», murmuró. «¿Por qué estoy temblando?», se preguntó, desalentado, sacudiendo la cabeza mientras se paseaba sin descanso por el piso, todavía en pijama, con una bata encima, en pleno día. A intervalos se detenía de repente, quedándose inmóvil en medio de la habitación, y así podía permanecer varios minutos, pensando hasta dónde podían llevarlo sus facultades. «Quizá mis malos argumentos sean una expresión de que no me *atrevo* a reconocer los argumentos

reales en los que me baso», pensó sin alterarse. «¿De qué demonios puede tratarse? ¿Por qué digo que no es correcto denunciarlo, será mi opinión, ya que lo defiendo con tanta fuerza, sin ningún argumento sólido?».

Una vez más repasó todo en su mente. Se ha cometido un asesinato. La asesinada está muerta, el asesino está vivo. No se trata de la responsabilidad del asesino, sino del espanto del asesino, así era, sin duda, visto desde el punto de vista del profesor Andersen, por eso había vuelto a colgar el teléfono, después de haber levantado el auricular, tras haber sido testigo del crimen y haberse apresurado hacia el teléfono, que estaba sobre una pequeña mesa en la entrada. Cuando ahora lo repasó minuciosamente en la memoria, preguntándose con insistencia «¿por qué?», se dio cuenta de que tendía a hablar de su actuación, u omisión de la misma, en términos claramente erróneos, como cuando respondía que no quería «delatar» al asesino, o que no quería «echar leña al fuego», algo que, pensándolo mejor, y con un análisis crítico, no podían considerarse reflexiones sensatas. «Denunciar un asesinato que uno ha visto no es delatar», pensó el profesor Andersen, un poco desconcertado por haber tomado la decisión de hacerse a sí mismo una corrección tan obvia. Pero esas ideas estaban bastante arraigadas en su conciencia. «No quiero tirar la primera piedra», decía para defenderse; «resulta demasiado primitivo». Entonces tenía que admitir que en lo más profundo de su ser subyacía la idea de que había algo primitivo en denunciarlo cuando uno había sido testigo de un crimen primario, porque esa denuncia conduciría a la detención del criminal, seguida de juicio y castigo. Eso sería entonces lo de «tirar la primera piedra». Si estas ideas se contrapusieran al pensamiento espontáneo, claro y evidente, del profesor Andersen, y que implicaba el reconocimiento de un principio divino, ante el cual se encontraba ahora, y bajo cuya luz tenía que ver su pecado de omisión, el profesor Andersen tenía que admitir que eso indicaba que seguramente tenía la idea de que el haber comprendido la necesidad de Dios estaba fuertemente relacionado con su sensación de encontrarse cara a cara con el Dios del Desierto, y que era el mandato del Dios del Desierto lapidar al asesino, incluso tirar la primera piedra, contra lo que tanto se resistía. Un primitivo Dios feudal impone al profesor Andersen, de la Universidad de Oslo, de la capital del moderno estado de Noruega hacia finales del siglo xx realizar un acto primitivo impuesto por un dios. «No es de extrañar que me resista», pensó, «pero lo que ocurre es que no es así. Yo no me he encontrado con el Dios del Desierto, y el acto que se me ha impuesto cometer no es primitivo, sino necesario para que la civilización se mantenga».

No obstante, el profesor Andersen no era capaz de denunciarlo. A

pesar de la facilidad con la que reventaba y desnudaba todos los argumentos en contra de hacerlo, no era cuestión de denunciarlo. «Me indigna», pensó. «Me repugna la idea. No quiero ser yo quien lo haga». Aunque podía señalar que al centrarse en la asesinada, esa mujer joven, e imaginarse sus últimos segundos, que él p/'o con sus propios ojos, cuando ella sabía que estaba a punto de perder la vida, de ser asesinada, estrangulada por un hombre a quien conocía, bueno, incluso con quien celebraba la Navidad, su dolor, y lo completamente incomprensible, y en el caso de ella, irreparable, no quedaba nada que pudiera justificar simpatía o compasión alguna por el que lo había hecho; «el dolor tuvo que ser horrible», se advertía a sí mismo, «en el cuerpo y aún más en el alma, un espanto de esa clase no puede infringirlo una persona a otra sin ser castigada por ello», gritaba a su interior. «Admite al menos que fue muy frívolo por tu parte no denunciarlo», se rogaba a sí mismo. Pero no servía de nada. Para el profesor Andersen ella estaba muerta y no había ningún castigo que pudiera resucitarla y hacerla volver a la ventana del piso de enfrente, desde la que ella miraba fijamente la noche de Navidad. Para él era el asesino, el que se quedaba, aquí, con el cadáver delante de él, el asesino encadenado a su crimen, del que él fue testigo.

El asesino con su crimen y el profesor Andersen, que lo ha visto todo. El profesor Andersen chasquea los dedos, y el asesino se levanta, corre la cortina, retira el cadáver y friega hasta hacer desaparecer todas las huellas, y en Nochevieja, a las siete, se le puede ver salir tranquilamente del portal del edificio en el que vive, meterse en un taxi y desaparecer. A las dos de la madrugada, como si nada hubiese ocurrido, vuelve en otro taxi y sube a su casa ni borracho ni no borracho. El profesor Andersen ha chasqueado los dedos, y un asesino está libre. El profesor Andersen se sonrió a sí mismo. Había dado su respuesta. Esa era. Chasquear los dedos. El profesor Andersen notó cómo le invadía una sensación de alivio, casi dulce, al pensar en lo que había hecho. Se había reconciliado con su acto. Al pensar que había chasqueado los dedos, supo que sabía lo que había hecho, se había reconciliado con su acto. Ahora quería dormir, aunque era mediodía. Quería meterse en la cama de un salto, apoyar la cabeza en la almohada, cerrar los ojos, dormirse, y entregarse a todos los sueños, tanto los malos como los buenos, en los que todo podía ocurrir. «No me da miedo dormirme», pensó, «a pesar de todas las pesadillas que he tenido en el transcurso de los años, desde que era un niño. Nunca pienso en eso cuando me vence el cansancio y lo único que quiero es dormir, aunque sé que me arriesgo a despertarme bañado en miedo, lo sé, pero no pienso en ello, es curioso», pensó el profesor Andersen, y su rostro de cincuenta y cinco años se iluminó con una gran sonrisa. Se sentía agotado y liberado. Pero al instante de sentirse agotado y

liberado, notó que estaba empezando a sentirse preocupado. «Ha sido muy sencillo», pensó. «Chasqueo los dedos y me reconcilio con mi acto, y sé que fue por eso por lo que no pude denunciarlo. Pero es verdad», añadió. «Ya lo creo que lo es. Pero es horrible», exclamó a continuación.

«Un chasquido de dedos, y me he alejado de Dios», pensó. «Vaya, no había pensado que fuera tan fácil. Pero lo es. ¿Y qué hago entonces? Nada. Es como si me encontrara fuera de ello, contemplándolo. ¿Me atrevo a decir que con un encogimiento de hombros? No, no me atrevo a decir eso, porque no es verdad. Ah, ahora sé por qué no pude confesarme a Bernt», exclamó. «Pensaba que podría ser por temor a su reprobación, pero eso no cuadraba, porque al fin y al cabo no he sido capaz de imaginarme la reprobación de Bernt, no en serio. Obviamente es al revés. No pude decirle nada porque temía su aprobación. No soportaba su aprobación. En gran parte por Bernt. También por mí, me habría dejado muy solo. Yo había hecho lo que había hecho, y no podía cambiarlo, pero no soportaba la idea de la aceptación de Bernt, y con ello de repente: mi propia espantosa soledad. No descarto que Bernt se hubiera distanciado formalmente de mi postura, visto desde una ética social, Bernt me habría dicho que pensara en las consecuencias, que viera todo desde el punto de vista de la joven asesinada, pero habría habido algo tibio en su manera de decirlo, estoy seguro. No habría podido evitar ver en su cara su respeto por mi acto, bueno, su media y secreta admiración, porque con el enfermo de cáncer que se pudre y muere con enormes dolores, apenas paliados con morfina, no se puede hacer nada. Pero deja al menos que se libre el asesino, en todo caso entre nosotros, como un deseo secreto. Pero nadie puede tener su propio Dios. Ni siquiera el ateo», gritó el profesor Andersen. «Al menos no sin perderse. Y estar condenado a contemplar la perdición por no ser capaz de no sentir admiración, aunque secreta, por la capacidad de uno de chasquear los dedos, cuando se le ofrece la posibilidad, para que el asesino pueda levantarse y huir de su crimen, y mantener así su eterna protesta contra la insoportable crueldad de la existencia, por no decir falta de sentido. Tenía que saberlo ya entonces», pensó el profesor Andersen, «que la secreta admiración de Bernt Halvorsen hacia mí me habría parecido absurda por juzgar mi acto comprensible, algo que yo, en mi desesperación, no habría sido capaz de interpretar. Por ser testigo del asesinato y haber cometido mi pecado de omisión con los ojos abiertos había entrado en un estado de desesperación que ya hacía tiempo había hecho que lo que antes parecía una rebelión ahora conllevara la perdición. Pero entonces no tenía palabras para eso. Y Bernt tampoco habría podido entenderlo. Bernt Halvorsen, tan serio, con su alto estándar ético, no habría entendido ni una palabra

de lo que yo trataba de expresar, aunque hubiese hecho un gran esfuerzo por intentarlo, e incluso con su buena voluntad hubiera podido aportar algunos comentarios al respecto, para que al menos hubiéramos podido mantener una aparente conversación sobre ello, ya que obviamente era tan importante para mí, en parte, vestir mis pensamientos con ese lenguaje teñido de religión, lo que yo entonces no era capaz de hacer. Bueno, en realidad», pensó el profesor Andersen, «me resulta fácil imaginarme cómo habría evolucionado todo si hubiéramos contado a los invitados, según iban llegando, lo que me había sucedido el veintiséis de diciembre, hace ya dos meses, Trine Napstad y Per Ekeberg, Judith Berg y Jan Brynhildsen, además de Nina, que habría sido la primera en recibir la confesión, todos habrían reaccionado de la misma manera: me habrían pedido que pensara en las consecuencias, rogándome insistentemente que fuera a la policía a denunciar lo que había visto, y sin embargo en todos habría habido un secreto deseo de que no los escuchara, algo que habrían confirmado bajo solemnes promesas de silencio si yo no seguía sus vehementes recomendaciones. Él se habría callado, porque no podía hablar de perdición. Ni siquiera entonces habría tenido palabras para ello, y si las hubiera tenido, los demás no lo habrían entendido. Habrían mantenido su admiración secreta, aunque él hubiera dicho que estaba perdido, porque lo de estar perdido, como él ya lo sentía, con toda su desesperación carente de palabras, les habría resultado tan extraño, tan raro que no podrían haberlo tenido en cuenta. Y así lo vivo yo ahora, en este momento», pensó el profesor Andersen, «que es extraño, raro, aunque sé que estoy perdido».

«¿Pero puedo estar perdido si no creo en Dios?», se preguntó entonces el profesor Andersen. «Porque no creo en Dios, ya que me resulta imposible seguir el mandato divino. Ah, eso no me sirve», suspiró, «porque ya conozco la perdición, soy capaz de hacerla desaparecer por arte de magia. Ni siquiera temo sacar la lengua a Dios, y nadie se sentiría sacudido en su interior si se lo contara. Es simplemente una idea desconocida para mí haber cometido un pecado. Puedo entender la perdición, pero no que al chasquear los dedos y dejar que un asesino se fugara, cometiera un pecado contra Dios. Eso resulta extraño, raro. Y tengo frío. He traspasado un límite y me he topado con algo que me resulta necesario denominar Dios. Es extraño y helador. No, no quiero quedarme aquí. Me lo sacudo, me doy la vuelta y sigo andando hacia casa, por así decirlo», pensó el profesor Andersen.

En ese momento llamaron a la puerta. El profesor se estremeció. ¿Quién podía ser? Entonces se acordó. El próximo miércoles. Ya era el próximo miércoles. Salió a la entrada y abrió la puerta. Allí estaba Henrik Nordstrøm. El profesor Andersen lo recibió en el umbral, en

bata y con el pijama debajo. «He estado enfermo», dijo el profesor Andersen al hombre colocado al otro lado del umbral. «¿Has estado o estás?», preguntó Henrik Nordstrøm. «No sé qué decir», contestó el profesor Andersen con una sonrisa, apoyándose en la puerta, de la que tenía abierta tres cuartas partes. «Si vas a venir, tendrás que darte prisa en vestirte», dijo Henrik Nordstrøm. «No, no puede ser, porque ahora que estoy curado tengo mucho trabajo atrasado». «¿Entonces no te vienes?», dijo Henrik Nordstrøm, mirando el reloj. «No, lo siento, pero no puedo». «Bueno», dijo Henrik Nordstrøm, «lo entiendo, pero te vendría bien salir. Tal vez en otra ocasión». «Sí, tal vez en otra ocasión», contestó el profesor Andersen. Pensó en desear «suerte» a Henrik Nordstrøm con el caballo y así acabar la conversación, pero no consiguió decirlo. Pensó que en lugar de eso le diría «que te vaya bien» o «adiós», pero tampoco consiguió decirlo. Henrik Nordstrøm miró otra vez el reloj, se dio la vuelta y bajó las escaleras. El profesor Andersen oyó sus rápidos pasos. De repente se acordó de algo, se apresuró hasta la barandilla, y gritó al hombre que estaba a punto de desaparecer allí abajo. «Por cierto, ¿cuándo te vas de viaje?». «¿De viaje?», oyó decir al otro. «Sí, a Oriente». «Ah, bueno, dentro de no mucho. Unas semanas, tal vez unos meses». «¿Qué vas a hacer con tu piso? ¿Venderlo?». «¿Venderlo? ¿Por qué? Pero si voy a volver. Algún día. Tal vez lo alquile, o simplemente lo deje vacío. Mi hermana puede alojarse en él cuando viene a Oslo». «Ah, eso suena bien. ¿Viven tus padres?». «¿Por qué lo preguntas?». «No sé, se me ha ocurrido. Bueno, no puedo seguir más tiempo en la escalera», gritó al hombre de abajo, «porque empiezo a tiritar. Sería bastante tonto coger un catarro justo ahora que estoy a punto de ponerme bien». «Sí, que te mejores. Lee mañana en los periódicos los resultados de la primera carrera en Bjerke. El caballo se llama Sugarpile, podrás ver ese nombre arriba, en la lista». «Lo haré», dijo el profesor Andersen, «pero ahora tengo que entrar a darme un baño caliente». Con estas palabras se metió en el piso, cerró la puerta con llave y siguió dando nerviosos paseos por la casa. «Tal vez debería hacerlo», pensó al cabo de un rato. «¿El qué?», se preguntó. Y se detuvo. «Darme un baño», contestó por dentro. «Sí, por qué no», añadió. «Un buen baño caliente seguro que me viene bien», pensó.

LA NOCHE DEL PROFESOR ANDERSEN

Es Nochebuena y el profesor Pal Andersen, de cincuenta y cinco años, está solo, tomando café y coñac en su sala de estar. Perdido en sus pensamientos, mira por la ventana y ve a un hombre estrangular a una mujer en el apartamento de enfrente. El profesor Andersen no informa del crimen. Pasan los días y él se paraliza por la indecisión. Desesperado por un respiro, el profesor se dirige a un bar de sushi local, solo para encontrarse cara a cara con el asesino. En una prosa dura, Dag Solstad plantea una pregunta incómoda: ¿nosotros, como su protagonista cerebral, no haríamos nada?

Dag Solstad (Sandefjord, 1941). Es uno de los narradores noruegos más innovadores e interesantes de su generación, junto a Kjartan Fløgstad. Entró en la escena literaria en 1965 con *Spiraler*, una colección de historias cortas que exploran cuestiones como la identidad o la alienación. Sus primeros trabajos fueron especialmente controvertidos, debido a su énfasis político (más cerca del enfoque marxista-leninista). Ha escrito numerosas novelas, cuentos, obras de teatro y artículos, además de cinco libros sobre la Copa Mundial de Fútbol (entre los años 1982-1998). Actualmente vive entre Oslo y Berlín.